3 1761 04944654 5

ARIEL

R695a

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

ARIEL

PRÓLOGO DE LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)

15-3/30
30/10/19

PROMETEO
SOCIEDAD EDITORIAL
Germanías, 35.—VALENCIA

LIBRARY
1976
UNIVERSITY OF TORONTO

PQ
8519
R6A7
1914

Á LA JUVENTUD
DE AMÉRICA

PRÓLOGO [1]

Da cierto carácter de oportunidad al asunto de este artículo la reciente visita de un barco de guerra argentino á España, acontecimiento que movió la opinión y el sentimiento público en el sentido más simpático y de más provecho, á mi ver, para todos. En esto de la unión, con toda clase de lazos, entre españoles peninsulares y españoles americanos, soy radical—yo que lo soy en tan pocas cosas—, y además un soñador á prueba de frialdades y desengaños. Creo en la futura unidad de la gran familia ibérica, y en que, después de realizada, ha de parecer error inexplicable el que no se hubiera realizado antes. Con tal criterio y ánimo, puedo economizar toda la prosa que debía dedicar ahora á pintar el entusiasmo con que he visto las hermosas manifestaciones de afecto que acaban de cruzarse entre peninsulares y argentinos.

Estos grandes movimientos sociales, sobre todo cuando tienen por objeto algo más que puros intereses económicos, se reflejan también en las letras, en los países cultos, y en ellas se puede estudiar en una de sus fases más importantes. Por antítesis, podríamos citar como ejemplo el doloroso fenómeno del separatismo catalán, calificado por algunos, como el señor Silvela, de principalmente literario.

Pues también en la literatura americana podemos observar manifestaciones que nos hablan de las tendencias favorables

(1) Artículo publicado en *Los Lunes de «El Imparcial»*, de Madrid.

y adversas que en el nuevo continente existen respecto de su trato con España. Sí; hace muchos años, cuando menos se quería por allá á los españoles, recientes todavía los dolores de la separación, los literatos, especialmente los poetas, solían inspirarse en nuestros autores más célebres, como Quintana, Espronceda, Zorrilla; después se vió que nuevas generaciones iban olvidando esta sugestión española, para entregarse á la de otras literaturas europeas, principalmente la francesa. Este fenómeno era común á las letras y á otras esferas de la actividad social. No era todo desdén para España. Algo había en la general tendencia nueva, muy natural y muy respetable. España no daba á sus hijos de América suficiente pasto intelectual. Abiertos aquellos pueblos á todas las inmigraciones, y anhelantes ellos de beber la civilización moderna donde la hubiese, otros países más adelantados que el nuestro, de letras más intensas y más conformes al espíritu moderno, atrajeron la atención de aquellos espíritus, jóvenes los más, educados muchos de ellos por viajes y lecturas que les enseñaban una lengua en que poco ó nada significaba España. No es ésta ocasión de mostrar cómo aquella imitación de lo europeo no español, de lo francés principalmente, fué demasiado lejos, y con olvido de una originalidad á que deben aspirar todos los pueblos que quieran prepararse una personalidad en la Historia. Sin contar á los *snobs,* ni mucho menos á los majaderos, hombres de positivo talento y cultivado espíritu se dejaron llevar por la corriente del *galicismo integral,* hasta el punto de llegar á escribir en un castellano que, aun sin grandes barbarismos gramaticales, parecía francés en el alma del estilo.

No quiere significar el pretérito que vengo empleando que estos excesos hayan pasado como aquellos de los *sinsontes* zorrillescos. No; todavía en los *azules,* en los decadentes americanos, predomina *la moda de París...* Después de todo, como en cierto grupo de jóvenes peninsulares, que no tienen más enjundia española que sus correligionarios de América.

Pero también es verdad y ventura que en el seno de esa misma juventud literaria americana aparecen síntomas de

una favorable y justa reacción, en armonía con análogas corrientes en otros órdenes de la vida; reacción que vuelve los ojos á España, sin desdecirse del pasado, sin desdeñar las útiles lecciones recibidas en esta comunicación directa con países europeos más adelantados; pero comprendiendo que esa originalidad, que hay que buscar á toda costa, no puede ser de importación, sino que hay que sondarla en los misterios de la herencia, en el fondo de la raza.

*
* *

José Enrique Rodó, uno de los críticos jóvenes más notables de la América latina, hoy catedrático de Literatura en Montevideo, representa, como el mejor, esta saludable tendencia que señalo, y hace años que viene escribiendo en tal sentido, así como otros, v. gr.: el poeta de Lima señor Chocano, de cuyos versos valientes y generosos en favor de España he hablado ya en *Los Lunes*.

Ahora publica el señor Rodó un libro de pocas pero substanciosas páginas, titulado ARIEL, y aunque en él no trata directamente de esa nueva tendencia á reconciliarse con España, la España digna del siglo, si bien respetuosa con los siglos de su gloria; aunque ARIEL tiene otro fin inmediato, en el fondo y como corolario de su idea va á lo mismo.

ARIEL no es una novela ni un libro didáctico; es de ese género intermedio que con tan buen éxito cultivan los franceses, y que en España es casi desconocido.

Se parece por el carácter, por ejemplo, á los diálogos de Renán, pero no es diálogo; es un monólogo, un discurso en que un maestro se despide de sus discípulos. Se llama *Ariel* tal vez por reminiscencia y por antítesis del *Calibán* de Renán. Ya se sabe que Ariel es el genio sutil—*Airy Spirit*—que obedece á los mandatos de Próspero en *La tempestad* de Shakespeare, mientras Calibán es *a savage and deformed slave,* que en cuanto aparece en escena exclama: *I must eat my dinner:* necesito comer. El venerable maestro, en el libro de Rodó, se

despide de sus discípulos en la sala de estudio, junto á una estatua de Ariel que representa el momento final de *La tempestad,* cuando el mago Próspero devuelve la libertad al genio del aire:

My Ariel—chick—
that is thy charge; then to the elemens
be free, and fare thou well!

En la oposición entre Ariel y Calibán está el símbolo del estudio filosófico poético de Rodó. Se dirige á la juventud americana de la América que llamamos latina, y la excita á dejar los caminos de Calibán, el utilitarismo, la sensualidad sin ideal, y seguir los de Ariel, el genio del aire, de la espiritualidad, que ama la inteligencia por ella misma, la belleza, la gracia y los puros misterios de lo infinito.

Admira ver la profundidad y la serena unción con que Rodó sabe llegar á la armonía, siempre inspirado por la justicia, siempre sincero, valiente y decidido en la defensa de sus propias ideas, pero leal con las opuestas, sin desvirtuarlas; flexible, tolerante, comprendiéndolo *todo,* pero predicando lo suyo. Recomiendo á nuestros literatos decadentes y modernistas, y á los jóvenes *ácratas* y *libertarios*—á los que todavía tienen salvación, no á los perdidos por la ignorancia, el orgullo y á veces el vicio—, les recomiendo el estudio de este espíritu americano, tan joven y ya tan equilibrado, sereno é imparcial, sin mengua del entusiasmo, enamorado del porvenir, pero con veneración por el pasado y con el conocimiento positivo del presente.

*
* *

Dos puntos capitales trata primero, en general, para llegar después á lo más importante de su propósito, á la cuestión actual, histórica, de la asimilación del *americanismo* del Norte por la América joven latina.

Combate el utilitarismo primero, en lo que tiene de exclusivo, de limitado; y jamás he visto demostrada con tanta elo-

cuencia la falta de idealidad final, de propósito definitivo y digno del hombre, de esa tendencia que, perdiéndose en los pormenores de la vida ordinaria, nos oculta el vacío de sus últimas indeterminadas aspiraciones. Rodó examina los dos grandes ideales humanos históricos, el clásico griego y el cristiano, y encuentra un momento en que se dan la mano, se complementan: el momento de las primitivas iglesias que fundó San Pablo en Grecia; por ejemplo, Tesalónica y Filipos.

Lo mismo el cristianismo, en su pureza, que el *helenismo,* se oponen á la moderna barbarie utilitaria. Si algún lector recuerda, por acaso, un folleto mío que se llamaba *Apolo en Pafos,* podrá comprender con cuánto gusto aplaudiré á Rodó en estas ideas, que yo entonces procuraba hacer plásticas á mi manera.

Donde el joven profesor americano muestra asombrosa originalidad es al explicar con elocuencia y profundo pensamiento el íntimo sentido del *ocio* clásico, de la vida que se saborea, no á lo edonista, sino con la reflexión, el sentimiento; no apresurándola en loca actividad, siempre en busca de *medios* sin último fin, sino poética, noblemente, como los dioses, en oportuno y sereno reposo.

Titiro Virgilio decía:

Oh Milivoee! deus nobis hæc otia *fecit;*

pero estos ocios que el poeta latino, de alma griega, tenía por don digno de un dios, el utilitarismo del día los desdeña, porque no penetra su valor profundo, porque no ve que el destino del hombre es, tanto como vivir, contemplar, sentir la vida.

Pero además, el utilitarismo geométrico, lógico, llega... á la negación de la caridad, al dogma del triunfo del más fuerte, de la lucha por la existencia, legítima también entre hombres. Pocos días hace, un sociólogo ilustre, Adriano Vaccaro, discutiendo con otro, francés, M. Richard, se sinceraba de la acusación de crueldad, de falta de altruísmo, ó que se creía que le arrastraban sus doctrinas, conformes con la adaptación del transformismo aun en sociología. Vaccaro ve la necesidad

de no ser lógico, de no sacar las últimas consecuencias a utilitarismo, para librarse de las teorías que otros, más lógicos, más consecuentes, predican sin miedo, proclamando el abandono y aun el exterminio de los débiles, de los no *adaptados;* por ejemplo, del hombre delincuente nato, del niño no viable, etc., etc. ¿Quién no recuerda las doctrinas de ciertos periodistas italianos radicales, que llegan á pedir la persecución y supresión del criminal aun antes del crimen, siempre que la *ciencia* le señale como *caso* necesariamente llamado al delito?

Rodó recuerda con oportunidad al más franco, al más genial de los pensadores inspirados en tales egoísmos, á Nietzsche, con su clara y terminante idea del sacrificio de los más al placer y progreso de unos pocos, con su desprecio de las *ternuras* cristianas. «Mas, por fortuna—añade Rodó—, tales ideas no prevalecerán mientras en el mundo haya dos maderos que se puedan colocar en forma de cruz.»

Pero la democracia, es decir, la atención á los más, y por tanto, á los peor dotados, tal como generalmente se entiende, no es remedio al utilitarismo, y antes suele ir en su compañía.

La democracia niveladora aspirando al monótono imperio de las medianías iguales, la democracia mal entendida, la combate Rodó con fuertes razones y elocuencia, sin que por eso deje que le venzan doctrinas aristocráticas, ni siquiera cuando ofrecen el atractivo gracioso é insinuante con que las adorna, por ejemplo, un Renán. En mi introducción á la versión española de *Los héroes,* de Carlyle, exponía yo ideas que coinciden en este punto con las de Rodó. La democracia es ya un hecho vencedor, es algo definitivo, y además, bien interpretada, es legítima, es lo que piden el progreso y la justicia: se puede y se debe, pues, conciliarla con la idea de Carlyle, con la misión providencial del *heroísmo* impulsando la marcha de la vida. La democracia debe ser la igualdad en las *condiciones,* igualdad de *medios* para todos, á fin de que la desigualdad que después determina la vida nazca de la dife-

rencia de las facultades, no del artificio social; de otro modo, la sociedad debe ser igualitaria, pero respetando la obra de la Naturaleza, que no lo es. Mas no se crea que la desigualdad que después determinan las diferencias de méritos, de energías, supone en los privilegiados por la Naturaleza el goce de ventajas egoístas, de lucro y vanidad, no: los superiores tienen *cura de almas,* y superioridad debe significar sacrificio. Los *mejores* deben predominar, para *mejor* servir á todos. Tal es, aunque él lo exponga de otro modo, la doctrina de Rodó, al resolver las dificultades que para el progreso real de la vida podría ofrecer la democracia.

Perspicaz y elocuente se muestra en tan interesante materia de capital importancia y actualidad, no sólo en América, sino también en Europa.

***

Bien preparado con todo lo que antecede, llega el autor al punto particular y de interés histórico actual, el principal de su trabajo.

Ya se sabe que hoy los Estados Unidos del Norte procuran atraer á los americanos latinos, á todo el Sur, con el señuelo del panamericanismo; se pretende que olviden lo que tienen de latinos, de españoles, mejor, para englobarlos en la civilización yanqui; se les quiere inocular el utilitarismo anglo-americano. Y como los triunfos exteriores, brillantes, *positivos,* del americanismo del Norte son tantos, en la América española no falta quien se deje sugestionar por esa tendencia.

Y aquí es donde se muestra realmente admirable el crítico de Montevideo, hábil como nadie, hábil á fuerza de serena imparcialidad, al enumerar y analizar todas los innegables grandezas y ventajas del pueblo yanqui, sin omitir nada favorable, reconociéndoles hasta religiosidad sincera. «Los admiro, aunque no los amo», dice Rodó. Y después, con penetración digna de Tocqueville, viendo más y mejor que Bourget, examina también todo el *pasivo* norteamericano, los defectos

de su carácter, de su cultura, de sus ideales. Y estos defectos coinciden con el utilitarismo antes examinado. El interés material, el goce de bienes de pura sensualidad como fin último, y en rigor, el ansia constante de la lucha para conseguir los medios que preparan felicidad tan odiosa y baja. Además, la falta de gracia, la ausencia del *ocio* helénico, de idealidad misteriosa; y con esto, el nivel democrático de la medianía triunfante, de la *cantidad* soberana; el número por numen.

Ariel aconseja á la juventud hispanolatina que no se deje seducir por la sirena del Norte; el ideal clásico y el ideal cristiano deben guiarla, sin que deje de ser *moderna*, progresiva. Como se ve, lo que Rodó pide á los americanos latinos es que sean siempre... lo que son... es decir, *españoles*, hijos de la vida clásica y de la vida cristiana.

Con el mayor entusiasmo recomiendo á todos el substancioso folleto del crítico, ya ilustre, de Montevideo.

Clarín

Madrid, 27 Abril.

ARIEL

Aquella tarde, el viejo y venerado maestro, á quien solían llamar Próspero, por alusión al sabio mago de *La tempestad* shakespiriana, se despedía de sus jóvenes discípulos, pasado un año de tareas, congregándolos una vez más á su alrededor.

Ya habían llegado ellos á la amplia sala de estudio, en la que un gusto delicado y severo esmerábase por todas partes en honrar la noble presencia de los libros, fieles compañeros de Próspero. Dominaba en la sala—como numen de su ambiente sereno—un bronce primoroso que figuraba al Ariel de *La tempestad*. Junto á este bronce se sentaba habitualmente el maestro, y por ello le llamaban con el nombre del mago á quien sirve y favorece en el drama el fantástico personaje que había interpretado el escultor. Quizá en su enseñanza y su carácter había, para el nombre, una razón y un sentido más profundos.

Ariel, genio del aire, representa, en el simbolismo de la obra de Shakespeare, la parte noble y alada del espíritu; Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritua-

lidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia, el término ideal á que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida.

La estatua, de real arte, reproducía al genio aéreo en el instante en que, libertado por la magia de Próspero, va á lanzarse á los aires para desvanecerse en un lampo. Desplegadas las alas, suelta y flotante la leve vestidura, que la caricia de la luz en el bronce damasquinaba de oro; erguida la amplia frente; entreabiertos los labios por serena sonrisa, todo en la actitud de Ariel acusaba admirablemente el gracioso arranque del vuelo, y con inspiración dichosa, el arte que había dado firmeza escultural á su imagen había acertado á conservar en ella al mismo tiempo la apariencia seráfica y la levedad ideal.

Próspero acarició, meditando, la frente de la estatua; dispuso luego al grupo juvenil en torno suyo, y con su firme voz—voz *magistral,* que tenía para fijar la idea é insinuarse en las profundidades del espíritu, bien la esclarecedora penetración del rayo de luz, bien el golpe incisivo del cincel en el mármol, bien el toque impregnante del pincel en el lienzo ó de la onda en la arena—comenzó á decir, frente á una atención afectuosa:

***

Junto á la estatua que habéis visto presidir, cada tarde, nuestros coloquios de amigos, en los que he procurado despojar á la enseñanza de toda ingrata austeridad, voy á hablaros de nuevo, para que sea nuestra despedida como el sello

estampado en un convenio de sentimientos y de ideas.

Invoco á Ariel como mi numen. Quisiera ahora para mi palabra la más suave y persuasiva unción que ella haya tenido jamás. Pienso que hablar á la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada. Pienso también que el espíritu de la juventud es un terreno generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir en corto tiempo los frutos de una inmortal vegetación.

Anhelo colaborar en una página del programa que, al prepararos á respirar el aire libre de la acción, formularéis, sin duda, en la intimidad de vuestro espíritu, para ceñir á él vuestra personalidad moral y vuestro esfuerzo. Este programa propio—que algunas veces se formula y escribe, que se reserva otras para ser revelado en el mismo transcurso de la acción—no falta nunca en el espíritu de las agrupaciones y los pueblos, que son algo más que muchedumbres. Si con relación á la escuela de la voluntad individual, pudo Goethe decir profundamente que sólo es digno de la libertad y la vida quien es capaz de conquistarlas día á día por sí, con tanta más razón podría decirse que el honor de cada generación humana exige que ella se conquiste por la perseverante actividad de su pensamiento, por el esfuerzo propio, su fe en determinada manifestación del ideal y su puesto en la evolución de las ideas.

Al conquistar los vuestros, debéis empezar por reconocer un primer objeto de fe en vosotros mismos. La juventud que vivís es una fuerza, de cuya aplicación sois los obreros, y un tesoro, de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza; haced que el altivo sentimiento de su

posesión permanezca ardiente y eficaz en vosotros. Yo os digo con Renán: «La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la vida.» El descubrimiento que revela las tierras ignoradas necesita completarse con el esfuerzo viril que las sojuzga. Y ningún otro espectáculo puede imaginarse más propio para cautivar á un tiempo el interés del pensador y el entusiasmo del artista que el que presenta una generación humana que marcha al encuentro del futuro, vibrante con la impaciencia de la acción, alta la frente, en la sonrisa un altanero desdén del desengaño, colmada el alma por dulces y remotos mirajes que derraman en ella misteriosos estímulos, como las visiones de Cipango y El Dorado en las crónicas heroicas de los conquistadores.

Del renacer de las esperanzas humanas, de las promesas que fían eternamente al porvenir la realidad de lo mejor, adquiere su belleza el alma que se entreabre al soplo de la vida, dulce é inefable belleza, compuesta, como lo estaba la del amanecer para el poeta de *Las contemplaciones*, de un «vestigio de sueño y un principio de pensamiento».

La Humanidad, renovando de generación en generación su activa esperanza y su ansiosa fe en un ideal, al través de la dura experiencia de los siglos, hacía pensar á Guyau en la obsesión de aquella pobre enajenada, cuya extraña y conmovedora locura consistía en creer llegado constantemente el día de sus bodas. Juguete de su ensueño, ella ceñía cada mañana á su frente pálida la corona de desposada y suspendía de su cabeza el velo nupcial. Con una dulce sonrisa, disponíase luego á recibir al prometido ilusorio, hasta que las sombras de la tarde, tras el vano esperar,

traían la decepción á su alma. Entonces tomaba un melancólico tinte su locura. Pero su ingenua confianza reaparecía con la aurora siguiente, y ya sin el recuerdo del desencanto pasado, murmurando: «Es hoy cuando vendrá», volvía á ceñirse la corona y el velo y á sonreir en espera del prometido.

Es así como, no bien la eficacia de un ideal ha muerto, la Humanidad viste otra vez sus galas nupciales para esperar la realidad del ideal soñado, con nueva fe, con tenaz y conmovedora locura. Provocar esa renovación, inalterable como un ritmo de la Naturaleza, es en todos los tiempos la función y la obra de la juventud. De las almas de cada primavera humana está tejido aquel tocado de novia. Cuando se trata de sofocar esta sublime terquedad de la esperanza, que brota alada del seno de la decepción, todos los pesimismos son vanos. Lo mismo los que se fundan en la razón que los que parten de la experiencia, han de reconocerse inútiles para contrastar el altanero «no importa» que surge del fondo de la Vida. Hay veces en que, por una aparente alteración del ritmo triunfal, cruzan la historia humana generaciones destinadas á personificar, desde la cuna, la vacilación y el desaliento. Pero ellas pasan—no sin haber tenido quizá su ideal como las otras, en forma negativa y con amor inconsciente—, y de nuevo se ilumina en el espíritu de la Humanidad la esperanza en el Esposo anhelado, cuya imagen, dulce y radiosa como en los versos de marfil de los místicos, basta para mantener la animación y el contento de la vida, aun cuando nunca haya de encarnarse en la realidad.

La juventud, que así significa en el alma de los individuos y la de las generaciones luz, amor,

energía, existe y lo significa también en el proceso evolutivo de las sociedades. De los pueblos que sienten y consideran la vida como vosotros serán siempre la fecundidad, la fuerza, el dominio del porvenir. Hubo una vez en que los atributos de la juventud humana se hicieron, más que en ninguna otra, los atributos de un pueblo, los caracteres de una civilización, y en que un soplo de odolescencia encantadora pasó rozando la frente serena de una raza. Cuando Grecia nació, los dioses le regalaron el secreto de su juventud inextinguible. Grecia es el alma joven. «Aquel que en Delfos contempla la apiñada muchedumbre de los jonios—dice uno de los himnos homéricos—se imagina que ellos no han de envejecer jamás.» Grecia hizo grandes cosas porque tuvo, de la juventud, la alegría, que es el ambiente de la acción, y el entusiasmo, que es la palanca omnipotente. El sacerdote egipcio con quien Solón habló en el templo de Sais decía al legislador ateniense, compadeciendo á los griegos por su volubilidad bulliciosa: «¡No sois sino unos niños!» Y Michelet ha comparado la actividad del alma helena con un festivo juego á cuyo alrededor se agrupan y sonríen todas las naciones del mundo. Pero de aquel divino juego de niños sobre las playas del archipiélago y á la sombra de los olivos de Jonia nacieron el arte, la filosofía, el pensamiento libre, la curiosidad de la investigación, la conciencia de la dignidad humana, todos esos estímulos de Dios que son aún nuestra inspiración y nuestro orgullo. Absorto en su austeridad hierática, el país del sacerdote representaba, en tanto, la senectud, que se concentra para ensayar el reposo de la eternidad y aleja con desdeñosa mano todo frívolo sueño. La gracia, la inquietud, están proscriptas de

las actitudes de su alma, como del gesto de sus imágenes la vida. Y cuando la posteridad vuelve las miradas á él, sólo encuentra una estéril noción del orden presidiendo al desenvolvimiento de una civilización que vivió para tejerse un sudario y para edificar sus sepulcros: la sombra de un compás tendiéndose sobre la esterilidad de la arena.

Las prendas del espíritu joven—el entusiasmo y la esperanza—corresponden, en las armonías de la Historia y la Naturaleza, al movimiento y á la luz. Adondequiera que volváis los ojos las encontraréis, como el ambiente natural de todas las cosas fuertes y hermosas. Levantadlos al ejemplo más alto. La idea cristiana, sobre la que aún se hace pesar la acusación de haber entristecido la tierra proscribiendo la alegría del paganismo, es una inspiración esencialmente juvenil mientras no se aleja de su cuna. El cristianismo naciente es, en la interpretación—que yo creo tanto más verdadera cuanto más poética—de Renán, un cuadro de juventud inmarcesible. De juventud del alma, ó lo que es lo mismo, de un vivo sueño, de gracia, de candor, se compone el aroma divino que flota sobre las lentas jornadas del Maestro al través de los campos de Galilea; sobre sus prédicas, que se desenvuelven ajenas á toda penitente gravedad; junto á un lago celeste; en los valles abrumados de frutos; escuchadas por «las aves del cielo» y «los lirios de los campos» con que se adornan las parábolas; propagando la alegría del «reino de Dios» sobre una dulce sonrisa de la Naturaleza. De este cuadro dichoso están ausentes los ascetas que acompañaban en la soledad las penitencias del Bautista. Cuando Jesús habla de los que á él le siguen, los compara á los paraninfos de un cortejo de bodas. Y es la impresión de

aquel divino contento la que, incorporándose á la esencia de la nueva fe, se siente persistir al través de la odisea de los evangelistas; la que derrama en el espíritu de las primeras comunidades cristianas su felicidad candorosa, su ingenua alegría de vivir y la que, al llegar á Roma con los ignorados cristianos del Transtevere, les abre fácil paso en los corazones; porque ellos triunfaron oponiendo el encanto de su juventud interior—la de su alma embalsamada por la libación del vino nuevo—á la severidad de los estoicos y á la decrepitud de los mundanos.

Sed, pues, conscientes poseedores de la fuerza bendita que lleváis dentro de vosotros mismos. No creáis, sin embargo, que ella esté exenta de malograrse y desvanecerse, como un impulso sin objeto, en la realidad. De la Naturaleza es la dádiva del precioso tesoro; pero es de las ideas que él sea fecundo, ó se prodigue vanamente, ó, fraccionado y disperso en las conciencias personales, no se manifieste en la vida de las sociedades humanas como una fuerza bienhechora. Un escritor sagaz rastreaba ha poco en las páginas de la novela de nuestro siglo—esa inmensa superficie especular donde se refleja toda entera la imagen de la vida en los últimos vertiginosos cien años—la psicología, los estados de alma de la juventud, tales como ellos han sido en las generaciones que van desde los días de René hasta los que han visto pasar á Des Esseintes. Su análisis comprobaba una progresiva disminución de *juventud interior* y de energía en la serie de personajes representativos que se inícia con los héroes, enfermos, pero á menudo viriles y siempre intensos de pasión de los románticos, y termina con los enervados de voluntad y corazón, en quienes se refle-

jan tan desconsoladoras manifestaciones del espíritu de nuestro tiempo, como la del protagonista de *A rebours* ó la del Robert Greslou de *Le Disciple*. Pero comprobaba el análisis también un lisonjero renacimiento de animación y de esperanza en la psicología de la juventud de que suele hablarnos una literatura que es quizá nuncio de transformaciones más hondas; renacimiento que personifican los héroes nuevos de Lemaitre, de Wizewa, de Rod, y cuya más cumplida representación lo sería tal vez el *David Grieve* con que cierta novelista inglesa contemporánea ha resumido en un solo carácter todas las penas y todas las inquietudes ideales de varias generaciones, para solucionarlas en un supremo desenlace de serenidad y de amor.

¿Madurará en la realidad esa esperanza?

Vosotros, los que vais á pasar, como el obrero en marcha á los talleres que le esperan, bajo el pórtico del nuevo siglo, ¿reflejaréis quizá sobre el arte que os estudie imágenes más luminosas y triunfales que las que han quedado de nosotros? Si los tiempos divinos en que las almas jóvenes daban modelos para los dialoguistas radiantes de Platón sólo fueron posibles en una breve primavera del mundo; si es fuerza «no pensar en los dioses», como aconseja la Forquias del segundo *Fausto* al coro de cautivas, ¿no nos será lícito á lo menos soñar con la aparición de generaciones humanas que devuelvan á la vida un sentido ideal, un grande entusiasmo; en las que sea un poder el sentimiento; en las que una vigorosa resurrección de las energías de la voluntad ahuyente con heroico clamor, del fondo de las almas, todas las cobardías morales que se nutren á los pechos de la decepción y de la duda? ¿Será de nuevo la juventud

una realidad de la vida colectiva, como lo es la vida individual?

Tal es la pregunta que me inquieta mirándoos. Vuestras primeras páginas, las confesiones que nos habéis hecho hasta ahora de vuestro mundo íntimo, hablan de indecisión y de estupor á menudo; nunca de enervación ni de un definitivo quebranto de la voluntad. Yo sé bien que el entusiasmo es una surgente viva en vosotros. Yo sé bien que las notas de desaliento y de dolor que la absoluta sinceridad del pensamiento—virtud todavía más grande que la esperanza—ha podido hacer brotar de las torturas de vuestra meditación en las tristes é inevitables citas de la Duda, no eran indicio de un estado de alma permanente ni significaron en ningún caso vuestra desconfianza respecto de la eterna virtualidad de la Vida. Cuando un grito de angustia ha ascendido del fondo de vuestro corazón, no lo habéis sofocado antes de pasar por vuestros labios con la austera y muda altivez del estoico en el suplicio, pero lo habéis terminado con una invocación al ideal *que vendrá*, con una nota de esperanza mesiánica.

Por lo demás, al hablaros del entusiasmo y la esperanza como de altas y fecundas virtudes, no es mi propósito enseñaros á trazar la línea infranqueable que separe el escepticismo de la fe, la decepción de la alegría. Nada más lejos de mi ánimo que la idea de confundir con los atributos naturales de la juventud, con la graciosa espontaneidad de su alma, esa indolente frivolidad del pensamiento que, incapaz de ver mas que el motivo de un juego en la actividad, compra el amor y el contento de la vida al precio de su incomunicación con todo lo que pueda hacer detener el paso ante la faz misteriosa y grave de las cosas.

No es ese el noble significado de la juventud individual, ni ese tampoco el de la juventud de los pueblos. Yo he conceptuado siempre vano el propósito de los que, constituyéndose en avizores vigías del destino de América, en custodios de su tranquilidad, quisieran sofocar, con temeroso recelo, antes de que llegase á nosotros, cualquiera resonancia del humano dolor, cualquier eco venido de literaturas extrañas que, por triste é insano, ponga en peligro la fragilidad de su optimismo. Ninguna firme educación de la inteligencia puede fundarse en el aislamiento candoroso ó en la ignorancia voluntaria. Todo problema propuesto al pensamiento humano por la Duda, toda sincera reconvención que sobre Dios ó la Naturaleza se fulmine del seno del desaliento y el dolor, tienen derecho á que les dejemos llegar á nuestra conciencia y á que los afrontemos. Nuestra fuerza de corazón ha de probarse aceptando el reto de la Esfinge y no esquivando su interrogación formidable. No olvidéis, además, que en ciertas amarguras del pensamiento hay, como en sus alegrías, la posibilidad de encontrar un punto de partida para la acción: hay á menudo sugestiones fecundas. Cuando el dolor enerva, cuando el dolor es la irresistible pendiente que conduce al marasmo ó el consejero pérfido que mueve á la abdicación de la voluntad, la filosofía que le lleva en sus entrañas es cosa indigna de almas jóvenes. Puede entonces el poeta calificarle de «indolente soldado que milita bajo las banderas de la muerte». Pero cuando lo que nace del seno del dolor es el anhelo varonil de la lucha para conquistar ó recobrar el bien que él nos niega, entonces es un acerado acicate de la evolución, es el más poderoso impulso de la vida; no de otro modo que

como el hastío, para Helvecio, llega á ser la mayor y más preciosa de todas las prerrogativas humanas, desde el momento en que, impidiendo enervarse nuestra sensibilidad en los adormecimientos del ocio, se convierte en el vigilante estímulo de la acción.

En tal sentido se ha dicho bien que hay pesimismos que tienen la significación de un *optimismo paradógico*. Muy lejos de suponer la renuncia y la condenación de la existencia, ellos propagan, con su descontento de lo actual, la necesidad de renovarla. Lo que á la Humanidad importa salvar contra toda negación pesimista es, no tanto la idea de la relativa bondad de lo presente, sino la de la posibilidad de llegar á un término mejor por el desenvolvimiento de la vida, apresurado y orientado mediante el esfuerzo de los hombres. La fe en el porvenir, la confianza en la eficacia del esfuerzo humano, son el antecedente necesario de toda acción enérgica y de todo propósito fecundo. Tal es la razón por la que he querido comenzar encareciéndoos la inmortal excelencia de esa fe que, siendo en la juventud un instinto, no debe necesitar seros impuesta por ninguna enseñanza, puesto que la encontraréis indefectiblemente dejando actuar en el fondo de vuestro ser la sugestión divina de la Naturaleza.

Animados por ese sentimiento, entrad, pues, á la vida, que os abre sus hondos horizontes con la noble ambición de hacer sentir vuestra presencia en ella desde el momento en que la afrontéis con la altiva mirada del conquistador. Toca al espíritu juvenil la iniciativa audaz, la genialidad innovadora. Quizá universalmente hoy la acción y la influencia de la juventud son, en la marcha de las sociedades humanas, menos efectivas é intensas

que debieran ser. Gastón Deschamps lo hacía notar en Francia, hace poco, comentando la iniciación tardía de las jóvenes generaciones en la vida pública y la cultura de aquel pueblo, y la escasa originalidad con que ellas contribuyen al trazado de las ideas dominantes. Mis impresiones del presente de América, en cuanto ellas pueden tener un carácter general á pesar del doloroso aislamiento en que viven los pueblos que la componen, justificarían acaso una observación parecida. Y sin embargo, yo creo ver expresada en todas partes la necesidad de una activa revelación de fuerzas nuevas; yo creo que América necesita grandemente de su juventud. He ahí por qué os hablo. He ahí por qué me interesa extraordinariamente la orientación moral de vuestro espíritu. La energía de vuestra palabra y vuestro ejemplo puede llegar hasta incorporar las fuerzas vivas del pasado á la obra del futuro. Pienso con Michelet que el verdadero concepto de la educación no abarca sólo la cultura del espíritu de los hijos por la experiencia de los padres, sino también, y con frecuencia, mucho más la del espíritu de los padres por la inspiración innovadora de los hijos.

Hablemos, pues, de cómo consideraréis la vida que os espera.

***

La divergencia de las vocaciones personales imprimirá diversos sentidos á vuestra actividad y hará predominar una disposición, una aptitud determinada, en el espíritu de cada uno de vosotros. Los unos seréis hombres de ciencia; los otros seréis hombres de arte; los otros seréis hombres de acción. Pero por encima de los afectos que hayan

de vincularos individualmente á distintas aplicaciones y distintos modos de la vida, debe velar en lo íntimo de vuestra alma la conciencia de la unidad fundamental de nuestra naturaleza, que exige que cada individuo humano sea, ante todo y sobre toda otra cosa, un ejemplar no mutilado de la Humanidad, en el que ninguna noble facultad del espíritu quede obliterada y ningún alto interés de todos pierda su virtud comunicativa. Antes que las modificaciones de profesión y de cultura, está el cumplimiento del destino común de los seres racionales. «Hay una profesión universal que es la del *hombre*», ha dicho admirablemente Guyau. Y Renán, recordando, á propósito de las civilizaciones desequilibradas y parciales, que el fin de la criatura humana no puede ser exclusivamente saber, ni sentir, ni imaginar, sino ser real y enteramente *humana*, define el ideal de perfección á que ella debe encaminar sus energías como la posibilidad de ofrecer en un tipo individual un cuadro abreviado de la especie.

Aspirad, pues, á desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de vuestro ser. No os encojáis de hombros delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana, á pretexto de que vuestra organización individual os liga con preferencia á manifestaciones diferentes. Sed espectadores atentos allí donde no podáis ser actores. Cuando cierto falsísimo y vulgarizado concepto de la educación, que la imagina subordinada exclusivamente al fin utilitario, se empeña en mutilar, por medio de ese utilitarismo y de una especialización prematura, la integridad natural de los espíritus, y anhela proscribir de la enseñanza todo elemento desinteresado é ideal, no repara suficientemente en el peligro de

preparar para el porvenir espíritus estrechos, que, incapaces de considerar mas que el único aspecto de la realidad con que estén inmediatamente en contacto, vivirán separados por helados desiertos de los espíritus que, dentro de la misma sociedad, se hayan adherido á otras manifestaciones de la vida.

Lo necesario de la consagración particular de cada uno de nosotros á una actividad determinada, á un solo modo de cultura, no excluye, ciertamente, la tendencia á realizar, por la íntima armonía del espíritu, el destino común de los seres racionales. Esa actividad, esa cultura, serán sólo la nota fundamental de la armonía. El verso célebre en que el esclavo de la escena antigua afirmó que, pues era hombre, no le era ajeno nada de lo humano, forma parte de los gritos que, por su sentido inagotable, resonarán eternamente en la conciencia de la Humanidad. Nuestra capacidad de comprender sólo debe tener por límite la imposibilidad de comprender á los espíritus estrechos. Ser incapaz de ver de la Naturaleza mas que una faz, de las ideas é intereses humanos mas que uno sólo, equivale á vivir envuelto en una sombra de sueño horadada por un solo rayo de luz. La intolerancia, el exclusivismo, que cuando nacen de la tiránica absorción de un alto entusiasmo, del desborde de un desinteresado propósito ideal pueden merecer justificación y aun simpatía, se convierten en la más abominable de las interioridades cuando, en el círculo de la vida vulgar, manifiestan la limitación de un cerebro incapacitado para reflejar mas que una parcial apariencia de las cosas.

Por desdicha, es en los tiempos y las civilizaciones que han alcanzado una completa y refi-

nada cultura donde el peligro de esa limitación de los espíritus tiene una importancia más real y conduce á resultados más temibles. Quiere, en efecto, la ley de evolución, manifestándose en la sociedad como en la Naturaleza por una creciente tendencia á la heterogeneidad, que, á medida que la cultura general de las sociedades avanza, se limite correlativamente la extensión de las aptitudes individuales y haya de ceñirse el campo de acción de cada uno á una especialidad más restringida. Sin dejar de constituir una condición necesaria de progreso, ese desenvolvimiento del espíritu de especialización trae consigo desventajas visibles, que no se limitan á estrechar el horizonte de cada inteligencia, falseando necesariamente su concepto del mundo, sino que alcanzan y perjudican, por la dispersión de las afecciones y los hábitos individuales, al sentimiento de la solidaridad. Augusto Comte ha señalado bien este peligro de las civilizaciones avanzadas. Un alto estado de perfeccionamiento social tiene para él un grave inconveniente en la facilidad con que suscita la aparición de espíritus deformados y estrechos; de espíritus «muy capaces bajo un aspecto único, ó monstruosamente ineptos bajo todos los otros». El empequeñecimiento de un cerebro humano por el comercio continuo de un solo género de ideas, por el ejercicio indefinido de un solo modo de actividad, es para Comte un resultado comparable á la mísera suerte del obrero á quien la división del trabajo de taller obliga á consumir en la invariable operación de un detalle mecánico todas las energías de su vida. En uno y otro caso, el efecto moral es inspirar una desastrosa indiferencia por el aspecto general de los intereses de la Humanidad. «Y aunque esta especie de auto-

nomismo humano—agrega el pensador positivista—no constituye felizmente sino la extrema influencia dispersiva del principio de especialización, su realidad, ya muy frecuente, exige que se atribuya á su apreciación una verdadera importancia» (1).

No menos que á la solidez, daña esa influencia dispersiva á la *estética* de la estructura social. La belleza incomparable de Atenas, lo imperecedero del modelo legado por sus manos de diosa á la admiración y el encanto de la Humanidad, nacen de que aquella ciudad de prodigios fundó su concepción de la vida en el concierto de todas las facultades humanas, en la libre y acordada expansión de todas las energías capaces de contribuir á la gloria y al poder de los hombres. Atenas supo engrandecer á la vez el sentido de lo ideal y el de lo real, la razón y el instinto, las fuerzas del espíritu y las del cuerpo. Cinceló las cuatro fases del alma. Cada ateniense libre describe en derredor de sí, para contener su acción, un círculo perfecto, en el que ningún desordenado impulso quebrantará la graciosa proporción de la línea. Es atleta y escultura viviente en el Gimnasio, ciudadano en el Pnix, polemista y pensador en los pórticos. Ejercita su voluntad en toda suerte de acción viril y su pensamiento en toda preocupación fecunda. Por eso afirma Macaulay que un día de la vida pública del Atica es más brillante programa de enseñanza que los que hoy calculamos para nuestros modernos centros de instrucción. Y de aquel libre y único florecimiento de la plenitud de nuestra naturaleza surgió el

---

(1) A. Comte, *Cours de philosophie positive,* t. IV, página 430, 2.ª edición.

milagro griego, una inimitable y encantadora mezcla de animación y de serenidad, una primavera del espíritu humano, una sonrisa de la Historia.

En nuestros tiempos, la creciente complejidad de nuestra civilización privaría de toda seriedad al pensamiento de restaurar esa armonía, sólo posible entre los elementos de una graciosa sencillez. Pero dentro de la misma complejidad de nuestra cultura, dentro de la diferenciación progresiva de caracteres, de aptitudes, de méritos, que es la ineludible consecuencia del progreso en el desenvolvimiento social, cabe salvar una razonable participación de todos en ciertas ideas y sentimientos fundamentales que mantengan la unidad y el concierto de la vida en ciertos *intereses del alma*, ante los cuales la dignidad del ser racional no consiente la indiferencia de ninguno de nosotros.

Cuando el sentido de la utilidad material y el bienestar domina en el carácter de las sociedades humanas con la energía que tiene en la presente, los resultados del espíritu estrecho y la cultura unilateral son particularmente funestos á la difusión de aquellas preocupaciones puramente ideales que, siendo objeto de amor para quienes les consagran las energías más nobles y perseverantes de su vida, se convierten en una remota y quizá no sospechada región para una inmensa parte de los otros. Todo género de meditación desinteresada, de contemplación ideal, de tregua íntima, en la que los diarios afanes por la utilidad cedan transitoriamente su imperio á una mirada noble y serena tendida de lo alto de la razón sobre las cosas, permanece ignorado, en el estado actual de las sociedades humanas, para millones de almas civilizadas y cultas á quienes la influencia de la

educación ó la costumbre reduce al automatismo de una actividad en definitiva material. Y bien; este género de servidumbre debe considerarse la más triste y oprobiosa de todas las condenaciones morales. Yo os ruego que os defendáis, en la milicia de la vida, contra la mutilación de vuestro espíritu por la tiranía de un objetivo único é interesado. No entreguéis nunca á la utilidad ó á la pasión sino una parte de vosotros. Aun dentro de la esclavitud material, hay la posibilidad de salvar la libertad interior: la de la razón y el sentimiento. No tratéis, pues, de justificar por la absorción del trabajo ó el combate la esclavitud de vuestro espíritu.

Encuentra el símbolo de lo que debe ser nuestra alma en un cuento que evoco de un empolvado rincón de mi memoria. Era un rey patriarcal, en el Oriente indeterminado é ingenuo donde gusta hacer nido la alegre bandada de los cuentos. Vivía su reino la candorosa infancia de las tiendas de Ismael y los palacios de Pilos. La tradición le llamó después en la memoria de los hombres el rey hospitalario. Inmensa era la piedad del rey. A desvanecerse en ella tendía, como por su propio peso, toda desventura. A su hospitalidad acudían lo mismo por blanco pan el miserable que el alma desolada por el bálsamo de la palabra que acaricia. Su corazón reflejaba, como sensible placa sonora, el ritmo de los otros. Su palacio era la casa del pueblo. Todo era libertad y animación dentro de este augusto recinto, cuya entrada nunca hubo guardas que vedasen. En los abiertos pórticos formaban corro los pastores cuando consagraban á rústicos conciertos sus ocios; platicaban al caer la tarde los ancianos, y frescos grupos de mujeres disponían sobre trenzados juncos las

flores y los racimos de que se componía únicamente el diezmo real. Mercaderes de Ofir, buhoneros de Damasco, cruzaban á todas horas las puertas anchurosas, y ostentaban en competencia, ante las miradas del rey, las telas, las joyas, los perfumes. Junto á su trono reposaban los abrumados peregrinos. Los pájaros se citaban al mediodía para recoger las migajas de su mesa, y con el alba, los niños llegaban en bandadas bulliciosas al pie del lecho en que dormía el rey de barba de plata y le anunciaban la presencia del sol. Lo mismo á los seres sin ventura que á las cosas sin alma alcanzaba su libertad infinita. La Naturaleza sentía también la atracción de su llamado generoso; vientos, aves y plantas parecían buscar—como en el mito de Orfeo y en la leyenda de San Francisco de Asís—la amistad humana en aquel oasis de hospitalidad. Del germen caído al acaso brotaban y florecían, en las junturas de los pavimentos y los muros, los alelíes de las ruinas, sin que una mano cruel los arrancase ni los hollara un pie maligno. Por las francas ventanas se tendían al interior de las cámaras del rey las enredaderas osadas y curiosas. Los fatigados vientos abandonaban largamente sobre el alcázar real su carga de aromas y armonías. Empinándose desde el vecino mar, como si quisieran ceñirle en un abrazo, le salpicaban las olas con su espuma. Y una libertad paradisial, una inmensa reciprocidad de confianzas, mantenían por dondequiera la animación de una fiesta inextinguible...

Pero dentro, muy dentro, aislada del alcázar ruidoso por cubiertos canales, oculta á la mirada vulgar—como la *perdida iglesia* de Uhland en lo esquivo del bosque—, al cabo de ignorados senderos, una misteriosa sala se extendía, en la que á

nadie era lícito poner la planta sino al mismo rey, cuya hospitalidad se trocaba en sus umbrales en la apariencia de ascético egoísmo. Espesos muros la rodeaban. Ni un eco del bullicio exterior, ni una nota escapada al concierto de la Naturaleza, ni una palabra desprendida de labios de los hombres, lograban traspasar el espesor de los sillares de pórfido y conmover una onda del aire en la prohibida estancia. Religioso silencio velaba en ella la castidad del aire dormido. La luz, que tamizaban esmaltadas vidrieras, llegaba lánguida, medido el paso por una inalterable igualdad, y se diluía, como copo de nieve que invade un nido tibio, en la calma de un ambiente celeste. Nunca reinó tan honda paz ni en oceánica gruta ni en soledad nemorosa. Alguna vez—cuando la noche era diáfana y tranquila—, abriéndose á modo de dos valvas de nácar, la artesonada techumbre dejaba cernerse en su lugar la magnificencia de las sombras serenas. En el ambiente flotaba, como una onda indisipable, la casta esencia del nenúfar, el perfume sugeridor del adormecimiento penseroso y de la contemplación del propio ser. Graves cariátides custodiaban las puertas de marfil en la actitud del silenciario. En los testeros, esculpidas imágenes hablaban de idealidad, de ensimismamiento, de reposo... Y el viejo rey aseguraba que, aun cuando á nadie fuera dado acompañarle hasta allí, su hospitalidad seguía siendo en el misterioso seguro tan generosa y grande como siempre; sólo que los que él congregaba dentro de sus muros discretos eran convidados impalpables y huéspedes sutiles. En él soñaba, en él se libertaba de la realidad el rey legendario; en él sus miradas se volvían á lo interior y se bruñían en la meditación sus pensamientos como las guijas lavadas por la

espuma; en él se desplegaban sobre su noble frente las blancas alas de Psiquis... Y luego, cuando la muerte vino á recordarle que él no había sido sino un huésped más en palacio, la impenetrable estancia quedó clausurada y muda para siempre, para siempre abismada en su reposo infinito; nadie la profanó jamás, porque nadie hubiera osado poner la planta irreverente allí donde el viejo rey quiso estar solo con sus sueños y aislado en la última Tule de su alma.

Yo doy al cuento el escenario de vuestro reino interior. Abierto con una saludable liberalidad, como la casa del monarca, confiado á todas las corrientes del mundo, existía en él, al mismo tiempo, la celda escondida y misteriosa que desconozcan los huéspedes profanos y que á nadie mas que á la razón serena pertenezca. Sólo cuando penetréis dentro del inviolable seguro podréis llamaros, en realidad, hombres libres. No lo son quienes, enajenando insensatamente el dominio de sí á favor de la desordenada pasión ó el interés utilitario, olvidan que, según el sabio precepto de Montaigne, nuestro espíritu puede ser objeto de préstamo, pero no de cesión. Pensar, soñar, admirar: he ahí los nombres de los sutiles visitantes de mi celda. Los antiguos los clasificaban dentro de su noble inteligencia del *ocio,* que ellos tenían por el más elevado empleo de una existencia verdaderamente racional, identificándolo con la libertad del pensamiento emancipado de todo innoble yugo. El ocio noble era la inversión del tiempo que oponían, como expresión de la vida superior, á la actividad económica. Vinculando exclusivamente á esa alta y aristocrática idea del reposo su concepción de la dignidad de la vida, el espíritu clásico encuentra su corrección y su complemento en

nuestra moderna creencia en la dignidad del trabajo útil; y entrambas atenciones del alma pueden componer, en la existencia individual, un ritmo, sobre cuyo mantenimiento necesario nunca será inoportuno insistir. La escuela estoica, que iluminó el ocaso de la antigüedad como por un anticipado resplandor del cristianismo, nos ha legado una sencilla y conmovedora imagen de la salvación de la libertad interior, aun en medio de los rigores de la servidumbre, en la hermosa figura de Cleanto, de aquel Cleanto que, obligado á emplear la fuerza de sus brazos de atleta en sumergir el cubo de una fuente y mover la piedra de un molino, concedía á la meditación las treguas del quehacer miserable y trazaba con encallecida mano sobre las piedras del camino las máximas oídas de labios de Zenón. Toda educación racional, todo perfecto cultivo de nuestra naturaleza, tomarán por punto de partida la posibilidad de estimular en cada uno de nosotros la doble actividad que simboliza Cleanto.

Una vez más: el principio fundamental de vuestro desenvolvimiento, vuestro lema en la vida, deben ser mantener la integridad de vuestra condición humana. Ninguna función particular debe prevalecer jamás sobre esa finalidad suprema. Ninguna fuerza aislada puede satisfacer los fines racionales de la existencia individual, como no puede producir el ordenado concierto de la existencia colectiva. Así como la deformidad y el empequeñecimiento son, en el alma de los individuos, el resultado de un exclusivo objeto impuesto á la acción y un solo modo de cultura, la falsedad de lo artificial vuelve efímera la gloria de las sociedades que han sacrificado el libre desarrollo de su sensibilidad y su pensamiento, ya á la actividad

mercantil, como en Fenicia; ya á la guerra, como en Esparta; ya al misticismo, como en el terror del milenario; ya á la vida de sociedad y de salón, como en la Francia del siglo XVIII. Y preservándoos contra toda mutilación de vuestra naturaleza moral, aspirando á la armoniosa expansión de vuestro ser en todo noble sentido, pensad al mismo tiempo en que la más fácil y frecuente de las mutilaciones es, en el carácter actual de las sociedades humanas, la que obliga al alma á privarse de ese género de *vida interior* donde tienen su ambiente propio todas las cosas delicadas y nobles que, á la intemperie de la realidad, quema el aliento de la pasión impura y el interés utilitario proscribe; la vida de que son parte la meditación desinteresada, la contemplación ideal, el *ocio* antiguo, la impenetrable estancia de mi cuento.

***

Así como el primer impulso de la profanación será dirigirse á lo más sagrado del santuario, la regresión vulgarizadora contra la que os prevengo comenzará por sacrificar lo más delicado del espíritu. De todos los elementos superiores de la existencia racional, es el sentimiento de lo bello, la visión clara de la hermosura de las cosas, el que más fácilmente marchita la aridez de la vida limitada á la invariable descripción del círculo vulgar, convirtiéndole en el atributo de una minoría que lo custodia, dentro de cada sociedad humana, como el depósito de un precioso abandono. La emoción de belleza es al sentimiento de las idealidades como el esmalte del anillo. El efecto del contacto brutal por ella empieza fatalmente, y es sobre ella como obra de modo más seguro. Una

absoluta indiferencia llega á ser así el carácter normal, con relación á lo que debiera ser universal amor de las almas. No es más intensa la estupefacción del hombre salvaje en presencia de los instrumentos y las formas materiales de la civilización, que la que experimenta un número relativamente grande de hombres cultos frente á los actos en que se revele el propósito y el hábito de conceder una seria realidad á la relación hermosa de la vida.

El argumento del apóstol traidor ante el vaso de nardo derramado inútilmente sobre la cabeza del Maestro es todavía una de las fórmulas del sentido común. La superfluidad del arte no vale para la masa anónima los trescientos denarios. Si acaso la respeta, es como á un culto esotérico. Y sin embargo, entre todos los elementos de educación humana que pueden contribuir á formar un amplio y noble concepto de la vida, ninguno justificaría más que el arte un interés universal, porque ninguno encierra—según la tesis desenvuelta en elocuentes páginas de Schiller—la virtualidad de una cultura más *extensa* y completa, en el sentido de prestarse á un acordado estímulo de todas las facultades del alma.

Aunque el amor y la admiración de la belleza no respondiesen á una noble espontaneidad del ser racional y no tuvieran con ello suficiente valor para ser cultivados por sí mismos, sería un motivo superior de moralidad el que autorizaría á proponer la cultura de los sentimientos estéticos, como un alto interés de todos. Si á nadie es dado renunciar á la educación del sentimiento moral, este deber trae implícito el de disponer el alma para la clara visión de la belleza. Considerad al educado sentido de lo bello el colaborador más eficaz en la

formación de un delicado instinto de justicia. La dignificación, el ennoblecimiento interior, no tendrán nunca artífice más adecuado. Nunca la criatura humana se adherirá de más segura manera al cumplimiento del deber que cuando, además de sentirle como una imposición, lo sienta estéticamente, como una armonía. Nunca ella será más plenamente buena que cuando sepa, en las formas con que se manifieste activamente su virtud, respetar en los demás el sentimiento de lo hermoso.

Cierto es que la santidad del bien purifica y ensalza todas las groseras apariencias. Puede él indudablemente realizar su obra sin darle el prestigio exterior de la hermosura. Puede el amor caritativo llegar á la sublimidad con medios toscos, desapacibles y vulgares. Pero no es sólo más hermosa, sino mayor, la caridad que anhela transmitirse en las formas de lo delicado y lo selecto; porque ella añade á sus dones un beneficio más, una dulce é inefable caricia que no se sustituye con nada y que realza el bien que se concede como un toque de luz.

Dar á sentir lo hermoso es obra de misericordia. Aquellos que exigirían que el bien y la verdad se manifestasen invariablemente en formas adustas y severas me han parecido siempre amigos traidores del bien y la verdad. La virtud es también un género de arte, un arte divino; ella sonríe maternalmente á las Gracias. La enseñanza que se proponga fijar en los espíritus la idea del deber como la de la más seria realidad debe tender á hacerla concebir al mismo tiempo como la más alta poesía. Guyau, que es rey de las comparaciones hermosas, se vale de una insustituíble para expresar este doble objeto de la cultura moral. Recuerda el pensador los esculpidos respaldos del

coro de una gótica iglesia, en los que la madera, labrada bajo la inspiración de la fe, presenta en una faz escenas de una vida de santo y en la otra faz ornamentales círculos de flores. Por tal manera, á cada gesto del santo, significativo de su piedad ó su martirio, á cada rasgo de su fisonomía ó su actitud, corresponde del opuesto lado una corola ó un pétalo. Para acompañar la representación simbólica del bien, brotan, ya un lirio, ya una rosa. Piensa Guyau que no de otro modo debe estar esculpida nuestra alma; y él mismo, el dulce maestro, ¿no es, por la evangélica hermosura de su genio de apóstol, un ejemplo de esa viva armonía?

Yo creo indudable que el que ha aprendido á distinguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno. No es, por cierto, el buen gusto, como quería cierto liviano *dilettantismo* moral, el único criterio para apreciar la legitimidad de las acciones humanas; pero menos debe considerársele, con el criterio de un estrecho ascetismo, una tentación de error y una sirte engañosa. No le señalaremos nosotros como la senda misma del bien; sí como un camino paralelo y cercano que mantiene muy aproximados á ella el paso y la mirada del viajero. A medida que la Humanidad avance, se concebirá más claramente la ley moral como una estética de la conducta. Se huirá del mal y del error como de una disonancia; se buscará lo bueno como el placer de una armonía. Cuando la severidad estoica de Kant inspira, simbolizando el espíritu de su ética, las austeras palabras: «Dormía, y soñé que la vida era belleza; desperté, y advertí que ella es deber», desconoce que, si el deber es la realidad suprema, en ella puede hallar

realidad el objeto de su sueño, porque la conciencia del deber le dará, con la visión clara de lo bueno, la complacencia de lo hermoso.

En el alma del redentor, del misionero, del filántropo, debe exigirse también *entendimiento en hermosura,* hay necesidad de que colaboren ciertos elementos del genio del artista. Es inmensa la parte que corresponde al don de descubrir y revelar la íntima belleza de las ideas, en la eficacia de las grandes revoluciones morales. Hablando de la más alta de todas, ha podido decir Renán profundamente que «la poesía del precepto, que le hace amar, significa más que el precepto mismo, tomado como verdad abstracta». La originalidad de la obra de Jesús no está, efectivamente, en la acepción literal de su doctrina—puesto que ella puede reconstituirse toda entera sin salir de la moral de la sinagoga, buscándola desde el *Deuteronomio* hasta el *Talmud*—, sino en haber hecho sensible con su prédica la poesía del precepto, es decir, su belleza íntima.

Pálida gloria será la de las épocas y las comuniones que menosprecian esa relación estética de su vida ó de su propaganda. El ascetismo cristiano, que no supo encarar mas que una sola faz del ideal, excluyó de su concepto de la perfección todo lo que hace á la vida amable, delicada y hermosa; y su espíritu estrecho sirvió para que el instinto indomable de la libertad, volviendo en una de esas arrebatadas reacciones del espíritu humano, engendrase en la Italia del Renacimiento un tipo de civilización que consideró vanidad el bien moral y sólo creyó en la virtud de la apariencia fuerte y graciosa. El puritanismo, que persiguió toda belleza y toda selección intelectual; que veló indignado la casta desnudez de las estatuas; que pro-

fesó la afectación de la fealdad en las maneras, en el traje, en los discursos; la secta triste que, imponiendo su espíritu desde el Parlamento inglés, mandó extinguir las fiestas que manifestasen alegría y segar los árboles que diesen flores, tendió junto á la virtud, al divorciarla del sentimiento de lo bello, una sombra de muerte que aún no ha conjurado enteramente Inglaterra, y que dura en las menos amables manifestaciones de su religiosidad y sus costumbres. Macaulay declara preferir la grosera *caja de plomo* en que los puritanos guardaron el tesoro de la libertad, al primoroso cofre esculpido en que la corte de Carlos II hizo acopio de sus refinamientos. Pero como ni la libertad ni la verdad necesitan guardarse en caja de plomo, mucho más que todas las severidades de ascetas y de puritanos valdrán siempre, para la educación de la Humanidad, la gracia del ideal antiguo, la moral armoniosa de Platón, el movimiento pulcro y elegante con que la mano de Atenas tomó, para llevarla á los labios, la copa de la vida.

La perfección de la moralidad humana consistiría en infiltrar el espíritu de la caridad en los moldes de la elegancia griega. Y esta suave armonía ha tenido en el mundo una pasajera realización. Cuando la palabra del cristianismo naciente llegaba con San Pablo al seno de las colonias griegas de Macedonia, á Tesalónica y Filipos, y el Evangelio, aún puro, se difundía en el alma de aquellas sociedades finas y espirituales, en las que el sello de la cultura helénica mantenía una encantadora espontaneidad de distinción, pudo creerse que los dos ideales más altos de la Historia iban á enlazarse para siempre. En el estilo epistolar de San Pablo queda la huella de aquel momento en

que la caridad se heleniza. Este dulce consorcio duró poco. La armonía y la serenidad de la concepción pagana de la vida se apartaron cada vez más de la idea nueva que marchaba entonces á la conquista del mundo. Pero para concebir la manera como podría señalarse el perfeccionamiento moral de la Humanidad, un paso adelante, sería necesario soñar que el ideal cristiano se reconcilia de nuevo con la serena y luminosa alegría de la antigüedad, imaginarse que el Evangelio se propaga otra vez en Tesalónica y Filipos.

Cultivar el buen gusto no significa sólo perfeccionar una forma exterior de la cultura, desenvolver una aptitud artística, cuidar con exquisitez superflua una elegancia de la civilización. El buen gusto es «una rienda firme de criterio». Martha ha podido atribuirle exactamente la significación de una segunda conciencia que nos orienta y nos devuelve á la luz cuando la primera se obscurece y vacila. El sentido delicado de la belleza es, para Bagehot, un aliado del tacto seguro de la vida y de la dignidad de las costumbres. «La educación del buen gusto—agrega el sabio pensador—se dirige á favorecer el ejercicio del buen sentido, que es nuestro principal punto de apoyo en la complejidad de la vida civilizada.» Si algunas veces veis unida esa educación, en el espíritu de los individuos y las sociedades, al extravío del sentimiento ó la moralidad, es porque en tales casos ha sido cultivada como fuerza aislada y exclusiva, imposibilitándose de ese modo el efecto de perfeccionamiento moral que ella puede ejercer dentro de un orden de cultura en el que ninguna facultad del espíritu sea desenvuelta prescindiendo de su relación con las otras. En el alma que haya sido objeto de una estimulación armónica y perfecta, la

gracia íntima y la delicadeza del sentimiento de lo bello serán una misma cosa con la fuerza y la rectitud de la razón. No de otra manera observa Taine que, en las grandes obras de la arquitectura antigua, la belleza es una manifestación sensible de la solidez, la elegancia se identifica con la apariencia de la fuerza: «Las mismas líneas del Partenón que halagan á la mirada con proporciones armoniosas contentan á la inteligencia con promesas de eternidad.»

Hay una relación orgánica, una natural y estrecha simpatía, que vincula á las subversiones del sentimiento y de la voluntad con las falsedades y las violencias del mal gusto. Si nos fuera dado penetrar en el misterioso laboratorio de las almas y se reconstruyera la historia íntima de las del pasado para encontrar la fórmula de sus definitivos caracteres morales, sería un interesante objeto de estudio determinar la parte que corresponde, entre los factores de la refinada perversidad de Nerón, al germen de histrionismo monstruoso depositado en el alma de aquel cómico sangriento por la retórica afectada de Séneca. Cuando se evoca la oratoria de la Convención y el hábito de una abominable perversión retórica se ve aparecer por todas partes, como la piel felina del jacobinismo, es imposible dejar de relacionar, como los radios que parten de un mismo centro, como los accidentes de una misma insania, el extravío del gusto, el vértigo del sentido moral y la limitación fanática de la razón.

Indudablemente, ninguno más seguro entre los resultados de la estética que el que nos enseña á distinguir, en la esfera de lo relativo, lo bueno y lo verdadero de lo hermoso, y á aceptar la posibilidad de una belleza del mal y del error.

Pero no se necesita desconocer esta verdad, *definitivamente* verdadera, para creer en el encadenamiento simpático de todos aquellos altos fines del alma, y considerar á cada uno de ellos como el punto de partida, no único, pero sí más seguro, de donde sea posible dirigirse al encuentro de los otros.

La idea de un superior acuerdo entre el buen gusto y el sentido moral es, pues, exacta, lo mismo en el espíritu de los individuos que en el espíritu de las sociedades. Por lo que respecta á estas últimas, esa relación podría tener su símbolo en la que Rosenkranz afirmaba existir entre la libertad y el orden moral, por una parte, y por la otra, la belleza de las formas humanas como un resultado del desarrollo de las razas en el tiempo. Esa belleza típica refleja, para el pensador hegueliano, el efecto ennoblecedor de la libertad; la esclavitud afea al mismo tiempo que envilece; la conciencia de su armonioso desenvolvimiento imprime á las razas libres el sello exterior de la hermosura.

En el carácter de los pueblos, los dones derivados de un gusto fino, el dominio de las formas graciosas, la delicada aptitud de interesar, la virtud de hacer amables las ideas, se identifican, además, con el «genio de la propaganda», es decir, con el don poderoso de la universalidad. Bien sabido es que, en mucha parte, á la posesión de aquellos atributos escogidos debe referirse la significación *humana* que el espíritu francés acierta á comunicar á cuanto elige y consagra. Las ideas adquieren alas potentes y veloces, no en el helado seno de la abstracción, sino en el luminoso y cálido ambiente de la forma. Su superioridad de difusión, su prevalencia á veces, dependen de

que las Gracias las hayan bañado con su luz. Tal así, en las evoluciones de la vida, esas encantadoras exterioridades de la Naturaleza, que parecen representar exclusivamente la dádiva de una caprichosa superfluidad—la música, el pintado plumaje de las aves, y como reclamo para el insecto propagador del polen fecundo, el matiz de las flores, su perfume—, han desempeñado, entre los elementos de la concurrencia vital, una función realísima, puesto que, significando una superioridad de motivos, una razón de preferencia para las atracciones del amor, han hecho prevalecer dentro de cada especie á los seres mejor dotados de hermosura sobre los menos ventajosamente dotados.

Para un espíritu en que exista el amor instintivo de lo bello, hay, sin duda, cierto género de mortificación en resignarse á defenderle por medio de una serie de argumentos que se funden en otra razón, en otro principio que el mismo irresponsable y desinteresado amor de la belleza, en la que halla su satisfacción uno de los impulsos fundamentales de la existencia racional. Infortunadamente, este motivo superior pierde su imperio sobre un inmenso número de hombres á quienes es necesario enseñar el respeto debido á ese amor del cual no participan, revelándoles cuáles son las relaciones que lo vinculan á otros géneros de intereses humanos. Para ello, deberá lucharse muy á menudo con el concepto vulgar de estas relaciones. En efecto, todo lo que tienda á suavizar los contornos del carácter social y las costumbres; á aguzar el sentido de la belleza; á hacer del gusto una delicada impresionabilidad del espíritu, y de la gracia una forma universal de la actividad, equivale, para el criterio de muchos devotos

de lo severo ó de lo útil, á menoscabar el temple varonil y heroico de las sociedades por una parte, su capacidad utilitaria y positiva por la otra. He leído en *Los trabajadores del mar* que, cuando un buque de vapor surcó por primera vez las ondas del canal de la Mancha, los campesinos de Jersey lo anatematizaban en nombre de una tradición popular que consideraba elementos irreconciliables y destinados fatídicamente á la discordia el agua y el fuego. El criterio común abunda en la creencia de enemistades parecidas. Si os proponéis vulgarizar el respeto por lo hermoso, empezad por hacer comprender la posibilidad de un armónico concierto de todas las legítimas actividades humanas, y esa será más fácil tarea que la de convertir directamente el amor de la hermosura, para ella misma, en atributo de la multitud. Para que la mayoría de los hombres no se sientan inclinados á *expulsar á las golondrinas de la casa,* siguiendo el consejo de Pitágoras, es necesario argumentarles, no con la gracia monástica del ave ni su leyenda de virtud, sino con que la permanencia de sus nidos no es en manera alguna inconciliable con la seguridad de los tejados.

***

A la concepción de la vida racional que se funda en el libre y armonioso desenvolvimiento de nuestra naturaleza, é incluye, por lo tanto, entre sus fines esenciales el que se satisface con la contemplación sentida de lo hermoso, se opone —como norma de la conducta humana—la concepción *utilitaria,* por la cual nuestra actividad, toda entera, se orienta en relación á la inmediata finalidad del interés.

La inculpación de utilitarismo estrecho que suele dirigirse al espíritu de nuestro siglo en nombre del ideal y con rigores de anatema, se funda, en parte, sobre el desconocimiento de que sus titánicos esfuerzos por la subordinación de las fuerzas de la Naturaleza á la voluntad humana y por la extensión del bienestar material son un trabajo necesario que preparará, como el laborioso enriquecimiento de una tierra agotada, la florescencia de idealismos futuros. La transitoria predominancia de esa función de utilidad que ha absorbido á la vida agitada y febril de estos cien años sus más potentes energías explica, sin embargo—ya que no las justifique—, muchas nostalgias dolorosas, muchos descontentos y agravios de la inteligencia, que se traducen, bien por una melancolía y exaltada idealización de lo pasado, bien por una desesperanza cruel del porvenir. Hay, por ello, un fecundísimo, un bienaventurado pensamiento en el propósito de cierto grupo de pensadores de las últimas generaciones—entre los cuales sólo quiero citar una vez más la noble figura de Guyau—que han intentado sellar la reconciliación definitiva de las conquistas del siglo con la renovación de muchas viejas devociones humanas, y que han invertido en esa obra bendita tantos tesoros de amor como de genio.

Con frecuencia habréis oído atribuir á dos causas fundamentales el desborde del espíritu de utilidad que da su nota á la fisonomía moral del siglo presente, con menoscabo de la consideración *estética* y desinteresada de la vida. Las revelaciones de la ciencia de la Naturaleza—que, según intérpretes, ya adversos, ya favorables á ellas, convergen á destruir toda idealidad por su base—son, la una, la universal difusión, y el triunfo de las

ideas democráticas la otra. Yo me propongo hablaros exclusivamente de esta última causa, porque confío en que vuestra primera iniciación en las revelaciones de la ciencia ha sido dirigida como para preservaros del peligro de una interpretación vulgar. Sobre la democracia pesa la acusación de guiar á la Humanidad, mediocrizándola, á un Sacro Imperio del utilitarismo. La acusación se refleja con vibrante intensidad en las páginas —para mí siempre llenas de un sugestivo encanto—del más amable entre los maestros del espíritu moderno, en las seductoras páginas de Renán, á cuya autoridad ya me habéis oído varias veces referirme, y de quien pienso volver á hablaros á menudo. Leed á Renán aquellos de vosotros que lo ignoréis todavía, y habréis de amarle como yo. Nadie como él me parece, entre los modernos, dueño de ese arte de «enseñar con gracia» que Anatole France considera divino. Nadie ha acertado como él á hermanar con la ironía la piedad. Aun en el rigor del análisis, sabe poner la unción del sacerdote. Aun cuando enseña á dudar, su suavidad exquisita tiene una onda balsámica sobre la duda. Sus pensamientos suelen dilatarse, dentro de nuestra alma, con ecos tan inefables y tan vagos, que hacen pensar en una religiosa música de ideas. Por su infinita comprensibilidad ideal, acostumbran las clasificaciones de la crítica personificar en él el alegre escepticismo de los *dilettanti* que convierten en traje de máscara la capa del filósofo; pero si alguna vez intimáis dentro de su espíritu, veréis que la tolerancia vulgar de los escépticos se distingue de su tolerancia, como la hospitalidad galante de un salón del verdadero sentimiento de la caridad.

Piensa, pues, el maestro que una alta preocu-

pación por los *intereses ideales* de la especie es opuesta del todo al espíritu de la democracia. Piensa que la concepción de la vida, en una sociedad donde ese espíritu domine, se ajustará progresivamente á la exclusiva persecución del bienestar material como beneficio propagable al mayor número de personas. Según él, siendo la democracia la entronización de Calibán, Ariel no puede menos que ser el vencido de ese triunfo. Abundan afirmaciones semejantes á estas de Renán en la palabra de muchos de los más caracterizados representantes que los intereses de la cultura estética y la selección del espíritu tienen en el pensamiento contemporáneo. Así, Bourget se inclina á creer que el triunfo universal de las instituciones democráticas hará perder á la civilización en profundidad lo que la hace ganar en extensión. Ve su forzoso término en el imperio de un individualismo mediocre. «Quien dice democracia—agrega el sagaz autor de *Andrés Cornelis*—dice desenvolvimiento progresivo de las tendencias individuales y disminución de la cultura.» Hay en la cuestión que plantean estos juicios severos un interés vivísimo para los que amamos—al mismo tiempo—por convencimiento la obra de la Revolución, que en nuestra América se enlaza además con las glorias de su génesis, y por instinto, la posibilidad de una noble y selecta vida espiritual que en ningún caso haya de ver sacrificada su serenidad augusta á los caprichos de la multitud. Para afrontar el problema, es necesario empezar por reconocer que cuando la democracia no enaltece su espíritu por la influencia de una fuerte preocupación ideal que comparta su imperio con la preocupación de los intereses materiales, ella conduce fatalmente á la privanza de la mediocridad, y carece, más que

ningún otro régimen, de eficaces barreras con las cuales asegurar dentro de un ambiente adecuado la inviolabilidad de la alta cultura. Abandonada á sí misma—sin la constante rectificación de una activa autoridad moral que la depure y encauce sus tendencias en el sentido de la dignificación de la vida—, la democracia extinguirá gradualmente toda idea de superioridad que no se traduzca en una mayor y más osada aptitud para las luchas del interés, que son entonces la forma más innoble de las brutalidades de la fuerza. La selección espiritual, el enaltecimiento de la vida por la presencia de estímulos desinteresados, el gusto, el arte, la suavidad de las costumbres, el sentimiento de admiración por todo perseverante propósito ideal y de acatamiento á toda noble supremacía, serán como debilidades indefensas, allí donde la igualdad social que ha destruído las jerarquías imperativas é infundadas no las sustituya con otras que tengan en la influencia moral su único modo de dominio y su principio en una clasificación racional.

Toda igualdad de condiciones es, en el orden de las sociedades, como toda homogeneidad en el de la Naturaleza, un equilibrio estable. Desde el momento en que haya realizado la democracia su obra de negación con el allanamiento de las superioridades injustas, la igualdad conquistada no puede significar para ella sino un punto de partida. Resta la afirmación. Y lo afirmativo de la democracia y su gloria consistirán en suscitar, por eficaces estímulos, en su seno, la revelación y el dominio de las *verdaderas* superioridades humanas.

Con relación á las condiciones de la vida de América, adquiere esta necesidad de precisar el verdadero concepto de nuestro régimen social un

doble imperio. El presuroso crecimiento de nuestras democracias por la incesante agregación de una enorme multitud cosmopolita, por la afluencia inmigratoria, que se incorpora á un núcleo aún débil para verificar un activo trabajo de asimilación y encauzar el torrente humano con los medios que ofrecen la solidez secular de la estructura social, el orden político seguro y los elementos de una cultura que haya arraigado íntimamente, nos expone en el porvenir á los peligros de la degeneración democrática, que ahoga bajo la fuerza ciega del número toda noción de calidad, que desvanece en la conciencia de las sociedades todo justo sentimiento del orden, y que, librando su ordenación jerárquica á la torpeza del acaso, conduce forzosamente á hacer triunfar las más injustificadas é innobles de las supremacías.

Es indudable que nuestro interés egoísta debería llevarnos—á falta de virtud—á ser hospitalarios. Ha tiempo que la suprema necesidad de colmar el vacío moral del desierto hizo decir á un publicista ilustre que, en América, *gobernar es poblar*. Pero esta fórmula famosa encierra una verdad contra cuya estrecha interpretación es necesario prevenirse, porque conduciría á atribuir una incondicional eficacia civilizadora al valor cuantitativo de la muchedumbre. Gobernar es poblar, asimilando en primer término, educando y seleccionando después. Si la aparición y el florecimiento en la sociedad de las más elevadas actividades humanas, de las que determinan la alta cultura, requieren como condición indispensable la existencia de una población cuantiosa y densa, es precisamente porque esa importancia cuantitativa de la población, dando lugar á la más compleja división del trabajo, posibilita la formación

de fuertes elementos dirigentes que hagan efectivo el dominio de la *calidad* sobre el *número*. La multitud, la masa anónima, no es nada por sí misma. La multitud será un instrumento de barbarie ó de civilización, según carezca ó no del coeficiente de una alta dirección moral. Hay una verdad profunda en el fondo de la paradoja de Emerson, que exige que cada país del globo sea juzgado según la minoría y no según la mayoría de sus habitantes. La civilización de un pueblo adquiere su carácter, no de las manifestaciones de su prosperidad ó de su grandeza material, sino de las superiores maneras de pensar y de sentir que dentro de ella son posibles, y ya observaba Comte, para mostrar cómo en cuestiones de intelectualidad, de moralidad, de sentimiento, sería insensato pretender que la calidad pueda ser sustituída en ningún caso por el número, que ni de la acumulación de muchos espíritus vulgares se obtendrá jamás el equivalente de un cerebro de genio, ni de la acumulación de muchas virtudes mediocres el equivalente de un rasgo de abnegación ó de heroísmo. Al instituir nuestra democracia la universalidad y la igualdad de derechos, sancionaría, pues, el predominio innoble del número, si no cuidase de mantener muy en alto la noción de las legítimas superioridades humanas y de hacer de la autoridad vinculada al voto popular, no la expresión del sofisma de la igualdad absoluta, sino, según las palabras que recuerdo de un joven publicista francés, «la consagración de la jerarquía emanando de la libertad».

La oposición entre el régimen de la democracia y la alta vida del espíritu es una realidad fatal cuando aquel régimen significa el desconocimiento de las desigualdades legítimas y la sustitución de la fe en el *heroísmo*—en el sentido de Carlyle—

por una concepción mecánica de gobierno. Todo lo que en la civilización es algo más que un elemento de superioridad material y de prosperidad económica constituye un relieve que no tarda en ser allanado cuando la autoridad moral pertenece al espíritu de la medianía. En ausencia de la barbarie irruptora que desata sus hordas sobre los faros luminosos de la civilización con heroica y á veces regeneradora grandeza, la alta cultura de las sociedades debe precaverse contra la obra mansa y disolvente de esas otras hordas pacíficas, acaso acicaladas, las hordas inevitables de la vulgaridad, cuyo Atila podría personificarse en Mr. Homais, cuyo heroísmo es la astucia puesta al servicio de una repugnancia instintiva hacia lo grande, cuyo atributo es el rasero nivelador. Siendo la indiferencia inconmovible y la superioridad cuantitativa, las manifestaciones normales de su fuerza no son por eso incapaces de llegar á la ira épica y de ceder á los impulsos de la acometividad. Charles Morice las llama entonces «falanges de Prudhommes feroces que tienen por lema la palabra *mediocridad* y marchan animadas por el odio de lo extraordinario».

Encumbrados, esos Prudhommes harán de su voluntad triunfante una partida de caza organizada contra todo lo que manifieste la aptitud y el atrevimiento del vuelo. Su fórmula social será una democracia que conduzca á la consagración del pontífice *Cualquiera*, á la coronación del monarca *Uno de tantos*. Odiarán en el mérito una rebeldía. En sus dominios, toda noble superioridad se hallará en las condiciones de la estatua de mármol colocada á la orilla de un camino fangoso, desde el cual le envía un latigazo de cieno el carro que pasa. Ellos llamarán al dogmatismo del sentido

vulgar sabiduría; gravedad á la mezquina aridez del corazón; criterio sano á la adaptación perfecta á lo mediocre, y despreocupación viril al mal gusto. Su concepción de la justicia los llevaría á sustituir en la Historia la inmortalidad del grande hombre, bien con la identidad de todos en el olvido común bien con la memoria igualitaria de Mitrídates, de quien se cuenta que conservaba en el recuerdo los nombres de todos sus soldados. Su manera de republicanismo se satisfaría dando autoridad decisiva al procedimiento probatorio de Fox, que acostumbraba experimentar sus proyectos en el criterio del diputado que le parecía más perfecta personificación del *country gentleman*, por la limitación de sus facultades y la rudeza de sus gustos. Con ellos se estará en las fronteras de la *zoocracia* de que habló una vez Baudelaire. La Titania de Shakespeare poniendo un beso en la cabeza asesina podría ser el emblema de la Libertad que otorga su amor á los mediocres. Jamás, por medio de una conquista más fecunda, podrá llegarse á un resultado más fatal.

Embriagad al repetidor de las irreverencias de la medianía que veis pasar por vuestro lado; tentadle á hacer de héroe; convertid su apacibilidad burocrática en vocación de redentor, y tendréis entonces la hostilidad rencorosa é implacable contra todo lo hermoso, contra todo lo digno, contra todo lo delicado del espíritu humano, que repugna todavía más que el bárbaro derramamiento de sangre en la tiranía jacobina; que ante un tribunal convierte en culpas la sabiduría de Lavoisier, el genio de Chénier, la dignidad de Malesherbes; que entre los gritos habituales en la Convención hace oir las palabras: *¡Desconfiad de ese hombre, que ha hecho un libro!;* y que refiriendo el ideal de la sen-

cillez democrática al primitivo *estado de Naturaleza* de Rousseau, podría elegir el símbolo de la discordia que establece entre la democracia y la cultura, en la viñeta con que aquel sofista genial hizo acompañar la primera edición de su famosa diatriba contra las artes y las ciencias en nombre de la moralidad de las costumbres: un sátiro impudente que, pretendiendo abrazar, ávido de luz, la antorcha que lleva en su mano Prometeo, oye al titán filántropo que su fuego es mortal á quien le toca.

La ferocidad igualitaria no ha manifestado sus violencias en el desenvolvimiento democrático de nuestro siglo, ni se ha opuesto en formas brutales á la serenidad y la independencia de la cultura intelectual. Pero, á la manera de una bestia feroz en cuya posteridad, domesticada, hubiérase cambiado la acometividad en mansedumbre artera é innoble, el igualitarismo, en la forma mansa de la *tendencia á lo utilitario y lo vulgar*, puede ser un objeto real de acusación contra la democracia del siglo XIX. No se ha detenido ante ella ningún espíritu delicado y sagaz á quien no hayan hecho pensar angustiosamente algunos de sus resultados en el aspecto social y en el político. Expulsando con indignada energía del espíritu humano aquella falsa concepción de la igualdad que sugirió los delirios de la Revolución, el alto pensamiento contemporáneo ha mantenido, al mismo tiempo, sobre la realidad y sobre la teoría de la democracia, una inspección severa que os permite á vosotros, los que colaboraréis en la obra del futuro, fijar vuestro punto de partida, no ciertamente para destruir, sino para educar el espíritu del régimen que encontráis en pie.

Desde que nuestro siglo asumió personalidad

é independencia en la evaluación de las ideas, mientras el idealismo alemán rectificaba la utopía igualitaria de la filosofía del siglo XVIII y sublimaba, si bien con viciosa tendencia cesarista, el papel reservado en la Historia á la superioridad individual, el positivismo de Comte, desconociendo á la igualdad democrática otro carácter que el de «un disolvente transitorio de las desigualdades antiguas» y negando con igual convicción la eficacia definitiva de la soberanía popular, buscaba en los principios de las clasificaciones naturales el fundamento de la clasificación social que habría de sustituir á las jerarquías recientemente destruídas. La crítica de la realidad democrática toma formas severas en la generación de Taine y de Renán. Sabéis que á este delicado y bondadoso ateniense sólo complacía la igualdad de aquel régimen social, siendo, como en Atenas, «una igualdad de semidioses». En cuanto á Taine, es quien ha escrito los *Orígenes de la Francia contemporánea* (1), y si, por una parte, su concepción de la sociedad como un organismo le conduce lógicamente á rechazar toda idea de uniformidad que se oponga al principio de las dependencias y las subordinaciones orgánicas, por otra parte su finísimo instinto de selección intelectual le lleva á abominar de la invasión de las cumbres por la multitud. La gran voz de Carlyle había predicado ya, contra toda niveladora irreverencia, la veneración del *heroísmo*, entendiendo por tal el culto de cualquier noble superioridad. Emerson refleja esa voz en el seno de la más positivista de las democracias. La ciencia nueva habla de selección como de una necesidad de todo progreso. Dentro del

(1) Publicada por esta Casa Editorial.

arte, que es donde el sentido de lo selecto tiene su más natural adaptación, vibran con honda resonancia las notas que acusan el sentimiento, que podríamos llamar *de extrañeza*, del espíritu, en medio de las modernas condiciones de la vida. Para escucharlas no es necesario aproximarse al parnasianismo de estirpe delicada y enferma, á quien un aristocrático desdén de lo presente llevó á la reclusión de lo pasado. Entre las inspiraciones constantes de Flaubert—de quien se acostumbra á derivar directamente la más democratizada de las escuelas literarias—, ninguna más intensa que el odio de la mediocridad envalentonada por la nivelación y de la tiranía irresponsable del número. Dentro de esa contemporánea literatura del Norte, en la cual la preocupación por las altas cuestiones sociales es tan viva, surge á menudo la expresión de la misma idea, del mismo sentimiento; Ibsen desarrolla la altiva arenga de su *Stóckmann* alrededor de la afirmación de que «las mayorías compactas son el enemigo más peligroso de la libertad y la verdad», y el formidable Nietzsche opone al ideal de una Humanidad mediotizada la apoteosis de las almas que se yerguen sobre el nivel de la Humanidad como una viva marea. El anhelo vivísimo por una rectificación del espíritu social que asegura á la vida de la *heroicidad* y el pensamiento un ambiente más puro de dignidad y de justicia vibra hoy por todas partes, y se diría que constituye uno de los fundamentales acordes que este ocaso de siglo propone para las armonías que ha de componer el siglo venidero.

Y sin embargo, el espíritu de la democracia es esencialmente, para nuestra civilización, un principio de vida contra el cual sería inútil rebelarse.

Los descontentos sugeridos por las imperfecciones de su forma *histórica* actual han llevado á menudo á la injusticia con lo que aquel régimen tiene de definitivo y de fecundo. Así, el aristocratismo sabio de Renán formula la más explícita condenación del principio fundamental de la democracia: la igualdad de derechos; cree á este principio irremisiblemente divorciado de todo posible dominio de la superioridad intelectual, y llega hasta señalar en él, con una enérgica imagen, «*las antípodas de las vías de Dios*, puesto que Dios no ha querido que todos viviesen en el mismo grado la vida del espíritu». Estas paradojas injustas del maestro, complementadas por su famoso ideal de una oligarquía omnipotente de hombres sabios, son comparables á la reproducción exagerada y deformada, en el sueño, de un pensamiento real y fecundo que nos ha preocupado en la vigilia. Desconocer la obra de la democracia, en lo esencial, porque, aun no terminada, no ha llegado á conciliar definitivamente su empresa de igualdad con una fuerte garantía social de selección, equivale á desconocer la obra, paralela y concorde, de la ciencia, porque interpretada con el criterio estrecho de una escuela, ha podido dañar alguna vez al espíritu de religiosidad ó al espíritu de poesía. La democracia y la ciencia son, en efecto, los dos insustituíbles soportes sobre los que nuestra civilización descansa, ó, expresándolo con una frase de Bourget, las dos *obreras* de nuestros destinos futuros. *En ellas somos, vivimos, nos movemos.* Siendo, pues, insensato pensar, como Renán, en obtener una consagración más positiva de todas las superioridades morales, la realidad de una razonada jerarquía, el dominio eficiente de las altas dotes de la inteligencia y de la voluntad por la

destrucción de la igualdad democrática, sólo cabe pensar en la *educación* de la democracia y su reforma. Cabe pensar en que progresivamente se encarnen en los sentimientos del pueblo y sus costumbres la idea de las subordinaciones necesarias, la noción de las superioridades verdaderas, el culto consciente y espontáneo de todo lo que multiplica, á los ojos de la razón, la cifra del valor humano.

La educación popular adquiere, considerada en relación á tal obra, como siempre que se la mira con el pensamiento del porvenir, un interés supremo (1). Es en la escuela, por cuyas manos procuramos que pase la dura arcilla de las muchedumbres, donde está la primera y más generosa manifestación de la equidad social, que consagra para todos la accesibilidad del saber y de los medios más eficaces de superioridad. Ella debe complementar tan noble cometido, haciendo objetos de una educación preferente y cuidadosa el sentido del orden, la idea y la voluntad de la justicia, el sentimiento de las legítimas autoridades morales.

Ninguna distinción más fácil de confundirse y anularse en el espíritu del pueblo que la que enseña que la igualdad democrática puede significar una igual *posibilidad*, pero nunca una igual *realidad*, de influencia y de prestigio entre los miembros de una sociedad organizada. En todos ellos hay un derecho idéntico para aspirar á las superioridades morales que deben dar razón y funda-

---

(1) «Plus l'instruction se répand, plus elle doit faire de part aux idées générales et généreuses. On croit que l'instruction populaire doit être terre à terre. C'est le contraire qui est la veritée.»—Fouillée: *L'idée moderne du droit*, lib. 5.°, IV.

mento á las superioridades efectivas, pero sólo á los que han alcanzado realmente la posesión de las primeras debe ser concedido el premio de las últimas. El verdadero, el digno concepto de la igualdad, reposa sobre el pensamiento de que todos los seres racionales están dotados por naturaleza de facultades capaces de un desenvolvimiento noble. El deber del Estado consiste en colocar á todos los miembros de la sociedad en indistintas condiciones de tender á su perfeccionamiento. El deber del Estado consiste en predisponer los medios propios para provocar uniformemente la revelación de las superioridades humanas, dondequiera que existan. De tal manera, más allá de esta igualdad inicial, toda desigualdad estará justificada, porque será la sanción de las misteriosas elecciones de la Naturaleza ó del esfuerzo meritorio de la voluntad. Cuando se la concibe de este modo, la igualdad democrática, lejos de oponerse á la selección de las costumbres y de las ideas, es el más eficaz instrumento de selección espiritual, es el ambiente *providencial* de la cultura. La favorecerá todo lo que favorezca al predominio de la energía inteligente. No en distinto sentido pudo afirmar Tocqueville que la poesía, la elocuencia, las gracias del espíritu, los fulgores de la imaginación, la profundidad del pensamiento, «todos esos dones del alma, repartidos por el cielo al acaso», fueron colaboradores en la obra de la democracia y la sirvieron, aun cuando se encontraron de parte de sus adversarios, porque convergieron todos á poner de relieve la natural, la no heredada grandeza de que nuestro espíritu es capaz. La emulación, que es el más poderoso estímulo entre cuantos pueden sobreexcitar lo mismo la vivacidad del pensamiento que la

de las demás actividades humanas, necesita á la vez de la igualdad en el punto de partida para producirse, y de la desigualdad que aventajará á los más aptos y mejores como objeto final. Sólo un régimen democrático puede conciliar en su seno esas dos condiciones de la emulación, cuando no degenera en nivelador igualitarismo y se limita á considerar como un hermoso ideal de perfectibilidad una futura equivalencia de los hombres por su ascensión al mismo grado de cultura.

Racionalmente concebida, la democracia admite siempre un imprescriptible elemento aristocrático, que consiste en establecer la superioridad de los mejores, asegurándola sobre el consentimiento libre de los asociados. Ella consagra, como las aristocracias, la distinción de calidad; pero la resuelve á favor de las calidades realmente superiores—las de la virtud, el carácter, el espíritu—, y sin pretender inmovilizarlas en clases constituídas aparte de las otras, que mantengan á su favor el privilegio execrable de la casta, renueva sin cesar su aristocracia dirigente en las fuentes vivas del pueblo y las hace aceptar por la justicia y el amor. Reconociendo de tal manera en la selección y la predominancia de los mejor dotados una necesidad de todo progreso, excluye de esa ley universal de la vida, al sancionarla en el orden de la sociedad, el efecto de humillación y de dolor que es, en las concurrencias de la Naturaleza y en las de las otras organizaciones sociales, el duro lote del vencido. «La gran ley de la selección natural—ha dicho luminosamente Fouillée—continuará realizándose en el seno de las sociedades humanas, sólo que ella se realizará de más en más por vía de libertad.» El carácter odioso de las aristocracias tradicionales se originaba de que ellas

eran injustas por su fundamento, y opresoras por cuanto su autoridad era una imposición. Hoy sabemos que no existe otro límite legítimo para la igualdad humana que el que consiste en el dominio de la inteligencia y la virtud, consentido por la libertad de todos. Pero sabemos también que es necesario que este límite exista en realidad. Por otra parte, nuestra concepción cristiana de la vida nos enseña que las superioridades morales, que son un motivo de derechos, son principalmente un motivo de deberes, y que todo espíritu superior se debe á los demás en igual proporción que los excede en capacidad de realizar el bien. El antiigualitarismo de Nietzsche—que tan profundo surco señala en la que podríamos llamar nuestra moderna *literatura de ideas*—ha llevado á su poderosa reivindicación de los derechos que él considera implícitos en las superioridades humanas un abominable, un reaccionario espíritu, puesto que, negando toda fraternidad, toda piedad, pone en el corazón del *superhombre* á quien endiosa un menosprecio satánico para los desheredados y los débiles; legitima en los privilegiados de la voluntad y de la fuerza el ministerio del verdugo; y con lógica resolución, llega, en último término, á afirmar que «la sociedad no existe para sí, sino para sus elegidos». No es, ciertamente, esta concepción monstruosa la que puede oponerse como lábaro al falso igualitarismo que aspira á la nivelación de todos por la común vulgaridad. Por fortuna, mientras exista en el mundo la posibilidad de disponer dos trozos de madera en forma de cruz, es decir, siempre, la Humanidad seguirá creyendo que es el amor el fundamento de todo orden estable y que la superioridad jerárquica en el orden no debe ser sino una superior capacidad de amar.

Fuente de inagotables inspiraciones morales, la ciencia nueva nos sugiere, al esclarecer las leyes de la vida, cómo el principio democrático puede conciliarse, en la organización de las colectividades humanas, con una *aristarquia* de la moralidad y la cultura. Por una parte—como lo ha hecho notar una vez más en un simpático libro Henri Bérenger—, las afirmaciones de la ciencia contribuyen á sancionar y fortalecer en la sociedad el espíritu de la democracia, revelando cuánto es el valor natural del esfuerzo colectivo, cuál la grandeza de la obra de los pequeños; cuán inmensa la parte de acción reservada al colaborador anónimo y obscuro en cualquiera manifestación del desenvolvimiento universal. Realza, no menos que la revelación cristiana, la dignidad de los humildes, esta nueva revelación que atribuye, en la Naturaleza, á la obra de los infinitamente pequeños, á la labor del nummulite y el briozoo, en el fondo obscuro del abismo, la construcción de los cimientos geológicos; que hace surgir de la vibración de la célula informe y primitiva todo el impulso ascendente de las formas orgánicas; que manifiesta el poderoso papel que en nuestra vida psíquica es necesario atribuir á los fenómenos más inaparentes y más vagos, aun á las fugaces percepciones de que no tenemos conciencia; y que, llegando á la sociología y á la Historia, restituye al heroísmo, á menudo abnegado, de las muchedumbres la parte que le negaba el silencio en la gloria del héroe individual y hace patente la lenta acumulación de las investigaciones que, al través de los siglos, en la sombra, en el taller ó el laboratorio de obreros olvidados preparan los hallazgos del genio.

Pero á la vez que manifiesta así la inmortal

eficacia del esfuerzo colectivo, y dignifica la participación de los colaboradores ignorados en la obra universal, la ciencia muestra cómo en la inmensa sociedad de las cosas y los seres es una necesaria condición de todo progreso el orden jerárquico; son un principio de la vida las relaciones de dependencia y de subordinación entre los componentes individuales de aquella sociedad y entre los elementos de la organización del individuo; y es, por último, una necesidad inherente á la ley universal de *imitación*, si se la relaciona con el perfeccionamiento de las sociedades humanas, la presencia en ellas de modales vivos é influyentes que las realcen por la progresiva generalización de su superioridad.

Para mostrar ahora cómo ambas enseñanzas universales de la ciencia pueden traducirse en hechos, conciliándose en la organización y en el espíritu de la sociedad, basta insistir en la concepción de una democracia noble, justa, de una democracia dirigida por la noción y el sentimiento de las verdaderas superioridades humanas, de una democracia en la cual la supremacía de la inteligencia y la virtud—únicos límites para la equivalencia meritoria de los hombres—reciba su autoridad y su prestigio de la libertad, y descienda sobre las multitudes en la efusión bienhechora del amor.

Al mismo tiempo que conciliará aquellos dos grandes resultados de la observación del orden natural, se realizará, dentro de una sociedad semejante—según lo observa, en el mismo libro de que os hablaba, Bérenger—, la armonía de los dos impulsos históricos que han comunicado á nuestra civilización sus caracteres esenciales, los principios reguladores de su vida. Del espíritu del cris-

tianismo nace, efectivamente, el sentimiento de igualdad, viciado por cierto ascético menosprecio de la selección espiritual y la cultura. De la herencia de las civilizaciones clásicas nacen el sentido del orden, de la jerarquía y el respeto religioso del genio, viciados por cierto aristocrático desdén de los humildes y los débiles. El porvenir sintetizará ambas sugestiones del pasado en una fórmula inmortal. La democracia, entonces, habrá triunfado definitivamente. Y ella, que cuando amenaza con lo innoble del rasero nivelador justifica las protestas airadas y las amargas melancolías de los que creyeron sacrificados por su triunfo toda distinción intelectual, todo ensueño de arte, toda delicadeza de la vida, tendrá, aún más que las viejas aristocracias, inviolables seguros para el cultivo de las flores del alma, que se marchitan y perecen en el ambiente de la vulgaridad y entre las impiedades del tumulto.

***

La concepción utilitaria, como idea del destino humano, y la igualdad en lo mediocre, como norma de la proporción social, componen, íntimamente relacionadas, la fórmula de lo que ha solido llamarse en Europa el espíritu de *americanismo*. Es imposible meditar sobre ambas inspiraciones de la conducta y la sociabilidad, y compararlas con las que les son opuestas, sin que la asociación traiga con insistencia á la mente la imagen de esa democracia formidable y fecunda, que allá en el Norte ostenta las manifestaciones de su prosperidad y su poder, como una deslumbradora prueba que abona en favor de la eficacia de sus instituciones y de la dirección de sus ideas. Si ha

podido decirse del utilitarismo que es el verbo del espíritu inglés, los Estados Unidos pueden ser considerados la encarnación del verbo utilitario. Y el evangelio de este verbo se difunde por todas partes á favor de los milagros materiales del triunfo. Hispano-América ya no es enteramente calificable, con relación á él, de tierra de gentiles. La poderosa federación va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza á grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes, y aún más quizá en el de las muchedumbres, fascinables por la impresión de la victoria. Y de admirarla se pasa, por una transición facilísima, á imitarla. La admiración y la creencia son ya modos pasivos de imitación para el psicólogo. «La tendencia imitativa de nuestra naturaleza moral—decía Bagehot—tiene su asiento en aquella parte del alma en que reside la credibilidad.» El sentido y la experiencia vulgares serían suficientes para establecer por sí solos esa sencilla relación. Se imita á aquel en cuya superioridad ó cuyo prestigio se cree. Es así como la visión de una América *deslatinizada* por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego á imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir, inspira la fruición con que ellos formulan á cada paso los más sugestivos paralelos, y se manifiesta por constantes propósitos de innovación y de reforma. Tenemos nuestra *nordomanía*. Es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consuno.

No doy yo á tales límites el sentido de una absoluta negación. Comprendo bien que se adquie-

ran inspiraciones, luces, enseñanzas, en el ejemplo de los fuertes, y no desconozco que una inteligente atención fijada en lo exterior, para reflejar de todas partes la imagen de lo beneficioso y de lo útil, es singularmente fecunda cuando se trata de pueblos que aún forman y modelan su entidad nacional. Comprendo bien que se aspire á rectificar, por la educación perseverante, aquellos trazos del carácter de una sociedad humana que necesitan concordar con nuevas exigencias de la civilización y nuevas oportunidades de la vida, equilibrando así, por medio de una influencia innovadora, las fuerzas de la herencia y la costumbre. Pero no veo la gloria ni el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos—su genio *personal*—, para imponerles la identificación con un modelo extraño al que ellos sacrifiquen la originalidad irreemplazable de su espíritu, ni en la creencia ingenua de que eso pueda obtenerse alguna vez por procedimientos artificiales é improvisados de imitación. Ese irreflexivo traslado de lo que es natural y espontáneo en una sociedad al seno de otra, donde no tenga raíces ni en la Naturaleza ni en la Historia, equivalía para Michelet á la tentativa de incorporar, por simple agregación, una cosa muerta á un organismo vivo. En sociabilidad, como en literatura, como en arte, la imitación inconsulta no hará nunca sino deformar las líneas del modelo. El engaño de los que piensan haber reproducido en lo esencial el carácter de una colectividad humana, las fuerzas vivas de su espíritu, y con ellos el secreto de sus triunfos y su prosperidad, reproduciendo exactamente el mecanismo de sus instituciones y las formas exteriores de sus costumbres, hace pensar en la ilusión de los principiantes candorosos que se imaginan haberse

apoderado del genio del maestro cuando han copiado las formas de su estilo ó sus procedimientos de composición.

En ese esfuerzo vano hay, además, no sé qué cosa de innoble. Género de *snobismo* político podría llamarse al afanoso remedo de cuanto hacen los preponderantes y los fuertes, los vencedores y los afortunados; género de abdicación servil, como en la que algunos de los *snobs* encadenados para siempre á la tortura de la sátira por el libro de Thackeray hace consumirse tristemente las energías de los ánimos no ayudados por la Naturaleza ó la fortuna, en la imitación impotente de los caprichos y las volubilidades de los encumbrados de la sociedad. El cuidado de la independencia *interior*—la de la personalidad, la del criterio—es una principalísima forma del respeto propio. Suele, en los tratados de ética, comentarse un precepto moral de Cicerón, según el cual forma parte de los deberes humanos el que cada uno de nosotros cuide y mantenga celosamente la originalidad de su carácter personal, lo que haya en él que lo diferencie y determine, respetando en todo cuanto no sea inadecuado para el bien el impulso primario de la Naturaleza, que ha fundado en la varia distribución de sus dones el orden y el concierto del mundo. Y aún me parecería mayor el imperio del precepto si se le aplicase, colectivamente, al carácter de las sociedades humanas. Acaso oiréis decir que no hay un sello propio y definido, por cuya permanencia, por cuya integridad deba pugnarse, en la organización actual de nuestros pueblos. Falta tal vez, en nuestro carácter colectivo, el contorno seguro de la *personalidad*. Pero en ausencia de esa índole perfectamente diferenciada y autonómica, tenemos—los americanos latinos—

una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une á inmortales páginas de la Historia, confiando á nuestro honor su continuación en lo futuro. El cosmopolitismo, que hemos de acatar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye ni ese sentimiento de fidelidad á lo pasado ni la fuerza directriz y plasmante con que debe el genio de la raza imponerse en la refundición de los elementos que constituirán al americano definitivo del futuro.

Se ha observado más de una vez que las grandes evoluciones de la Historia, las grandes épocas, los períodos más luminosos y fecundos en el desenvolvimiento de la Humanidad, son casi siempre la resultante de dos fuerzas distintas y coactuales, que mantienen, por los concertados impulsos de su oposición, el interés y el estímulo de la vida, los cuales desaparecerían, agotados, en la quietud de una unidad absoluta. Así, sobre los dos polos de Atenas y Lacedemonia se apoya el eje alrededor del cual gira el carácter de la más genial y civilizadora de las razas. América necesita mantener en el presente la dualidad original de su constitución, que convierte en realidad de su historia el mito clásico de las dos águilas soltadas simultáneamente de uno y otro polo del mundo para que llegasen á un tiempo al límite de sus dominios. Esta diferencia genial y emuladora no excluye, sino que tolera y aun favorece en muchísimos aspectos, la concordia de la solidaridad. Y si una concordia superior pudiera vislumbrarse desde nuestros días, como la fórmula de un porvenir lejano, ella no sería debida á la *imitación unilateral*—que diría Tarde—de una raza por otra, sino á la reciprocidad de sus influencias y al atinado

concierto de los atributos en que se funda la gloria de las dos.

Por otra parte, en el estudio desapasionado de esa civilización, que algunos nos ofrecen como único y absoluto modelo, hay razones no menos poderosas que las que se fundan en la indignidad y la inconveniencia de una renuncia á todo propósito de originalidad para templar los entusiasmos de los que no exigen su consagración idolátrica. Y llega ahora á la relación que directamente tiene, con el sentido general de esta plática mía, el comentario de semejante espíritu de imitación.

Todo juicio severo que se formule de los americanos del Norte debe empezar por rendirles, como se haría con altos adversarios, la formalidad caballeresca de un saludo. Siento fácil mi espíritu para cumplirla. Desconocer sus defectos no me parecería tan insensato como negar sus cualidades. Nacidos—para emplear la paradoja usada por Baudelaire á otro respecto—con la *experiencia innata* de la libertad, ellos se han mantenido fieles á la ley de su origen, y han desenvuelto, con la precisión y la seguridad de una progresión matemática, los principios fundamentales de su organización, dando á su historia una consecuente unidad que, si bien ha excluído las adquisiciones de aptitudes y méritos distintos, tiene la belleza intelectual de la lógica. La huella de sus pasos no se borrará jamás en los anales del derecho humano, porque ellos han sido los primeros en hacer surgir nuestro moderno concepto de la libertad de las inseguridades del ensayo y de las imaginaciones de la utopía, para convertirla en bronce imperecedero y realidad viviente; porque han demostrado con su ejemplo la posibilidad de extender á un inmenso organismo nacional la inconmo-

vible autoridad de una República; porque, con su organización federativa, han revelado—según la feliz expresión de Tocqueville—la manera como se pueden conciliar con el brillo y el poder de los Estados grandes la felicidad y la paz de los pequeños. Suyos son algunos de los rasgos más audaces con que ha de destacarse en la perspectiva del tiempo la obra de este siglo. Suya es la gloria de haber revelado plenamente—acentuando la más firme nota de belleza moral de nuestra civilización—la grandeza y el poder del trabajo, esa fuerza bendita que la antigüedad abandonaba á la abyección de la esclavitud y que hoy identificamos con la más alta expresión de la dignidad humana, fundada en la conciencia y la actividad del propio mérito. Fuertes, tenaces, teniendo la inacción por oprobio, ellos han puesto en manos del *mechanic* de sus talleres y el *farmer* de sus campos la clava hercúlea del mito, y han dado al genio humano una nueva é inesperada belleza ciñéndole el mandil de cuero del forjador. Cada uno de ellos avanza á conquistar la vida, como el desierto los primitivos puritanos. Perseverantes devotos de ese culto de la energía individual, que hace de cada hombre el artífice de su destino, ellos han modelado su sociabilidad en un conjunto imaginario de ejemplares de Robinsón, que después de haber fortificado rudamente su personalidad en la práctica de la ayuda propia, entraran á componer los filamentos de una urdimbre firmísima. Sin sacrificarle esa soberana concepción del individuo, han sabido hacer al mismo tiempo del espíritu de asociación el más admirable instrumento de su grandeza y de su imperio, y han obtenido de la suma de las fuerzas humanas, subordinada á los propósitos de la investigación, de la filantropía, de

la industria, resultados tanto más maravillosos por lo mismo que se consiguen con la más absoluta integridad de la autonomía personal. Hay en ellos un instinto de curiosidad despierta é insaciable, una impaciente avidez de toda luz, y profesando el amor por la instrucción del pueblo con la obsesión de una monomanía gloriosa y fecunda, han hecho de la escuela el quicio más seguro de su prosperidad, y del alma del niño la más cuidada entre las cosas leves y preciosas. Su cultura, que está lejos de ser refinada ni espiritual, tiene una eficacia admirable siempre que se dirige prácticamente á realizar una finalidad inmediata. No han incorporado á las adquisiciones de la ciencia una sola ley general, un solo principio, pero la han hecho maga por las maravillas de sus aplicaciones, la han agigantado en los dominios de la utilidad, y han dado al mundo, en la caldera de vapor y en el dinamo eléctrico, billones de esclavos invisibles que centuplican, para servir al Aladino humano, el poder de la lámpara maravillosa. El crecimiento de su grandeza y de su fuerza será objeto de perdurables asombros para el porvenir. Han inventado, con su prodigiosa aptitud de improvisación, un acicate para el tiempo, y al conjuro de su voluntad poderosa, surge en un día, del seno de la absoluta soledad, la suma de cultura acumulable por la obra de los siglos. La libertad puritana, que les envía su luz desde el pasado, unió á esta luz el calor de una piedad que aún dura. Junto á la fábrica y la escuela, sus fuertes manos han alzado también los templos de donde evaporan sus plegarias muchos millones de conciencias libres. Ellos han sabido salvar, en el naufragio de todas las idealidades, la idealidad más alta, guardando viva la tradición de un sentimiento religioso que,

si no levanta sus vuelos en alas de un espiritualismo delicado y profundo, sostiene, en parte, entre las asperezas del tumulto utilitario, la rienda firme del sentido moral. Han sabido también guardar, en medio de los refinamientos de la vida civilizada, el sello de cierta primitividad robusta. Tienen el culto pagano de la salud, de la destreza, de la fuerza; templan y afinan en el músculo el instrumento precioso de la voluntad; y obligados por su aspiración insaciable de dominio á cultivar la energía de todas las actividades humanas, modelan el torso del atleta para el corazón del hombre libre. Y del concierto de su civilización, del acordado movimiento de su cultura, surge una dominante nota de optimismo, de confianza, de fe, que dilata los corazones, impulsándolos al porvenir bajo la sugestión de una esperanza terca y arrogante, la nota del *Excelsior* y el *Salmo de la vida* con que sus poetas han señalado el infalible bálsamo contra toda amargura en la filosofía del esfuerzo y de la acción.

Su grandeza titánica se impone así, aun á los más prevenidos por las enormes desproporciones de su carácter ó por las violencias recientes de su historia. Y por mi parte, ya veis que, aunque no les amo, les admiro. Les admiro, en primer término, por su formidable capacidad de *querer*, y me inclino ante «la escuela de voluntad y de trabajo» que—como de sus progenitores nacionales dijo Philarète Chasles—ellos han instituído.

En el principio la acción era. Con estas célebres palabras del *Fausto* podría empezar un futuro historiador de la poderosa República el génesis, aún no concluído, de su existencia nacional. Su genio podría definirse, como el universo de los dinamistas, *la fuerza en movimiento.* Tiene, ante

todo y sobre todo, la capacidad, el entusiasmo, la vocación dichosa de la acción. La voluntad es el cincel que ha esculpido á ese pueblo en dura piedra. Sus relieves característicos son dos manifestaciones del poder de la voluntad: la originalidad y la audacia. Su historia es, toda ella, el arrebato de una actividad viril. Su personaje representativo se llama *Yo quiero*, como el *superhombre* de Nietzsche. Si algo le salva colectivamente de la vulgaridad, es ese extraordinario alarde de energía que lleva á todas partes y con el que imprime cierto carácter de épica grandeza aun á las luchas del interés y de la vida material. Así, de los especuladores de Chicago y de Minneápolis ha dicho Paul Bourget que son á la manera de combatientes heroicos en los cuales la aptitud para el ataque y la defensa es comparable á la de un *grognard* del Gran Emperador. Y esta energía suprema con la que el genio norteamericano parece obtener—hipnotizador audaz—el adormecimiento y la sugestión de los hados, suele encontrarse aun en las particularidades que se nos presentan como excepcionales y divergentes de aquella civilización. Nadie negará que Edgardo Poe es una individualidad anómala y rebelde dentro de su pueblo. Su alma escogida representa una partícula inasimilable del alma nacional, que no en vano se agitó entre las cosas con la sensación de una soledad infinita. Y sin embargo, la nota fundamental—que Baudelaire ha señalado profundamente—en el carácter de los héroes de Poe es todavía el temple sobrehumano, la indómita resistencia de la voluntad. Cuando ideó á Ligeia, la más misteriosa y adorable de sus criaturas, Poe simbolizó en la luz inextinguible de sus ojos el himno de triunfo de la Voluntad sobre la Muerte.

Adquirido con el sincero reconocimiento de cuanto hay de luminoso y grande en el genio de la poderosa nación el derecho de completar respecto á él la fórmula de la justicia, una cuestión llena de interés pide expresarse. ¿Realiza aquella sociedad, ó tiende á realizar por lo menos, la idea de la conducta racional que cumple á las legítimas exigencias del espíritu, á la dignidad intelectual y moral de nuestra civilización? ¿Es en ella donde hemos de señalar la más aproximada imagen de nuestra *ciudad perfecta?* Esa febricitante inquietud que parece centuplicar en su seno el movimiento y la intensidad de la vida, ¿tiene un objeto capaz de merecerla y un estímulo bastante para justificarla?

Herbert Spencer, formulando con noble sinceridad su saludo á la democracia de América en un banquete de Nueva York, señalaba el rasgo fundamental de la vida de los norteamericanos en esa misma desbordada inquietud que se manifiesta por la pasión infinita del trabajo y la porfía de la expansión material en todas sus formas. Y observaba después que, en tan exclusivo predominio de la actividad subordinada á los propósitos inmediatos de la utilidad, se revelaba una concepción de la existencia, tolerable sin duda como carácter provisional de una civilización, como tarea preliminar de una cultura, pero que urgía ya rectificar, puesto que tendía á convertir el trabajo utilitario en fin supremo de la vida, cuando él en ningún caso puede significar racionalmente sino la acumulación de los elementos propios para hacer posible el total y armonioso desenvolvimiento de nuestro ser. Spencer agregaba que era necesario predicar á los norteamericanos el evangelio del descanso ó el recreo; é iden-

tificando nosotros la más noble significación de estas palabras con la del *ocio* tal cual lo dignificaban los antiguos moralistas, clasificaremos dentro del evangelio en que debe iniciarse á aquellos trabajadores sin reposo toda preocupación ideal, todo desinteresado empleo de las horas, todo objeto de meditación levantado sobre la finalidad inmediata de la utilidad.

La vida norteamericana describe efectivamente ese círculo vicioso que Pascal señalaba en la anhelante persecución del bienestar, cuando él no tiene su fin fuera de sí mismo. Su prosperidad es tan grande como su imposibilidad de satisfacer á una mediana concepción del destino humano. Obra titánica, por la enorme tensión de voluntad que representa y por sus triunfos inauditos en todas las esferas del engrandecimiento material, es indudable que aquella civilización produce en su conjunto una singular impresión de insuficiencia y de vacío. Y es que si con el derecho que da la historia de treinta siglos de evolución presididos por la dignidad del espíritu clásico y del espíritu cristiano, se pregunta cuál es en ella el principio dirigente, cuál su *substratum* ideal, cuál el propósito ulterior á la inmediata preocupación de los intereses positivos que estremecen aquella masa formidable, sólo se encontrará, como fórmula del ideal definitivo, la misma absoluta preocupación del triunfo material. Huérfano de tradiciones muy hondas que le orienten, ese pueblo no ha sabido sustituir la idealidad inspiradora del pasado con una alta y desinteresada concepción del porvenir. Vive para la realidad inmediata del presente, y por ello subordina toda su actividad al egoísmo del bienestar personal y colectivo. De la suma de los elementos de su riqueza y su poder podría de-

cirse lo que el autor de *Mensonges* de la inteligencia del marqués de Norbert, que figura en uno de sus libros: es un monte de leña al cual no se ha hallado modo de dar fuego. Falta la chispa eficaz que haga levantarse la llama de un ideal vivificante é inquieto sobre el copioso combustible. Ni siquiera el egoísmo nacional, á falta de más altos impulsos; ni siquiera el exclusivismo y el orgullo de raza, que son los que transfiguran y engrandecen en la antigüedad la prosaica dureza de la vida de Roma, puede tener vislumbres de idealidad y de hermosura en un pueblo donde la confusión cosmopolita y el *atomismo* de una mal entendida democracia impiden la formación de una verdadera conciencia nacional.

Diríase que el positivismo genial de la metrópoli ha sufrido, al transmitirse á sus emancipados hijos de América, una destilación que le priva de todos los elementos de idealidad que le templaban, reduciéndole, en realidad, á la crudeza que, en las exageraciones de la pasión ó de la sátira, ha podido atribuirse el positivismo de Inglaterra. El espíritu inglés, bajo la áspera corteza de utilitarismo, bajo la indiferencia mercantil, bajo la severidad puritana, esconde, á no dudarlo, una virtualidad poética escogida y un profundo venero de sensibilidad, el cual revela, en sentir de Taine, que el fondo primitivo, el fondo germánico de aquella raza, modificada luego por la presión de la conquista y por el hábito de la actividad comercial, fué una extraordinaria exaltación del sentimiento. El espíritu americano no ha recibido en herencia ese instinto poético ancestral que brota, como surgente límpida, del seno de la roca británica cuando es el Moisés de un arte delicado quien la toca. El pueblo inglés tiene en la institución de su

aristocracia—por anacrónica é injusta que ella sea bajo el aspecto del derecho político—un alto é inexpugnable baluarte que oponer al mercantilismo ambiente y á la prosa invasora; tan alto é inexpugnable baluarte, que es el mismo Taine quien asegura que desde los tiempos de las ciudades griegas no presentaba la Historia ejemplo de una condición de vida más propia para formar y enaltecer el sentimiento de la nobleza humana. En el ambiente de la democracia de América, el espíritu de vulgaridad no halla ante sí relieves inaccesibles para su fuerza de ascensión, y se extiende y propaga como sobre la llaneza de una pampa infinita.

Sensibilidad, inteligencia, costumbres, todo está caracterizado en el enorme pueblo por una radical ineptitud de selección, que mantiene junto al orden mecánico de su actividad material y de su vida política un profundo desorden en todo lo que pertenece al dominio de las facultades ideales. Fáciles son de seguir las manifestaciones de esa ineptitud, partiendo de las más exteriores y aparentes, para llegar después á otras más esenciales y más íntimas. Pródigo en sus riquezas—porque en su codicia no entra, según acertadamente se ha dicho, ninguna parte de Harpagón—, el norteamericano ha logrado adquirir con ellas plenamente la satisfacción y la vanidad de la magnificencia suntuaria, pero no ha logrado adquirir la nota escogida del buen gusto. El arte verdadero sólo ha podido existir en tal ambiente á título de rebelión individual. Emerson, Poe, son allí como los ejemplares de una fauna expulsada de su verdadero medio por el rigor de una catástrofe geológica. Habla Bourget en *Outremer* del acento concentrado y solemne con que la palabra *arte* vibra en los labios de los norteamericanos que ha halagado

al favor de la fortuna; de esos recios y acrisolados héroes del *self-help* que aspiran á coronar con la asimilación de todos los refinamientos humanos la obra de su encumbramiento reñido. Pero nunca les ha sido dado concebir esa divina actividad que nombran con énfasis sino como un nuevo motivo de satisfacerse su inquietud invasora y como un trofeo de su vanidad. La ignoran en lo que ella tiene de desinteresado y de escogido; la ignoran á despecho de la munificencia con que la fortuna individual suele emplearse en estimular la formación de un delicado sentido de belleza; á despecho de la esplendidez de los museos y las exposiciones con que se ufanan sus ciudades; á despecho de las montañas de mármol y de bronce que han esculpido para las estatuas de sus plazas públicas. Y si con su nombre hubiera de caracterizarse alguna vez un gesto de arte, él no podría ser otro que el que envuelve la negación del arte mismo; la brutalidad del efecto rebuscado, el desconocimiento de todo tono suave y de toda manera exquisita, el culto de una falsa grandeza, el *sensacionismo*, que excluye la noble serenidad, inconciliable con el apresuramiento de una vida febril.

La idealidad de lo hermoso no apasiona al descendiente de los austeros puritanos. Tampoco le apasiona la idealidad de lo verdadero. Menosprecia todo ejercicio del pensamiento que prescinda de una inmediata finalidad, por vano é infecundo. No le lleva á la ciencia un desinteresado anhelo de verdad, ni se ha manifestado ningún caso capaz de amarla por sí misma. La investigación no es para él sino el antecedente de la aplicación utilitaria. Sus gloriosos empeños por difundir los beneficios de la educación popular están inspirados en el noble propósito de comunicar los elementos

fundamentales del saber al mayor número; pero no nos revelan que, al mismo tiempo que de ese acrecentamiento extensivo de la educación, se preocupe de seleccionarla y elevarla, para auxiliar el esfuerzo de las superioridades que ambicionen erguirse sobre la general mediocridad. Así, el resultado de su porfiada guerra á la ignorancia ha sido la semicultura universal y una profunda languidez de la alta cultura. En igual proporción que la ignorancia radical, disminuyen en el ambiente de esa gigantesca democracia la superior sabiduría y el genio. He ahí por qué la historia de su actividad pensadora es una progresión decreciente de brillo y de originalidad. Mientras en el período de la independencia y la organización surgen, para representar lo mismo el pensamiento que la voluntad de aquel pueblo, muchos nombres ilustres, medio siglo más tarde Tocqueville puede observar respecto á ellos que *los dioses se van.* Cuando escribió Tocqueville su obra maestra aún irradiaba, sin embargo, desde Boston, la *ciudadela puritana*, la ciudad de las doctas tradiciones, una gloriosa pléyade que tiene en la historia intelectual de este siglo la magnitud de la universalidad. ¿Quiénes han recogido después la herencia de Chánning, de Emerson, de Poe? La nivelación mesocrática, apresurando su obra desoladora, tiende á desvanecer el poco carácter que quedaba á aquella precaria intelectualidad. Las alas de sus libros ha tiempo que no llegan á la altura en que sería universalmente posible divisarlos. Y hoy, la más genuina representación del gusto norteamericano, en punto á letras, está en los lienzos grises de un diarismo que no hace pensar en el que un día suministró los materiales de *El Federalista.*

Con relación á los sentimientos morales, el impulso mecánico del utilitarismo ha encontrado el resorte moderador de una fuerte tradición religiosa. Pero no por eso debe creerse que ha cedido la dirección de la conducta á un verdadero principio de desinterés. La religiosidad de los americanos, como derivación extremada de la inglesa, no es mas que una fuerza auxiliatoria de la legislación penal, que evacuaría su puesto el día que fuera posible dar á la moral utilitaria la autoridad religiosa que ambicionaba darle Stuart Mill. La más elevada cúspide de su moral es la moral de Franklín. Una filosofía de la conducta que halla su término en el mediocre de la honestidad, en la utilidad de la prudencia, de cuyo seno no surgirán jamás ni la santidad ni el heroísmo, y que, sólo apta para prestar á la conciencia, en los caminos normales de la vida, el apoyo del bastón de manzano con que marchaba habitualmente su propagador, no es mas que un leño frágil cuando se trata de subir las altas pendientes. Tal es la suprema cumbre, pero es en los valles donde hay que buscar la realidad. Aun cuando el criterio moral no hubiera de descender más abajo del utilitarismo probo y mesurado de Franklín, el término forzoso—que ya señaló la sagaz observación de Tocqueville—de una sociedad educada en semejante limitación del deber, sería, no por cierto una de esas decadencias soberbias y magníficas que dan la medida de la satánica hermosura del mal en la disolución de los Imperios, pero sí una suerte de materialismo pálido y mediocre, y en último resultado, el sueño de una enervación sin brillo, por la silenciosa descomposición de todos los resortes de la vida moral. Allí donde el precepto tiende á poner las altas manifestaciones de

la abnegación y la virtud fuera del dominio de lo obligatorio, la realidad hará retroceder indefinidamente el límite de la obligación. Pero la escuela de la prosperidad material, que será siempre ruda prueba para la austeridad de las repúblicas, ha llevado más lejos la llaneza de la concepción de la conducta racional que hoy gana los espíritus. Al código de Franklín han sucedido otros de más francas tendencias, como expresión de la sabiduría nacional. Y no hace aún cinco años, el voto público consagraba en todas las ciudades norteamericanas, con las más inequívocas manifestaciones de la popularidad y de la crítica, la nueva ley moral en que, desde la puritana Boston, anunciaba solemnemente el autor de cierto docto libro que se intitulaba *Pushing to the front* (1), que el éxito debía ser considerado la finalidad suprema de la vida. La revelación tuvo eco aun en el seno de las comuniones cristianas, y se citó una vez, á propósito del libro afortunado, la *Imitación*, de Kempis, como término de comparación.

La vida pública no se sustrae, por cierto, á las consecuencias del crecimiento del mismo germen de desorganización que lleva aquella sociedad en sus entrañas. Cualquier mediano observador de sus costumbres políticas os hablará de cómo la obsesión del interés utilitario tiende progresivamente á enervar y empequeñecer en los corazones el sentimiento del derecho. El valor cívico, la virtud vieja de los Hámilton, es una hoja de acero que se oxida cada día más, olvidada entre las telarañas de las tradiciones. La venalidad, que empieza desde el voto público, se propaga á todos

(1) Por M. Orisson Swett Darden, Boston, 1895.

los resortes institucionales. El gobierno de la mediocridad vuelve vana la emulación que realza los caracteres y las inteligencias y que los entona con la perspectiva de la efectividad de su dominio. La democracia, á la que no han sabido dar el regulador de una alta y educadora noción de las superioridades humanas, tendió siempre entre ellos á esa brutalidad abominable del número que menoscaba los mejores beneficios morales de la libertad y anula en la opinión el respeto de la dignidad ajena. Hoy, además, una formidable fuerza se levanta á contrastar de la peor manera posible el absolutismo del número. La influencia política de una plutocracia representada por los todopoderosos aliados de los *trusts*, monopolizadores de la producción y dueños de la vida económica, es, sin duda, uno de los rasgos más merecedores de interés en la actual fisonomía del gran pueblo. La formación de esta plutocracia ha hecho que se recuerde, con muy probable oportunidad, el advenimiento de la clase enriquecida y soberbia, que, en los últimos tiempos de la República romana, es uno de los antecedentes visibles de la ruina de la libertad y de la tiranía de los Césares. Y el exclusivo cuidado del engrandecimiento material—numen de aquella civilización—impone así la lógica de sus resultados en la vida política como en todos los órdenes de la actividad, dando el rango primero al *strugle for-life*, osado y astuto, convertido por la brutal eficacia de su esfuerzo en la suprema personificación de la energía nacional—en el postulante á su *representación* emersoniana—, en el *personaje reinante* de Taine.

Al impulso que precipita aceleradamente la vida del espíritu, en el sentido de la desorientación ideal y el egoísmo utilitario, corresponde física-

mente ese otro impulso que, en la expansión del asombroso crecimiento de aquel pueblo, lleva sus multitudes y sus iniciativas en dirección á la inmensa zona occidental, que, en tiempos de la independencia, era el misterio, velado por las selvas del Mississipí. En efecto, es en ese improvisado Oeste que crece formidable frente á los viejos Estados del Atlántico y reclama para un cercano porvenir la hegemonía donde está la más fiel representación de la vida norteamericana en el actual instante de su evolución. Es allí donde los definitivos resultados, los lógicos y naturales frutos del espíritu que ha guiado á la poderosa democracia desde sus orígenes, se muestran de relieve á la mirada del observador y le proporcionan un punto de partida para imaginarse la faz del inmediato futuro del gran pueblo. Al virginiano y al yanqui ha sucedido, como tipo representativo, ese dominador de las ayer desiertas praderas, refiriéndose al cual decía Michel Chevalier, hace medio siglo, que «los últimos serían un día los primeros». El utilitarismo, vacío de todo contenido ideal, la vaguedad cosmopolita y la nivelación de la democracia bastarda, alcanzarán con él su último triunfo. Todo elemento noble de aquella civilización, todo lo que la vincula á generosos recuerdos y fundamenta su dignidad histórica—el legado de los tripulantes del *Flor de Mayo*, la memoria de los patricios de Virginia y de los caballeros de la Nueva Inglaterra, el espíritu de los ciudadanos y los legisladores de la emancipación—, quedarán dentro de los viejos Estados donde Boston y Filadelfia mantienen aún, según expresivamente se ha dicho, «el *palladium* de la tradición washingtoniana». Chicago se alza á reinar. Y su confianza en la superioridad que

lleva sobre el litoral iniciador del Atlántico se funda en que le considera demasiado reaccionario, demasiado europeo, demasiado tradicionalista. La Historia no da títulos cuando el procedimiento de elección es la subasta de la púrpura.

A medida que el utilitarismo genial de aquella civilización asume así caracteres más definidos, más francos, más estrechos, aumentan, con la embriaguez de la prosperidad material, las impaciencias de sus hijos por propagarla y atribuirle la predestinación de un magisterio romano. Hoy, ellos aspiran manifiestamente al primado de la cultura universal, á la dirección de las ideas, y se consideran á sí mismo los forjadores de un tipo de civilización que prevalecerá. Aquel discurso semi irónico que Laboulaye pone en boca de un escolar de su París americanizado para significar la preponderancia que concedieron siempre en el propósito educativo á cuanto favorezca el orgullo del sentimiento nacional, tendría toda la seriedad de la creencia más sincera en labios de cualquier americano viril de nuestros días. En el fondo de su declarado espíritu de rivalidad hacia Europa hay un menosprecio que es ingenuo, y hay la profunda convicción de que ellos están destinados á obscurecer en breve plazo su superioridad espiritual y su gloria, cumpliéndose una vez más, en las evoluciones de la civilización humana, la dura ley de los misterios antiguos en que el iniciado daba muerte al iniciador. Inútil sería tender á convencerles de que, aunque la contribución que han llevado á los progresos de la libertad y de la utilidad haya sido, indudablemente, cuantiosa, y aunque debiera atribuírsele en justicia la significación de una obra universal, de una obra *humana*, ella es insuficiente para hacer transmudarse, en direc-

ción al nuevo Capitolio, el eje del mundo. Inútil sería tender á convencerles de que la obra realizada por la perseverante genialidad del ario europeo, desde que, hace tres mil años, las orillas del Mediterráneo, civilizador y glorioso, se ciñeron jubilosamente la guirnalda de las ciudades helénicas, la obra que aún continúa realizándose, y de cuyas tradiciones y enseñanzas vivimos, es una suma con la cual no puede formar ecuación la fórmula *Wáshington más Edison*. Ellos aspirarían á revisar el génesis para ocupar esa primera página. Pero además de la relativa insuficiencia de la parte que les es dado reivindicar en la educación de la Humanidad, su carácter mismo les niega la posibilidad de la hegemonía. La Naturaleza no les ha concedido el genio de la propaganda ni la vocación apostólica. Carecen de ese don superior de *amabilidad*—en alto sentido—, de ese extraordinario poder de simpatía con que las razas que han sido dotadas de un cometido providencial de educación saben hacer de su cultura algo parecido á la belleza de la Helena clásica, en la que todos creían reconocer un rasgo propio. Aquella civilización puede abundar, ó abunda indudablemente, en sugestiones y en ejemplos fecundos; ella puede inspirar admiración, asombro, respeto, pero es difícil que cuando el extranjero divisa desde alta mar su gigantesco símbolo, la *Libertad*, de Bartholdi, que yergue triunfalmente su antorcha sobre el puerto de Nueva York, se despierte en su ánimo la emoción profunda y religiosa con que el viajero antiguo debía ver surgir, en las noches diáfanas del Atica, el toque luminoso que la lanza de oro de la Atenea de la Acrópolis dejaba notar á la distancia en la pureza del ambiente sereno.

Y advertid que cuando, en nombre de los de-

rechos del espíritu, niego al utilitarismo norteamericano ese carácter típico con que quiere imponérsenos como suma y modelo de civilización, no es mi propósito afirmar que la obra realizada por él haya de ser enteramente perdida con relación á los que podríamos llamar *los intereses del alma.* Sin el brazo que nivela y construye, no tendría paz el que sirve de apoyo á la noble frente que piensa. Sin la conquista de cierto bienestar material, es imposible en las sociedades humanas el reino del espíritu. Así lo reconoce el mismo aristocrático idealismo de Renán cuando realza, del punto de vista de los intereses morales de la especie y de su selección espiritual en lo futuro, la significación de la obra utilitaria de este siglo. «Elevarse sobre la necesidad—agrega el maestro—es redimirse.» En lo remoto del pasado, los efectos de la prosaica é interesada actividad del mercader que por primera vez pone en relación á un pueblo con otros tienen un incalculable alcance idealizador, puesto que contribuyen eficazmente á multiplicar los instrumentos de la inteligencia, á pulir y suavizar las costumbres y á hacer posibles, quizá, los preceptos de una moral más avanzada. La misma fuerza positiva aparece propiciando las mayores idealidades de la civilización. El oro acumulado por el mercantilismo de las repúblicas italianas «pagó—según Saint-Víctor—los gastos del Renacimiento». Las naves que volvían de los países de *Las mil y una noches* colmadas de especias y marfil hicieron posible que Lorenzo de Médicis renovara en las lonjas de los mercaderes florentinos los convites platónicos. La Historia muestra, en definitiva, una inducción recíproca entre los progresos de la actividad utilitaria y la ideal. Y así como la utilidad suele convertirse en

fuerte escudo para las idealidades, ellas provocan con frecuencia (á condición de no proponérselo directamente) los resultados de lo útil. Observa Bagehot, por ejemplo, cómo los inmensos beneficios positivos de la navegación no existirían acaso para la Humanidad si en las edades primitivas no hubiera habido soñadores y ociosos—seguramente mal comprendidos de sus contemporáneos—á quienes interesase la contemplación de lo que pasaba en las esferas del cielo. Esta ley de armonía nos enseña á respetar el brazo que labra el duro terruño de la prosa. La obra del positivismo norteamericano servirá á la causa de Ariel, en último término. Lo que aquel pueblo de cíclopes ha conquistado directamente para el bienestar material, con su sentido de lo útil y su admirable aptitud de la invención mecánica, lo convertirán otros pueblos, ó el mismo en lo futuro, en eficaces elementos de selección. Así, la más preciosa y fundamental de las adquisiciones del espíritu—el alfabeto, que da alas de inmortalidad á la palabra—nace en el seno de las factorías cananeas y es el hallazgo de una civilización mercantil que, al utilizarlo con fines exclusivamente mercenarios, ignoraba que el genio de razas superiores lo transfiguraría, convirtiéndole en el medio de propagar su más pura y luminosa esencia. La relación entre los bienes positivos y los bienes intelectuales y morales es, pues, según la adecuada comparación de Fouillée, un nuevo aspecto de la cuestión de la equivalencia de las fuerzas, que, así como permite transformar el movimiento en calórico, permite también obtener de las ventajas materiales elementos de superioridad espiritual.

Pero la vida norteamericana no nos ofrece aún un nuevo ejemplo de esa relación indudable, ni

nos lo anuncia como gloria de una posteridad que se vislumbre. Nuestra confianza y nuestros votos deben inclinarse á que, en un porvenir más inaccesible á la indiferencia, esté reservado á aquella civilización un destino superior. Por más que, bajo el acicate de su actividad vivísima, el breve tiempo que la separa de su aurora haya sido bastante para satisfacer el gasto de vida requerido por una evolución inmensa, su pasado y su actualidad no pueden ser sino un introito con relación á lo futuro. Todo demuestra que ella está aún muy lejana de su fórmula definitiva. La energía asimiladora que le ha permitido conservar cierta uniformidad y cierto temple genial, á despecho de las enormes invasiones de elementos étnicos opuestos á los que hasta hoy han dado el tono á su carácter, tendrá que reñir batallas cada día más difíciles, y en el utilitarismo proscriptor de toda idealidad no encontrará una inspiración suficientemente poderosa para mantener la atracción del sentimiento solidario. Un pensador ilustre que comparaba al esclavo de las sociedades antiguas con una partícula no digerida por el organismo social podría quizá tener una comparación semejante para caracterizar la situación de ese fuerte colono de procedencia germánica que, establecido en los Estados del centro y del Far-West, conserva intacta, en su naturaleza, en su sociabilidad, en sus costumbres, la impresión del genio alemán, que, en muchas de sus condiciones características más profundas y enérgicas, debe ser considerado una verdadera antítesis del genio americano. Por otra parte, una civilización que esté destinada á vivir y á dilatarse en el mundo; una civilización que no haya perdido, momificándose, á la manera de los Imperios asiáticos, la aptitud de la variabilidad,

no puede prolongar indefinidamente la dirección de sus energías y de sus ideas en un único y exclusivo sentido. Esperemos que el espíritu de aquel titánico organismo social, que ha sido hasta hoy *voluntad* y *utilidad* solamente, sea también algún día inteligencia, sentimiento, idealidad. Esperemos que de la enorme fragua surgirá, en último resultado, el ejemplar humano, generoso, armónico, selecto, que Spencer, en un ya citado discurso, creía poder augurar como término del costoso proceso de refundición. Pero no le busquemos ni en la realidad presente de aquel pueblo ni en la perspectiva de sus evoluciones inmediatas, y renunciemos á ver el tipo de una civilización ejemplar donde sólo existe un boceto tosco y enorme, que aún pasará necesariamente por muchas rectificaciones sucesivas antes de adquirir la serena y firme actitud con que los pueblos que han alcanzado un perfecto desenvolvimiento de su genio presiden al glorioso coronamiento de su obra, como en *el sueño del cóndor* que Leconte de Lisle ha descrito con su soberbia majestad, terminando, en olímpico sosiego, la ascensión poderosa más arriba de las cumbres de la Cordillera.

***

Ante la posteridad, ante la Historia, todo gran pueblo debe aparecer como una vegetación cuyo desenvolvimiento ha tendido armoniosamente á producir un fruto en el que su savia acrisolada ofrece al porvenir la idealidad de su fragancia y la fecundidad de su simiente. Sin este resultado duradero, *humano*, levantado sobre la finalidad transitoria de lo *útil*, el poder y la grandeza de los Imperios no son mas que una noche de sueño en

la existencia de la Humanidad; porque, como las visiones personales del sueño, no merecen contarse en el encadenamiento de los hechos que forman la trama activa de la vida.

Gran civilización, gran pueblo—en la acepción que tiene valor para la Historia—, son aquellos que, al desaparecer materialmente en el tiempo, dejan vibrante para siempre la melodía surgida de su espíritu y hacen persistir en la posteridad su legado imperecedero—según dijo Carlyle del alma de sus *héroes—, como una nueva y divina porción de la suma de las cosas*. Tal en el poema de Goethe, cuando la Elena evocada del reino de la Noche vuelve á descender al Orco sombrío deja á Fausto su túnica y su velo. Estas vestiduras no son la misma deidad; pero participan, habiéndolas llevado ella consigo, de su alteza divina, y tienen la virtud de elevar á quien las posee por encima de las cosas vulgares.

Una sociedad definitivamente organizada que limite su idea de la civilización á acumular abundantes elementos de prosperidad y su idea de la justicia á distribuirlos equitativamente entre los asociados, no hará de las ciudades donde habite nada que sea distinto, por esencia, del hormiguero ó la colmena. No son bastantes, ciudades populosas, opulentas, magníficas, para probar la constancia y la intensidad de una civilización. La gran ciudad es, sin duda, un organismo necesario de la alta cultura. Es el ambiente natural de las más altas manifestaciones del espíritu. No sin razón ha dicho Quinet que «el alma que acude á beber fuerzas y energías en la íntima comunicación con el linaje humano, esa alma que constituye al grande hombre, no puede formarse y dilatarse en medio de los pequeños partidos de una ciudad

pequeña». Pero así la grandeza cuantitativa de la población como la grandeza material de sus instrumentos, de sus armas, de sus habitaciones, son sólo *medios* del genio civilizador, y en ningún caso resultados en los que él pueda detenerse. De las piedras que compusieron á Cartago no dura una partícula transfigurada en espíritu y en luz. La inmensidad de Babilonia y de Nínive no representa, en la memoria de la Humanidad, el hueco de una mano si se la compara con el espacio que va desde la Acrópolis al Pireo. Hay una perspectiva ideal en la que la ciudad no aparece grande sólo porque prometa ocupar el área inmensa que había edificada en torno á la torre de Nemrod; ni aparece fuerte sólo porque sea capaz de levantar de nuevo ante sí los muros babilónicos, sobre los que era posible hacer pasar seis carros de frente; ni aparece hermosa sólo porque, como Babilonia, luzca en los paramentos de sus palacios losas de alabastro y se enguirnalde con los jardines de Semíramis.

Grande es en esa perspectiva la ciudad cuando los arrabales de su espíritu alcanzan más allá de las cumbres y los mares, y cuando, pronunciado su nombre, ha de iluminarse para la posteridad toda una jornada de la historia humana, todo un horizonte del tiempo. La ciudad es fuerte y hermosa cuando sus días son algo más que la invariable repetición de un mismo eco, reflejándose indefinidamente de uno en otro círculo de una eterna espiral; cuando hay algo en ella que flota por encima de la muchedumbre; cuando entre las luces que se encienden durante sus noches está la lámpara que acompaña la soledad de la vigilia inquietada por el pensamiento y en la que se incuba la idea que ha de surgir al sol del otro día

convertida en el grito que congrega y la fuerza que conduce las almas.

Entonces sólo la extensión y la grandeza material de la ciudad pueden dar la medida para calcular la intensidad de su civilización. Ciudades regias, soberbias aglomeraciones de casas, son para el pensamiento un cauce más inadecuado que la absoluta soledad del desierto, cuando el pensamiento no es el señor que las domina. Leyendo el *Maud*, de Ténnyson, hallé una página que podría ser el símbolo de este tormento del espíritu allí donde la sociedad humana es para él un género de soledad. Presa de angustioso delirio, el héroe del poema se sueña muerto y sepultado á pocos pies dentro de tierra, bajo el pavimento de una calle de Londres. A pesar de la muerte, su conciencia permanece adherida á los fríos despojos de su cuerpo. El clamor confuso de la calle, propagándose en sorda vibración hasta la estrecha cavidad de la tumba, impide en ella todo sueño de paz. El peso de la multitud indiferente gravita á toda hora sobre la triste prisión de aquel espíritu, y los cascos de los caballos que pasan parecen empeñarse en estampar sobre él un sello de oprobio. Los días se suceden con lentitud inexorable. La aspiración de Maud consistía en hundirse más dentro, mucho más dentro de la tierra. El ruido ininteligente del tumulto sólo sirve para mantener en su conciencia desvelada el pensamiento de su cautividad.

Existen ya, en nuestra América latina, ciudades cuya grandeza material y cuya suma de civilización aparente las acercan con acelerado paso á participar del primer rango en el mundo. Es necesario temer que el pensamiento sereno que se aproxime á golpear sobre las exterioridades fas-

tuosas como sobre un cerrado vaso de bronce sienta el ruido desconsolador del vacío. Necesario es temer, por ejemplo, que ciudades cuyo nombre fué un glorioso símbolo en América; que tuvieron á Moreno, á Rivadavia, á Sarmiento; que llevaron la iniciativa de una inmortal revolución; ciudades que hicieron dilatarse por toda la extensión de un continente, como en el armonioso desenvolvimiento de las ondas concéntricas que levanta el golpe de la piedra sobre el agua dormida, la gloria de sus héroes y la palabra de sus tribunos, puedan terminar en Sidón, en Tiro, en Cartago.

A vuestra generación toca impedirlo; á la juventud que se levanta, sangre y músculo y nervio del porvenir. Quiero considerarla personificada en vosotros. Os hablo ahora figurándome que sois los destinados á guiar á los demás en los combates por la causa del espíritu. La perseverancia de vuestro esfuerzo debe identificarse en vuestra intimidad con la certeza del triunfo. No desmayéis en predicar el evangelio de la delicadeza á los escitas, el evangelio de la inteligencia á los beocios, el evangelio del desinterés á los fenicios.

Basta que el pensamiento insista en *ser*—en demostrar que existe, con la demostración que daba Diógenes del movimiento—, para que su dilatación sea ineluctable y para que su triunfo sea seguro.

El pensamiento se conquistará, palmo á palmo, por su propia espontaneidad, todo el espacio de que necesite para afirmar y consolidar su reino entre las demás manifestaciones de la vida. El, en la organización individual, levanta y engrandece, con su actividad continuada, la bóveda del cráneo que le contiene. Las razas pensadoras revelan, en la capacidad creciente de sus cráneos,

ese empuje del obrero interior. El, en la organización social, sabrá también engrandecer la capacidad de su escenario, sin necesidad de que para ello intervenga ninguna fuerza ajena á él mismo. Pero tal persuasión, que debe defenderos de un desaliento cuya única utilidad consistiría en eliminar á los mediocres y los pequeños de la lucha, debe preservaros también de las impaciencias que exigen vanamente del tiempo la alteración de su ritmo imperioso.

Todo el que se consagre á propagar y defender en la América contemporánea un ideal desinteresado del espíritu—arte, ciencia, moral, sinceridad religiosa, política de ideas—, debe educar su voluntad en el culto perseverante del porvenir. El pasado perteneció todo entero al brazo que combate; el presente pertenece, casi por completo también, al tosco brazo que nivela y construye; el porvenir—un porvenir tanto más cercano cuanto más enérgicos sean la voluntad y el pensamiento de los que le ansían—ofrecerá, para el desenvolvimiento de superiores facultades del alma, la estabilidad, el escenario y el ambiente.

¿No la veréis vosotros la América que nosotros soñamos: hospitalaria para las cosas del espíritu, y no tan sólo para las muchedumbres que se amparen á ella; pensadora, sin menoscabo de su aptitud para la acción; serena y firme, á pesar de sus entusiasmos generosos; resplandeciente con el encanto de una seriedad temprana y suave, como la que realza la expresión de un rostro infantil cuando en él se revela, al través de la gracia intacta que fulgura, el pensamiento inquieto que despierta? Pensad en ella á lo menos; el honor de vuestra historia futura depende de que tengáis constantemente ante los ojos del alma la visión

de esa América regenerada cerniéndose en lo alto sobre las realidades del presente, como en la nave gótica el vasto rosetón que arde en luz sobre lo austero de los muros sombríos. No seréis sus fundadores, quizá; seréis los precursores que inmediatamente la precedan. En las sanciones glorificadoras del futuro hay también palmas para el recuerdo de los precursores. Edgardo Quinet, que tan profundamente ha penetrado en las armonías de la Historia y la Naturaleza, observa que para preparar el advenimiento de un nuevo tipo humano, de una nueva unidad social, de una personificación nueva de la civilización, suele precederles de lejos un grupo disperso y prematuro, cuyo papel es análogo, en la vida de las sociedades, al de las *especies proféticas* de que, á propósito de la evolución biológica, habla Héer. El tipo nuevo empieza por significar apenas diferencias individuales y aisladas; los individualismos se organizan más tarde en *variedad;* y por último, la variedad encuentra para propagarse un medio que la favorece, y entonces ella asciende quizá al rango específico: entonces—digámoslo con las palabras de Quinet—*el grupo se hace muchedumbre, y reina.*

He ahí por qué vuestra filosofía moral, en el trabajo y el combate, debe ser el reverso del *carpe diem* horaciano; una filosofía que no se adhiera á lo presente sino como al peldaño donde afirmar el pie ó como á la brecha por donde entrar en muros enemigos. No aspiraréis, en lo inmediato, á la consagración de la victoria definitiva, sino á procuraros mejores condiciones de lucha. Vuestra energía viril tendrá con ello un estímulo más poderoso, puesto que hay la virtualidad de un interés dramático mayor en el desempeño de ese

papel, activo esencialmente, de renovación y de conquista, propio para acrisolar las fuerzas de una generación heroicamente dotada, que en la serena y olímpica actitud suelen las edades de oro del espíritu imponer á los oficiantes solemnes de su gloria. «No es la posesión de los bienes—ha dicho profundamente Taine hablando de las alegrías del Renacimiento—; no es la posesión de los bienes, sino su adquisición, lo que da á los hombres el placer y el sentimiento de su fuerza.»

Acaso sea atrevida y candorosa esperanza creer en un aceleramiento tan continuo y dichoso de la evolución, en una eficacia tal de vuestro esfuerzo, que basta el tiempo concedido á la duración de una generación humana para llevar en América las condiciones de la vida intelectual, desde la incipiencia en que las tenemos ahora, á la categoría de un verdadero interés social y á una cumbre que de veras domine. Pero donde no cabe la transformación total, cabe el progreso; y aun cuando supierais que las primicias del suelo penosamente trabajado no habrían de servirse en vuestra mesa jamás, ello sería, si sois generosos, si sois fuertes, un nuevo estímulo en la intimidad de vuestra conciencia. La obra mejor es la que se realiza sin las impaciencias del éxito inmediato, y el más glorioso esfuerzo es el que pone la esperanza más allá del horizonte visible; y la abnegación más pura es la que se niega en lo presente, no ya la compensación del lauro y el honor ruidoso, sino aun la voluptuosidad moral que se solaza en la contemplación de la obra consumada y el término seguro.

Hubo en la antigüedad altares para los «dioses ignorados». Consagrad una parte de vuestra alma al porvenir desconocido. A medida que las socie-

dades avanzan, el pensamiento del porvenir entra por mayor parte como uno de los factores de su evolución y una de las inspiraciones de sus obras. Desde la imprevisión obscura del salvaje, que sólo divisa del futuro lo que falta para el terminar de cada período de sol, y no concibe cómo los días que vendrán pueden ser gobernados en parte desde el presente, hasta nuestra preocupación solícita y previsora de la posteridad, media un espacio inmenso, que acaso parezca breve y miserable algún día. Sólo somos capaces de progreso en cuanto lo somos de adaptar nuestros actos á condiciones cada vez más distantes de nosotros, en el espacio y en el tiempo. La seguridad de nuestra intervención en una obra que haya de sobrevivirnos, fructificando en los beneficios del futuro, realza nuestra dignidad humana, haciéndonos triunfar de las limitaciones de nuestra naturaleza. Si por desdicha la Humanidad hubiera de desesperar definitivamente de la inmortalidad de la conciencia individual, el sentimiento más religioso con que podría sustituirla sería el que nace de pensar que, aun después de disuelta nuestra alma en el seno de las cosas, persistiría en la herencia que se transmiten las generaciones humanas lo mejor de lo que ella ha sentido y ha soñado, su esencia más íntima y más pura, al modo como el rayo lumínico de la estrella extinguida persiste en lo infinito y desciende á acariciarnos con su melancólica luz.

El porvenir es, en la vida de las sociedades humanas, el pensamiento idealizador por excelencia. De la veneración piadosa del pasado, del culto de la tradición por una parte, y por la otra del atrevido impulso hacia lo venidero, se compone la noble fuerza que, levantando el espíritu colectivo sobre

las limitaciones del presente, comunica á las agitaciones y los sentimientos sociales un sentido ideal. Los hombres y los pueblos trabajan, en sentir de Fouillée, bajo la inspiración de las ideas, como las irradiaciones bajo la inspiración de los instintos; y la sociedad que lucha y se esfuerza, á veces sin saberlo, por imponer una idea á la realidad, imita, según el mismo pensador, la obra instintiva del pájaro que, al construir el nido bajo el imperio de una imagen interna que le obsede, obedece á la vez á un recuerdo inconsciente del pasado y á un presentimiento misterioso del porvenir.

Eliminando la sugestión del interés egoísta de las almas, el pensamiento inspirado en la preocupación por destinos ulteriores á nuestra vida, todo lo purifica y serena, todo lo ennoblece, y es un alto honor de nuestro siglo el que la fuerza obligatoria de esa preocupación por lo futuro, el sentimiento de esa elevada imposición de la dignidad del ser racional, se hayan manifestado tan claramente en él, que aun en el seno del más absoluto pesimismo, aun en el seno de la amarga filosofía que ha traído á la civilización occidental, dentro del loto de Oriente, el amor de la disolución y la nada, la voz de Hartmann ha predicado, con la apariencia de la lógica, el austero deber de continuar la obra del perfeccionamiento, de trabajar en beneficio del porvenir, para que, acelerada la evolución por el esfuerzo de los hombres, llegue ella con más rápido impulso á su término final, que será el término de todo dolor y toda vida.

Pero no, como Hartmann, en nombre de la muerte, sino en el de la vida misma y la esperanza, yo os pido una parte de vuestra alma para la obra del futuro. Para decíroslo, he querido inspirarme en la imagen dulce y serena de mi Ariel. El

bondadoso genio en quien Shakespeare acertó á infundir, quizá con la divina inconsciencia frecuente en las adivinaciones geniales, tan alto simbolismo, manifiesta claramente en la estatua su significación ideal, admirablemente traducida por el arte en líneas y contornos. Ariel es la razón y el sentimiento superior. Ariel es este sublime instinto de perfectibilidad, por cuya virtud se magnifica y convierte en centro de las cosas, en arcilla humana, á la que vive vinculada su luz, la *miserable arcilla* de que los genios de Arhimanes hablaban á Manfredo. Ariel es, para la Naturaleza, el excelso coronamiento de su obra, que hace terminarse el proceso de ascensión de las formas organizadas con la llamarada del espíritu. Ariel triunfante, significa idealidad y orden en la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés en moral, buen gusto en arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres. El es el héroe epónimo en la epopeya de la especie; él es el inmortal protagonista; desde que con su presencia inspiró los débiles esfuerzos de racionalidad del hombre prehistórico, cuando por primera vez dobló la frente obscura para labrar el pedernal ó dibujar una grosera imagen en los huesos de reno; desde que con sus alas avivó la hoguera sagrada que el aria primitivo, progenitor de los pueblos civilizados, amigo de la luz, encendía en el misterio de las selvas del Ganges, para forjar con su fuego divino el cetro de la majestad humana, hasta que, dentro ya de las razas superiores, se cierne deslumbrante sobre las almas que han extralimitado las cimas naturales de la Humanidad, lo mismo sobre los héroes del pensamiento y el ensueño que sobre los de la acción y el sacrificio; lo mismo sobre Platón en el promontorio de Súnium que

sobre San Francisco de Asís en la soledad de Monte Alvernia. Su fuerza incontrastable tiene por impulso todo el movimiento ascendente de la vida. Vencido una y mil veces por la indomable rebelión de Calibán, proscripto por la barbarie vencedora, asfixiado en el humo de las batallas, manchadas las alas transparentes al rozar el «eterno estercolero de Job», Ariel resurge inmortalmente, Ariel recobra su juventud y su hermosura, y acude ágil, como el mandato de Próspero, al llamado de cuantos le aman é invocan en la realidad. Su benéfico imperio alcanza, á veces, aun á los que le niegan y le desconocen. El dirige á menudo las fuerzas ciegas del mal y la barbarie para que concurran, como las otras, á la obra del bien. El cruzará la historia humana, entonando, como en el drama de Shakespeare, su canción melodiosa para animar á los que trabajan y á los que luchan, hasta que el cumplimiento del plan ignorado á que obedece le permita—cual se liberta, en el drama, del servicio de Próspero—romper sus lazos materiales y volver para siempre al centro de su lumbre divina.

Aún más que para mi palabra, yo exijo de vosotros un dulce é indeleble recuerdo para mi estatua de Ariel. Yo quiero que la imagen leve y graciosa de este bronce se imprima desde ahora en la más segura intimidad de vuestro espíritu. Recuerdo que una vez que observaba el monetario de un museo, provocó mi atención en la leyenda de una vieja moneda la palabra *Esperanza*, medio borrada sobre la palidez decrépita del oro. Considerando la apagada inscripción, yo meditaba en la posible realidad de su influencia. ¿Quién sabe qué activa y noble parte sería justo atribuir, en la formación del carácter y en la vida de algunas generaciones

humanas, á ese lema sencillo actuando sobre los ánimos como una insistente sugestión? ¿Quién sabe cuántas vacilantes alegrías persistieron, cuántas generosas empresas maduraron, cuántos fatales propósitos se desvanecieron, al chocar las miradas con la palabra alentadora, impresa, como un gráfico grito, sobre el disco metálico que circuló de mano en mano?... Pueda la imagen de este bronce—troquelados vuestros corazones con ella—desempeñar en vuestra vida el mismo inaparente pero decisivo papel. Pueda ella, en las horas sin luz del desaliento, reanimar en vuestra conciencia el entusiasmo por el ideal vacilante, devolver á vuesto corazón el calor de la esperanza perdida. Afirmado primero en el baluarte de vuestra vida interior, Ariel se lanzará desde allí á la conquista de las almas. Yo le veo, en el porvenir, sonriéndoos con gratitud, desde lo alto, al sumergirse en la sombra vuestro espíritu. Yo creo en vuestra voluntad, en vuestro esfuerzo, y más aún en los de aquellos á quienes daréis la vida y transmitiréis vuestra obra. Yo suelo embriagarme con el sueño del día en que las cosas reales harán pensar que ¡la cordillera que se yergue sobre el suelo de América ha sido tallada para ser el pedestal definitivo de esta estatua, para ser el ara inmutable de su veneración!

***

Así habló Próspero. Los jóvenes discípulos se separaron del maestro después de haber estrechado su mano con afecto filial. De suave palabra, iba con ellos la persistente vibración en que se prolonga el lamento del cristal herido en un ambiente sereno. Era la última hora de la tarde. Un rayo

del moribundo sol atravesaba la estancia, en medio de discreta penumbra, y tocando la frente de bronce de la estatua parecía animar en los altivos ojos de Ariel la chispa inquieta de la vida. Prolongándose luego, el rayo hacía pensar en una larga mirada que el genio, prisionero en el bronce, enviase sobre el grupo juvenil que se alejaba. Por mucho espacio marchó el grupo en silencio. Al amparo de un recogimiento unánime, se verificaba en el espíritu de todos ese fino destilar de la meditación, absorta en cosas graves, que un alma santa ha comparado exquisitamente á la caída lenta y tranquila del rocío sobre el vellón de un cordero. Cuando el áspero contacto de la muchedumbre les devolvió á la realidad que les rodeaba, era la noche ya. Una cálida y serena noche de estío. La gracia y la inquietud que ella derramaba de su urna de ébano sobre la tierra triunfaban de la prosa flotante sobre las cosas dispuestas por mano de los hombres. Sólo estorbaba para el éxtasis la presencia de la multitud. Un soplo tibio hacía estremecerse el ambiente con lánguido y delicioso abandono, como la copa trémula en la mano de una bacante. Las sombras, sin ennegrecer el cielo purísimo, se limitaban á dar á su azul el tono obscuro en que parece expresarse una serenidad pensadora. Esmaltándolas, los grandes astros centelleaban en medio de un cortejo infinito: Aldebarán, que ciñe una púrpura de luz; Sirio, como la cavidad de un nielado cáliz de plata volcado sobre el mundo; el Crucero, cuyos brazos abiertos se tienden sobre el suelo de América como para defender una última esperanza...

Y fué entonces, tras el prolongado silencio, cuando el más joven del grupo, á quien llamaban *Enjolrás* por su ensimismamiento reflexivo, dijo,

señalando sucesivamente la perezosa ondulación del rebaño humano y la radiante hermosura de la noche:

—Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que, aunque ella no mira al cielo, el cielo la mira. Sobre su masa indiferente y obscura como tierra del surco, algo desciende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de unas manos de sembrador.

FIN DE «ARIEL»

JOSE ENRIQUE RODÓ

LIBERALISMO Y JACOBINISMO

LIBERALISMO Y JACOBINISMO

La expulsión de los crucifijos

(Carta publicada en «La Razón» del 5 de julio de 1906)

I

Señor ***

Estimado amigo: Desea usted mi opinión sobre la justicia y oportunidad del acuerdo de la Comisión de Caridad y Beneficencia pública, que sanciona definitivamente la expulsión de los crucifijos que hasta no ha mucho figuraban en las paredes de las salas del Hospital.

Voy á complacer á usted, pero no será sin significarle, ante todo, que hay inexactitud en la manera como usted califica la resolución sobre que versa su consulta, al llamarla «acto de extremo y radical liberalismo».

¿Liberalismo? No; digamos mejor *jacobinismo*. Se trata, efectivamente, de un hecho de franca intolerancia y de estrecha *incomprensión* moral é histórica, absolutamente inconciliable con la idea de elevada equidad y de amplitud generosa que va incluída en toda legítima acepción del liberalismo,

cualesquiera que sean los epítetos con que se refuerce ó extreme la significación de esta palabra.

Ocioso me parece advertir—porque no es usted quien lo ignora—que, rectamente entendida la idea de liberalismo, mi concepción de su alcance, en la esfera religiosa como en cualquiera otra categoría de la actividad humana, abarca toda la extensión que pueda medirse por el más decidido amor de la libertad. E igualmente ocioso sería prevenir que, por lo que respecta á la personalidad y la doctrina de Cristo—sobre las que he de hablar para poner esta cuestión en el terreno en que deseo—, mi posición es, ahora como antes, en absoluto independiente, no estando unido á ellas por más vínculos que los de la admiración puramente humana, aunque altísima, y la adhesión racional á los fundamentos de una doctrina que tengo por la más verdadera y excelsa concepción del espíritu del hombre.

Dicho esto, planteemos sumariamente la cuestión. La Comisión de Caridad inició, hace ya tiempo, la obra de emancipar de toda vinculación religiosa la asistencia y disciplina de los enfermos; y en este propósito plausible, en cuanto tendía á garantizar una completa libertad de conciencia contra imposiciones ó sugestiones que la menoscabasen, llegó á implantar un régimen que satisfacía las más amplias aspiraciones de libertad. Fueron suprimidos paulatinamente los rezos y los oficios religiosos que de tradición se celebraban; fueron retirados los altares, las imágenes y los nichos que servían para los menesteres del culto. Quedaba, sin embargo, una imagen que no había sido retirada de las paredes de las salas de los enfermos, y esta imagen era la del fundador de la caridad cristiana. Un día, la Comisión en-

cuentra que no hay razón para que este límite se respete, y ordena la expulsión de los crucifijos. Acaso pensó irreflexivamente no haber hecho con ello mas que dar un paso adelante, un paso último, en la obra de liberalismo en que se hallaba empeñada. ¿Era, efectivamente, sólo un paso más, sólo un paso adelante? No; aquello, como he de demostrarlo luego, equivalía á pasar la frontera que separa lo justo de lo injusto, lo lícito de lo abusivo. Aquello tenía, en realidad, un significado enteramente nuevo, y que parecía denunciar, en las mismas supresiones y eliminaciones anteriores, un espíritu, una tendencia, diferentes de los que las habrían justificado...

Y ahora el error, que pudo explicarse cuando se cometió por vez primera como acto inconsulto, adquiere la persistencia de una ratificación laboriosamente meditada, de una ratificación definitiva.

II

El hecho es sencillamente este: la expulsión reiterada é implacable de la imagen de Cristo del seno de una casa de caridad.

Un profesor de filosofía que, encontrando en el testero de su aula el busto de Sócrates, fundador del pensamiento filosófico, le hiciera retirar de allí; una Academia literaria española que ordenase quitar del salón de sus sesiones la efigie de Cervantes; un Parlamento argentino que dispusiera que las estatuas de San Martín ó de Belgrano fueran derribadas para no ser repuestas;

un Círculo de impresores que acordase que el retrato de Gutenberg dejase de presidir sus deliberaciones sociales, suscitarían, sin duda, nuestro asombro, y no nos sería necesario mas que el sentido intuitivo de la primera impresión para calificar la incongruencia de su conducta.

Y una Comisión de *Caridad* que expulsa del seno de las casas de *caridad* la imagen del creador de la *caridad*—del que la trajo al mundo como sentimiento y como doctrina—, no ofrece, para quien desapasionadamente lo mire, espectáculo menos desconcertador ni menos extraño. Aun prescindiendo del interés de orden social que va envuelto en el examen de este hecho, como manifestación de un criterio de filosofía militante que se traduce en acción y puede trascender en otras iniciativas parecidas, siempre habría en él el interés psicológico de investigar por qué lógica de ideas ó de sentimientos, por qué vías de convicción ó de pasión ha podido llegarse á tan contradictorio resultado: la personificación indiscutida de la caridad expulsada de un ambiente que no es sino la expansión de su espíritu, por aquellos mismos que ministran los dones de la caridad.

Pero no es necesario afanarse mucho tiempo para encontrar el rastro de esa lógica: es la lógica *en línea recta* del jacobinismo, que así lleva á las construcciones idealistas de Condorcet ó de Robespierre como á los atropellos inicuos de la intolerancia revolucionaria, y que, por lo mismo que sigue una regularidad geométrica en el terreno de la abstracción y de la fórmula, conduce fatalmente á los más absurdos extremos y á las más irritantes injusticias cuando se la transporta á la esfera real y palpitante de los sentimientos y los actos humanos.

III

La vinculación entre el espíritu de las instituciones de Beneficencia que la Comisión de Caridad gobierna y el significado histórico y moral de la imagen que ella ha condenado á proscripción, es tan honda como manifiesta é innegable.

Si la Comisión de Caridad se propone apurar el sentido de este nombre que lleva y evoca para ello la filiación de la palabra, fácilmente encontrará el vocablo latino de donde inmediatamente toma origen; pero á buen seguro que, desentrañando la significación de este vocablo en el lenguaje de la grandeza romana, no hallará nada que se parezca á la íntima, á la sublime acepción que la palabra tiene en la civilización y los idiomas de los pueblos cristianos: porque para que este inefable sentido aparezca, para que el sentimiento nuevo á que él se refiere se infunda en la palabra que escogió, entre las que halló en labios de los hombres, y la haga significar lo que ella no había significado jamás, es necesario que se levante en la historia del mundo, dividiéndola en dos mitades—separando el pasado del porvenir con sus brazos abiertos—, esa imagen del Mártir venerando que el impulso del jacobinismo acaba de abatir de las paredes del Hospital de Caridad.

La caridad es creación, verbo, irradiación del fundador del cristianismo. El sentimiento que levanta hospicios para los enfermos, asilos para los menesterosos, refugio para los huérfanos y los ancianos, y los levanta en nombre del amor que

identifica al protector y al socorrido, sin condición de inferioridad para ninguno, es—por lo menos dentro de la civilización y la psicología histórica de los pueblos occidentales—absolutamente inseparable del nombre y el ejemplo del reformador á quien hoy se niega lo que sus mismos proscriptores no negarían tal vez á ningún otro de los grandes servidores de la Humanidad: el derecho de vivivir perdurablemente—en imagen—en las instituciones que son su obra, en las piedras asentadas para dar albergue á su espíritu, en el campo de acción donde se continúa y desenvuelve su iniciativa y su enseñanza.

IV

Sentado el derecho que militaba para la permanencia, y militaría para la reposición, de las imágenes de Cristo en las salas del Hospital de Caridad, paso á examinar las consideraciones con que el desconocimiento de ese derecho se autoriza.

Todos sabemos la razón falaz de libertad y tolerancia que se invoca para cohonestar la real intolerancia de la expulsión: se habla del respeto debido á las creencias ó las convicciones de aquellos que, acogiéndose á la protección del Hospital, no crean en la divinidad de la imagen que verían á la cabecera de su lecho. La especiosidad de la argumentación no resiste más al ligero examen. Si de garantizar la libertad se trata, impídase, en buen hora, que se imponga ni sugiera al enfermo la adoración ó el culto de esa imagen; prohíbase

que se asocie á ella ningún obligado rito religioso, ninguna forzosa exterioridad de veneración siquiera: esto será justo y plausible, esto significará respetar la inmunidad de las conciencias, esto será liberalismo de buena ley y digno de sentimiento del derecho de todos. Pero pretender que la conciencia de un enfermo pueda sentirse lastimada porque no quiten de la pared de la sala donde se le asiste una sencilla imagen del reformador moral, por cuya enseñanza y cuyo ejemplo—convertidos en la más íntima esencia de una civilización—logra él, al cabo de los siglos, la medicina y la piedad, ¿quién podrá legitimar esto sin estar ofuscado por la más suspicaz de las intolerancias?

Para que la simple presencia de esa efigie sublevase alguna vez el ánimo del enfermo, sería menester que las creencias del enfermo involucrasen, no ya la indiferencia ni el desvío, sino la repugnancia y el odio por la personalidad y la doctrina de Cristo. Demos de barato que esto pueda ocurrir de otra manera que como desestimable excepción. ¿Podría el respeto por ese sentimiento personal y atrabiliario de unos cuantos hombres prevalecer sobre el respeto infinitamente más imperativo, sobre la alta consideración de justicia histórica y de gratitud humana que obliga á honrar á los grandes benefactores de la especie, y á honrarlos y recordarlos singularmente allí donde está presente su obra, su enseñanza, su legado inmortal?... Fácil es comprender que si el respeto á la opinión ajena hubiera de entenderse de tal modo, toda sanción glorificadora de la virtud, del heroísmo, del genio, habría de refugiarse en el sigilo y las sombras de las cosas prohibidas. Los pueblos erigen estatuas en parajes públicos á sus grandes hombres. Entre los miles de viandantes

que diariamente pasan frente á esas estatuas, forzosamente habrá muchos que, por su nacionalidad ó por sus doctrinas, ó bien por circunstancias y caprichos exclusivamente personales, no participarán de la veneración que ha levantado esas estatuas, y acaso experimentarán ante ellas la mortificación del sentimiento herido, de la convicción contrariada. ¿Quién se atrevería á sostener que esto podría ser motivo para que la admiración y la gratitud de las colectividades humanas se condenasen á una ridícula abstención de toda forma pública, de todo homenaje ostensible?... Lo que la conciencia de un pueblo consagra—y aún más: lo que la conciencia de la Humanidad consagra—como juicio definitivo y sanción perdurable, tendrá siempre derecho á imponerse sobre toda disonancia individual para las manifestaciones solemnes de la rememoración y la gloria.

Hablemos con sinceridad, pensemos con sinceridad. Ningún sentimiento, absolutamente ningún sentimiento respetable se ofende con la presencia de una imagen de Cristo en las salas de una casa de caridad. El creyente cristiano verá en ella la imagen de su Dios, y en las angustias del sufrimiento físico levantará á ella su espíritu. Los que no creemos en tal divinidad, veremos sencillamente la imagen del más grande y puro modelo de amor y abnegación humana glorificado donde es más oportuna esa glorificación: en el monumento vivo de su doctrina y de su ejemplo; á lo que debe agregarse todavía que ninguna depresión y ningún mal, sí muy dignificadoras influencias, podrá recibir el espíritu del enfermo cuyos ojos tropiecen con la efigie del Maestro sublime, por quien el beneficio que recibe se le aparecerá, no como una obligación que se le debe en nombre

de una ley de amor, y por quien, al volver al tráfico del mundo, llevará acaso consigo una sugestión persistente que le levante alguna vez sobre las miserias del egoísmo y sobre las brutalidades de la sensualidad y de la fuerza, hablándole de la piedad para el caído, del perdón para el culpado, de la generosidad con el débil, de la esperanza de justicia que alienta el corazón de los hombres y de la igualdad fraternal que los nivela por lo alto.

Es este criterio y este sentimiento de honda justicia humana el que habría debido mantenerse y prevalecer sobre la suspicacia del recelo antirreligioso. Pero el jacobinismo, que con relación á los hechos del presente tiene por lema: «La intolerancia contra la intolerancia», tiene por característica, con relación á las cosas y á los sentimientos del pasado, esa funesta pasión de impiedad histórica que conduce á no mirar en las tradiciones y creencias en que fructificó el espíritu de otras edades mas que el límite, el error, la negación, y no lo afirmativo, lo perdurable, lo fecundo, lo que mantiene la continuidad solidaria de las generaciones, perpetuada en la veneración de esas grandes figuras sobrehumanas—profetas, apóstoles, reveladores—que desde lo hondo de las generaciones muertas iluminan la marcha de las que viven, como otros tantos faros de inextinguible idealidad.

V

Si la intolerancia ultramontana llegara un día á ser gobierno, mandaría retirar de las escuelas públicas el retrato de José Pedro Varela. ¿Qué im-

porta que la regeneración de la educación popular haya sido obra suya? No modeló su reforma dentro de lo que al espíritu ortodoxo cumplía; no tendió á formar fieles para la grey de la Iglesia; luego su obra se apartó de la absoluta verdad, y es condenable. ¡No puede consentirse su glorificación, porque ella ofende á la conciencia de los católicos! Esta es la lógica de todas las intolerancias.

La intolerancia jacobina—incurriendo en una impiedad mucho mayor que la del ejemplo supuesto, por la sublimidad de la figura sobre quien recae su irreverencia—quiere castigar en la imagen del Redentor del mundo el delito de que haya quienes, dando un significado religioso á esa imagen, la conviertan en paladión de una intolerancia hostil al pensamiento libre. Sólo se ve en el crucifijo al *dios enemigo*, y enceguécese para la sublimidad humana y excelso significado ideal del martirio que en esa figura está plasmado. ¿Se dirá que lo que se expulsa es el signo religioso, el *icono*, la imagen del dios, y no la imagen del grande hombre sacrificado por amor de sus semejantes? La distinción es arbitraria y casuística. Un crucifijo sólo será signo religioso para quien crea en la divinidad de aquel á quien en él se representa. El que lo mire con los ojos de la razón—y sin las nubes de un odio que sería inconcebible por lo absurdo—, no tiene por qué ver en él otra cosa que la representación de un varón sublime, del más alto Maestro de la Humanidad, figurado en el momento del martirio con que selló su apostolado y su gloria. Sólo una consideración fanática —en sentido opuesto y mil veces menos tolerable que la de los fanáticos creyentes—podría ver en el crucifijo, *per se*, un signo abominable y nefando donde haya algo capaz de sublevar la conciencia

de un hombre libre y de enconar las angustias del enfermo que se revuelve en el lecho del dolor.

¿Por qué el enfermo librepensador ha de ver en el crucifijo más de lo que él le pone ante los ojos: una imagen que evoca con austera sencillez el más sublime momento de la historia del mundo y la más alta realidad de perfección humana? ¿Acaso porque ese crucifijo, puesto en manos de un sacerdote, se convierte en signo é instrumento de una fe religiosa? Pero no es en manos de un sacerdote donde le verá, sino destacándose inmóvil sobre la pared desnuda, para que su espíritu lo refleje libremente en la quietud y desnudez de su conciencia...

VI

Desde cualquier punto de vista que se la considere, la resolución de la Comisión de Caridad aparece injustificada y deplorable.

No reivindica ningún derecho, no restituye ninguna libertad, no pone límite á ningún abuso.

Y en cambio, hiere á la misma institución en cuyo nombre se ha tomado ese acuerdo, quitando de ella el sello visible que recordaba su altísimo fundamento histórico; que insustituíblemente concretaba el espíritu del beneficio que allí se dispensa, en nombre de una ley moral que no ha dejado de ser la esencia de nuestra civilización, de nuestra legislación y de nuestras costumbres. Y hiere á la conciencia moral, interesada en que no se menoscabe ni interrumpa el homenaje debido

á las figuras venerandas que son luz y guía de la Humanidad; homenaje que si es un esencialísimo deber de justicia y gratitud humana, es, además, para la educación de las muchedumbres, un poderoso medio de sugestión y de enseñanza objetiva, lo mismo cuando se encarna en los bronces y los mármoles erigidos en la plaza pública, que cuando se manifiesta por la efigie colgada en las paredes de la escuela, del taller, de la biblioteca ó del asilo: de toda casa donde se trabaje por el bien ó la verdad.

Esto es lo que sinceramente siento sobre el punto que usted somete á mi consideración; esto es lo que yo propondría á la meditación de todos los espíritus levantados sobre los fanatismos y las intolerancias.

Haga usted de esta carta el uso que le parezca bien, y créame su afectísimo amigo,

José Enrique Rodó

Contrarréplicas

(Publicadas en «La Razón», con motivo de la conferencia dada por el doctor don Pedro Díaz en el Círculo Liberal, el día 14 de Julio, refutando las ideas expuestas en la carta anterior.)

Esperaba con interés la publicación de la conferencia que el doctor don Pedro Díaz consagró á refutar mi crítica de la expulsión de los crucifijos de las salas del Hospital de Caridad. No se mezclaba á ese interés el propósito preconcebido de contrarreplicarle, y hasta deseaba que mi participación personal en la agitación de ideas promovida alrededor de tan sonado asunto quedara terminada con la exposición serena de mi juicio.

No es que no sea para mí un placer quebrar una lanza con inteligencia tan reflexiva y espíritu tan culto como los que me complazco en reconocer, desde luego, en mi adversario de ocasión; pero confieso que, un tanto desengañado sobre la eficacia virtual de la polémica como medio de aquilatar y depurar ideas, me hubiera contentado con dejar de persistir frente á frente mi argumentación y su réplica, para que por su sola virtud se abrieran camino en los espíritus dotados de la rara cualidad de modificar sinceramente sus juicios ó prejuicios por la influencia del raciocinio ajeno.

Pero por otra parte, el grave mal de estas disputas sobre puntos de índole circunstancial y

transitoria es que, en sus proyecciones, quedan casi siempre envueltos puntos mucho más altos, de interés imperecedero y esencial, que las conveniencias accidentales del polemista resuelven en el sentido más favorable á su tesis del momento, propendiéndose con frecuencia así á deformar la verdad, á arraigar la mentira histórica, á fomentar sofismas perniciosos y enormes injusticias, que acaso quedan flotando en el aire y se fijan luego en las asimilaciones inconscientes del criterio vulgar, como el único y deplorable rastro de estas escaramuzas efímeras. No es otro el interés que me mueve á no dejar sin contrarréplica la refutación á que aludo.

Me detendré ante todas las fases de la cuestión que encara el doctor Díaz, y aun ante algunas otras, y le seguiré paso á paso, en todas las evoluciones y los giros y las vueltas y revueltas de su habilidosa argumentación, por lo cual ha de disculpárseme de antemano si abuso, con más extensión y por más días que fuera mi deseo, de la afectuosa hospitalidad de este diario.

Libre de toda vinculación religiosa, defiendo una gran tradición humana y un alto concepto de la libertad.

No miro á mi alrededor para cerciorarme de si está conmigo la multitud que determina el *silent vote* de la opinión y que determinaría el sí ó el no en un plebiscito de liberales. Me basta con perseverar en la norma de sinceridad invariable, que es la única autoridad á que he aspirado siempre para mi persona y mi palabra. Recuerdo que cuando por primera vez tuve ocasión de hablar en una reunión política, en vísperas de elecciones y con la consiguiente exaltación de los ánimos, fué para decir á la juventud, en cuyo seno me en-

contraba, que mi partido debía ceder el poder si caía vencido en la lucha del sufragio. Tal manifestación, hecha en días de gran incertidumbre electoral y en un ambiente de apasionamientos juveniles, no era como para suscitar entusiasmos, y á los más pareció, cuando menos, inoportuna; pero no pasó mucho tiempo sin que pudiese comprobar que más de uno de los que se acercaran á censurármelo en aquel momento se habían habituado á escuchar sin escándalo, y aun á reconocer por sí mismos, que la conservación del poder debía plantearse en el terreno franco y llano del derecho. El más seguro camino, no ya para la aprobación interior, sino también para el triunfo definitivo, es el de decir la verdad, sin reparar en quién sea el favorecido ocasionalmente por la verdad, y nunca habrá satisfacción más intensa para la conciencia leal que cuando se le presente oportunidad de proclamar la razón que asiste del lado de las ideas que no se profesan y de defender el derecho que radica en el campo donde no se milita.

Dicho esto, entremos, sin más dilaciones, en materia.

Los orígenes históricos de la caridad

I

Afirmé en mi carta, y repito y confirmo ahora, que la vinculación entre el espíritu de las casas de Beneficencia y el significado de la imagen que ha sido expulsada de su seno es tan honda como ma-

nifiesto é innegable que Jesús es, en nuestra civilización, y aun en el mundo, el fundador de la caridad; que por él, este nombre de caridad tomó en labios de los hombres acepción nueva y sublime, y que son su enseñanza y su ejemplo los que, al cabo de los siglos, valen para el enfermo la medicina y la piedad.

El estimable conferenciante desconoce rotundamente todo esto; sostiene que «no es por la idea ni por el sentimiento cristiano por lo que el hombre socorre al hombre»; califica de falso mi concepto de la personalidad de Jesús, y añade que, en este concepto, importa atribuir al fundador del cristianismo en la historia de la Humanidad una significación que «la ciencia» (asi dice) le niega en absoluto.

Escuchemos la severa palabra de la ciencia. La ciencia nos opone, por labios del doctor Díaz, un argumento deductivo y copiosos argumentos históricos. El argumento deductivo consiste en inferir que, siendo las revoluciones morales y sociales la obra impersonal de las fuerzas necesarias que se desenvuelven, con el transcurso del tiempo, en el seno de las sociedades humanas, importa una anomalía inaceptable atribuir la iniciativa de un nuevo sentimiento moral á la inspiración personalísima de un hombre: cosa que, de ser cierta, invadiría la esfera del milagro y conformaría para Cristo la naturaleza que le negamos á Dios.

No se necesita mucho esfuerzo para mostrar la inconsistencia de tal razonamiento, aun colocándose dentro del criterio histórico que más lo favorezca. Porque, sin menoscabar la acción de las fuerzas necesarias que presiden á la evolución de las sociedades y preparan en su obscuro laboratorio los resultados ostensibles de la historia huma-

na, cabe perfectamente valorar la misión histórica y la originalidad de las grandes personalidades que, con carácter de iniciadores y reformadores, aparecen personificando en determinado momento los impulsos enérgicos de innovación, aunque su obra haya sido precedida por un largo proceso de preparación lenta é insensible y aunque la acción del medio en que actúan colabore inconscientemente con ellas para el triunfo que se manifiesta como exclusiva conquista de su superioridad.

Por mucho que se limitase la jurisdicción de la voluntad y el pensamiento personales; por mucho que se extremara la concepción determinista de la Historia, nunca podría llegarse á anular el valor de aquellos factores hasta el punto de que no fuera lícito á la posteridad, en sus rememoraciones y sanciones, vincular á un nombre individual la gloria máxima de una iniciativa, la inspiración capital de una revelación, el mérito superior de una reforma. La invención personal, en la esfera de las ideas morales, representa una realidad tan positiva é importante—según ha mostrado Ribot en su análisis de la imaginación creadora—como en el terreno de la ciencia ó del arte (1).

Pero hay más: para atribuir á Jesús la fundación de la moral caritativa, no sólo no se requiere desconocer las fuerzas históricas que obren por

---

(1) «En el origen de las civilizaciones se encuentran personajes semihistóricos y semilegendarios (Manú, Zoroastro, Moisés, Confucio, etc.) que han sido inventores ó reformadores en el orden social y moral. Que una parte de la invención que se les atribuye es debida á sus predecesores y á sus sucesores, es evidente; pero la invención, sea quienquiera el autor, no es por eso menos cierta. Hemos dicho en otra parte, y se nos permitirá repetirlo ahora, que esta expresión *inven-*

encima de la personalidad humana para producir los movimientos morales y sociales, sino que no es necesario desconocer siquiera los precedentes, más ó menos directos y eficaces, que aquella moral haya tenido dentro mismo de la conciencia y la acción personal de los hombres. El doctor Díaz refuerza su argumento deductivo con abundantes citas históricas, para demostrarnos que el sentimiento de la caridad ha existido en el mundo desde mucho antes de Jesús, y que ya entendían de caridad Confucio, Buda, Zoroastro, Sócrates y cien otros. Muy pronto desvaneceremos la ilusión que pueda cifrar el doctor Díaz en estos recursos de erudición histórica, y reduciremos á su verdadero valor la congruencia y oportunidad de tales citas. Pero aceptándolas provisionalmente, y concediendo que fuesen exactas y oportunas, ellas no serían un motivo para que Jesús no pudiera ser llamado, en el sentido usual de este género de calificaciones históricas, el fundador de la caridad en el mundo. El mismo argumento que invocaba el doctor Díaz para resistirse á aceptar que la moral del cristianismo haya significado tan excepcional vuelco de ideas, su mismo argumento de que no hay obra humana sin preparación y antecedentes, determinaría el significado de las relaciones que pudieran encontrarse, en la historia anterior al cristianismo, con la obra de Jesús. No

---

tores, aplicada á la moral, podrá parecer extraña á algunos, porque están imbuídos por la hipótesis de un conocimiento del bien y del mal innato, universal, compartido por todos los hombres y en todos los tiempos. Si se admite, por el contrario, como lo impone la observación, no una moral hecha de antemano, sino una moral que se va haciendo poco á poco, preciso es que sea la creación de un individuo ó de un grupo.» (Ribot, *Ensayo sobre la imaginación creadora,* tercera parte, cap. VII.)

hay obra humana sin preparación y antecedentes, y sin embargo de ello, hay y habrá siempre, para el criterio de la Historia, iniciadores, hombres que resumen en sí el sentido de largos esfuerzos colectivos, la originalidad de una reforma social, la gloria de una revolución de ideas.

Cuatro siglos antes que Lutero quemase en la plaza de Wittemberg las bulas de León X, habían rechazado los albigenses la autoridad del pontífice romano y sostenido la única autoridad de las Escrituras; largos años antes de Lutero, habían sido arrojadas al Tíber las cenizas de Arnaldo de Brescia y había perecido Juan Huss por la libertad de la conciencia humana. Pero Lutero es y será siempre ante la justicia de los siglos el fundador de la reforma religiosa.

Varias generaciones antes de que Sócrates platicase de psicología y de moral con los ciudadanos de Atenas, había filosofado Tales, y Pitágoras había instituído su enseñanza sublime, y habían razonado los atomistas, y habían argumentado los eleáticos; pero Sócrates es y será siempre en la memoria de la posteridad el fundador del pensamiento filosófico.

Mucho tiempo antes de que Colón plantase en la playa de Guanahaní el estandarte de Castilla, los marinos normados habían llegado con sus barcos de cuero, no ya á las costas del Labrador y de Terranova, sino á las mismas tierras donde hoy se levantan las más populosas, más opulentas y más cultas ciudades de la civilización americana; pero Colón es y será siempre, ante la conciencia de la Historia, el descubridor del Nuevo Mundo.

Más de un siglo antes de que la Revolución del 89 proclamara el principio de la soberanía popular y realizase la forma republicana, los puri-

tanos de Inglaterra habían reivindicado los derechos del pueblo, y el trono de los Estuardos había precedido en la caída al de los Borbones; y á pesar de ello, la Revolución del 89 es el pórtico por donde la sociedad moderna pasa del absolutismo monárquico al ideal de las instituciones libres.

Siempre habrá un precedente que invocar, un nombre que anteponer, una huella que descubrir en el campo de las más audaces creaciones de los hombres, pero las sanciones de la justicia humana no se atendrán jamás al criterio que parta del rigor de estos fariseísmos cronológicos, miserables cuestiones de prioridad, cuyo sentido se disipa en la incertidumbre crepuscular de todos los orígenes. La predilección en el recuerdo, la superioridad en la gloria, no será nunca del que primero vislumbra ó acaricia una idea, del que primero prueba traducirla en palabras ó intenta comunicarle el impulso de la acción, sino del que definitivamente la personifica y consagra, del que la impone á la corriente de los siglos, del que la convierte en sentido común de las generaciones, del que la entraña en la conciencia de la Humanidad, como la levadura que se mezcla en la masa y la hace crecer con su fermento y le da el punto apetecido.

Por lo demás, si existe originalidad humana, no que excluya todo precedente, pero sí que se encuentre en desproporción con los precedentes que puedan señalársele, es, sin duda, la originalidad de la persona y la obra de Jesús. El entusiasta conferenciante manifiesta extrañar, por honor de la Humanidad, que se acepte que en las civilizaciones anteriores á Cristo el sentimiento de la caridad no fuera conocido y practicado en formas tan altas por lo menos como las que ha realizado la enseñanza cristiana. La extrañeza es

absurda en quien tanto habla de fuerzas que gobiernan la Historia por determinismo y evolución. Lo que implicaría un concepto evidentemente contradictorio con toda idea de evolución y determinismo sería imaginar que la razón humana ha podido levantarse, desde el primer instante de su desenvolvimiento, á la concepción de la moral más alta, y que la idea del deber no ha necesitado pasar por adaptaciones y modificaciones correlativas con los caracteres del medio, la raza y los demás complejos factores de la Historia, antes de llegar á la moral que constituye el espíritu de nuestra civilización.

Pero entremos á examinar menudamente el valor que tengan las citas históricas del doctor Díaz en la relación con nuestro asunto. Tal será el tema del artículo siguiente.

II

¿Cuál deberá ser el criterio para graduar la oportunidad y eficacia de las citas con que se disputa á Jesús la originalidad de la moral caritativa y el derecho á ser glorificado en primer término por ella? El criterio no puede ser otro que el de aquilatar la influencia que las doctrinas y los nombres citados representan en la obra de difundir y realizar aquella moral con anterioridad á Jesús. Y como ninguna sociedad humana está obligada á tributar agradecimiento ni gloria por beneficios de que no ha participado, debe agregarse como condición que el alcance de tales in-

fluencias llegue, directa ó indirectamente, á la sociedad que ha de rememorarlas y glorificarlas. De donde se sigue que la cuestión queda lógicamente reducida á investigar los orígenes del sentimiento de la caridad en cuanto se relacione con la civilización, de cuyo patrimonio y espíritu vivimos: la civilización, que, tomando sus moldes últimos y persistentes en los pueblos de la Europa occidental, tiene por fundamentos inconcusos la obra griega y romana por una parte; la revolución religiosa, en que culminó el cometido histórico del pueblo hebreo, por la otra.

No negará el doctor Díaz que esta es la manera como deben encararse los títulos históricos que se pongan frente á los de Jesús; porque de lo contrario, si se admitiera que la simple prioridad cronológica, fuera de todo influjo real, determinase derecho preferente para la apoteosis, llegaríamos á la conclusión de que, resuelto un día el problema de la comunicación interplanetaria y averiguándose que en Marte ó en Saturno empezó á existir antes que en la Tierra una especie racional capaz de virtudes y heroísmo, la Humanidad debería posponer la glorificación de sus apóstoles y sus héroes á la de los héroes y los apóstoles saturnianos ó marcianos.

Establecido, pues, el criterio con que procederemos, ha de permitirnos, ante todo, nuestro ilustrado contendor que pongamos un poco de orden en la sucesión tumultuosa de sus citas, disponiéndolas con arreglo á cierta norma, que, á falta de otra menos empírica, será la de su correspondencia geográfica de Oriente á Occidente. Y ha de permitirnos también que, comenzando, según este orden, por Confucio, le neguemos resueltamente el pasaporte, con todo el respeto debido á tan ma-

jestuosa personalidad. Del lado de Confucio no es posible que haya venido para la civilización europea ni frío ni calor, ni luz ni sombra. Ninguna suerte de comunicación espiritual, ninguna noticia positiva siquiera, habían fijado la idea de la China en el espíritu de Europa antes de los viajeros del Renacimiento. Era aquélla una tierra de leyenda, la Sérica de los antiguos, la Catay semisoñada de Marco Polo. Apenas cuando los navegantes portugueses llegaron á las extremidades orientales del Asia comenzó á abrirse á las miradas del mundo el espectáculo de ese pueblo que había permanecido por millares de años en inviolada soledad, tan ajeno á los desenvolvimientos convergentes y progresivos de la historia humana como lo estaría la raza habitadora de un planeta distinto. ¿Por qué grietas de la famosa *muralla* ha podido filtrarse un soplo del aire estagnado dentro de aquella inmensa sepultura, para infundirse en el espíritu de otras civilizaciones y concurrir á formar el sentido moral de la Humanidad?... Convengamos en que esta piadosa evocación de la gesta mongola de Confucio no pasa de ser un exceso de *dilettantismo* chinesco.

Tras de Confucio, sale á la luz la fisonomía, menos pavorosa, de Buda. Nos encontramos en presencia de un ideal moral realmente alto, y en algunos respectos no inferior, sin duda, al cristianismo. Nos encontramos además en un mundo que, desde el punto de vista étnico, puede considerarse más vinculado al origen de los pueblos occidentales que el propio mundo de Jesús. Y con todo, ¿cuál es la influencia histórica positiva del budismo en la elaboración del espíritu de la civilización cristiana?

Absolutamente ninguna. La religión de Sakia-

Muni, expulsada, no bien nacida, de su centro por la persecución de la ortodoxia brahmánica, se extiende hacia el Oriente y hacia el Norte, sigue una trayectoria enteramente opuesta á la que hubiera podido llevarla al gran estuario de ideas de Occidente, y queda así sustraída á la alquimia de que resultó nuestra civilización. Si algún esfuerzo hace el budismo para tomar el rumbo de las remotas emigraciones de los arias, ante la certidumbre histórica, ese esfuerzo no pasa de manifestaciones obscuras y dispersas. Si ecos menos vagos de su espíritu cabe sospechar en alguna de las sectas gnósticas de los primeros tiempos cristianos, los ecos se disipan con ellas. Es menester que muchos siglos transcurran, y que el maravilloso sentido histórico del siglo XIX despeje el enigma multisecular de esa India, que no había sido hasta entonces en la imaginación europea mas que una selva monstruosa, para que el foco de infinito amor y de melancólica piedad que había irradiado en la palabra de Buda se revele á la conciencia de Occidente con su poética y enervante atracción, suscitando en el pensamiento germánico las congeniales simpatías que llevaron el espíritu de Schopenhauer al amor del loto de Oriente é indujeron á Hartmann á buscar en el desesperanzado misticismo del solitario de Urulviva el germen probable de la futura religión de los hombres (1).

---

(1) Las conjeturas de Hartmann sobre el porvenir de la evolución religiosa no excluyen de este porvenir la persistencia de elementos cristianos, ni impiden que el filósofo del pesimismo reconozca explícitamente que la preponderancia y el sentido progresivo de la civilización occidental se deben á la superioridad de la filosofía cristiana, en cuanto afirma la realidad del mundo sobre el idealismo *nihilista* que ha detenido la evolución de los arias asiáticos. Para Hartmann, la fórmula

Queda cerrado el atajo de Sakia-Muni. Sigamos adelante. Henos aquí en plena Persia, ante el formidable *Zaratustra* de Nietzsche ó el Zoroastro de la denominación vulgar. «¿Cómo hablaba Zaratustra?» Según el doctor Díaz, de manera no menos alta y generosa que Jesús. Démoslo de barato y vamos á lo pertinente: ¿ha trascendido de allí al espíritu de nuestra civilización una influencia positiva que menoscabe la originalidad de nuestra ley moral? Este es, sin duda, un campo histórico más fronterizo que los de Buda y Confucio con los orígenes de la civilización cristiana. Admitamos sin dificultad que el ambiente de la religión de la Persia, respirado por los profetas durante el cautiverio, haya suministrado elementos teológicos y morales á la elaboración del mesianismo judío. Concedamos también que, fuera de esa vía de comunicación, el espíritu occidental haya podido asimilarse, por intermedio de la cultura helénica, partículas que procedan del contenido ideal del mazdeísmo, sea desde los viajes más ó menos legendarios de Pitágoras, sea desde las expediciones de Alejandro. ¿Quién es el que se atrevería á precisar, aun así, la vaguedad incoercible de estas infiltraciones históricas, de aquellas que no faltan jamás ni alrededor de la obra de más probada espontaneidad, y quién podría demostrar, sobre todo, que ellas se relacionan

---

religiosa del porvenir será una síntesis del desenvolvimiento religioso ariano y el semítico, del budismo y el cristianismo; sólo que concede marcada preferencia al primero, por entender que el panteísmo es una concepción más conciliable con la idea científica del mundo que el deísmo personal trascendente, y por creer en las ventajas del pesimismo, como fundamento ético, sobre el espíritu, optimista en definitiva, de la moral judeocristiana.—Véase Hartmann, *La religión del porvenir*, caps. VIII y IX.

con el sentimiento moral cuya procedencia discutimos, y que se relacionan hasta el punto de determinar una influencia capaz de considerarse como valor histórico y estimable y de pesar en las sanciones de la posteridad? Por otra parte, ó esta cuestión no existe, ó se reduce á la de la originalidad de la obra de Jesús con relación al testamento antiguo y á la moral de los filósofos griegos, únicos puentes posibles entre el espíritu del reformador de la Bactriana y la conciencia de la moderna civilización. Ningún otro influjo autoriza á incluir la moral del mazdeísmo entre los precedentes de la moral que profesamos. La religión del Zend-Avesta no sólo perdió en Maratón y Salamina la fuerza necesaria para propagarse é influir en los destinos del mundo, sino que aún supo persistir dentro de sus propias fronteras y fué barrida de ellas al primer empuje de proselitismo del Corán, para arrinconarse en las semiignoradas regiones donde aún prolonga su lángida agonía. La evocación de Zoroastro no tiene, pues, más oportunidad que la de Confucio y Buda.

Análogas razones invalidan la cita del Egipto, cuya intervención veneranda negocia también el distinguido orador para que le auxilie con la moral del *Libro de los muertos*. Aquí el contacto es evidente por ambas fases de los orígenes cristianos; evidente el contacto del pueblo de Israel con el Imperio de los Faraones, y por tanto, muy presumible la influencia de la tradición egipcia en el espíritu de la ley mosaica, y evidente el contacto del pensamiento griego, desde Pitágoras, ó desde antes de Pitágoras, con la enseñanza de los sacerdotes del Nilo. Pero estas vinculaciones quedan incluídas entre las de la doctrina de Jesús con la antigüedad hebrea y helénica, punto que hemos

de considerar en breve, llevados por los pasos de nuestro replicante. Si Cristo se relaciona con los adoradores de Osiris, será por intermedio de Moisés; y si el cristianismo primitivo se asimila elementos de procedencia egipcia, será por intermedio de los pensadores griegos, y singularmente del neoplatonismo de Alejandría. Lo que cabe preguntar desde luego es si la originalidad y virtud de la moral cristiana, como ley de amor extendida á todos los hombres, ha podido venir del seno del *Libro de los muertos;* y para esta pregunta, la respuesta negativa se impone con absoluta certidumbre, siendo indudable que lo que la tradición de los egipcios haya proporcionado para la constitución del dogma cristiano podrá referirse á la parte teológica ó teogónica, pero nunca al espíritu y la expansión de la moral, que aquel pueblo de formulistas y canonistas, con su inmovilidad hierática y su egoísmo desdeñoso y estrecho, jamás hubiera sido capaz de infundir, por su propia eficacia, en el organismo de una fe apta para propagarse é imponerse al mundo.

Vea, pues, nuestro estimable antagonista cómo podíamos habernos ahorrado este paseo por Oriente. No es en aquellas civilizaciones donde se encendió, para la nuestra, el fuego de la caridad. No será allí donde sea posible hallar argumentos que menoscaben la grandeza de la obra de Jesús ni la originalidad de su moral, como títulos para nuestra gratitud y glorificación. Y esta razón decisiva nos exime de entrar en argumentos de otro orden y juzgar el árbol por sus frutos, según enseña el Evangelio: el valor de la doctrina por los resultados de la aplicación; y mostrar á la China de Confucio momificada en el culto inerte de sus tradiciones; al Tíbet y la Indo-China de Buda dur-

miendo, bajo el manzanillo del Nirvana, el sueño de la servidumbre; á la Persia de Zoroastro olvidada de su originalidad y su grandeza, para echarse á los pies del islamismo; y á la Europa y la América de la civilización cristiana manteniendo en alto la enseña capitana del mundo sobre quinientos millones de hombres fortalecidos por la filosofía de la acción, de la esperanza y de la libertad.

Mañana relacionaremos la idea cristiana de la caridad con sus inmediatos precedentes, la ley hebrea y la moral helénica, y examinaremos si en este terreno tiene mejor éxito la dialéctica del doctor Díaz.

III

Admiremos, ante todo, los contradictorios resultados á que lleva la pasión de la polémica. Es indudable que, para quien se proponga negar la originalidad de Jesús, significa una posición mucho más fuerte colocarse dentro del Antiguo Testamento y tender á demostrar la identidad de su espíritu con la moral cristiana, que remontarse, en busca de inoportunos precedentes, á Confucio, Buda y Zoroastro. Pero como el interés es amenguar á toda costa la fama histórica de Jesús, y como el Antiguo Testamento está demasiado vinculado con Jesús para que allí pueda reconocerse cosa buena siendo el fundador del cristianismo tan insignificante y tan nulo, nuestro replicante presenta lo que debiera haber sido la parte prin-

cipal de su argumentación en esta forma displicente y casi despectiva: «En *los mismos* libros del Antiguo Testamento, anteriores á Jesús, hay preceptos de caridad...», etc.

Los hay, sin duda, y en este punto no sólo aceptamos el argumento que se nos opone, sino que, antes de refutarlo, lo ampliamos y reforzamos por nuestra cuenta.

La caridad—puede efectivamente decírsenos—estaba toda en el espíritu y la letra de la Ley antigua. El amor del pobre, del desamparado, del vencido, es la esencia misma de esa clamorosa predicación de los profetas, que constituye el más penetrante grito de la conciencia popular entre las resonancias de la historia humana. No hay más efusión de caridad en las parábolas del Evangelio que en las sentencias del Deuteronomio ó en la poesía de los Salmos. La glorificación del esclavo, del humilde, no necesitaba ser revelada por Jesús al pueblo que había probado por sí mismo las amarguras del esclavo durante la larga noche de su cautiverio.

¿En qué consiste entonces la originalidad moral de la Ley nueva? ¿En qué consiste que la caridad deba llevar el sello de Jesús y no el sello de Moisés ó Isaías? Apenas aparece necesario decirlo. En que la Ley y los profetas fueron una obra eminentemente nacional, y la obra de Jesús fué una obra esencialmente humana; en que la Ley y los profetas predicaban para su pueblo, y Jesús predicaba para la Humanidad; en que la caridad de la Ley y los profetas no abrazaba mas que los límites estrechos de la nacionalidad y de la patria, y la caridad de Jesús, mostrando abierto el banquete de las recompensas á los hombres venidos de los cuatro puntos del horizonte, rebosaba so-

bre la prole escogida de Abraham y llenaba los ámbitos del mundo.

La campaña contra la imagen de Cristo levanta por bandera el postulado de que la caridad prevalece sobre las diferencias religiosas, y desconoce que ese mismo postulado á que se acoge, ese mismo principio en que se escuda, pertenecen, por derecho irrefragable, á quien, oponiéndolos á la tolerancia orgullosa de su tiempo, los consagró para siempre, con la hermosa sencillez de sus parábolas, en el ejemplo de «el samaritano y el levita» (1),

(1) San Lucas, X, 30-37.—El señor Bossi, en el libro de que se hablará más adelante *(Jesucristo nunca ha existido,* pág. 173 de la traducción española), invierte los términos de esta notoria diferencia entre la moral del Antiguo Testamento y la del Nuevo, atribuyendo á la fraternidad cristiana el carácter nacionalista ó sectario, y á la judía el humanitarismo. La paradoja no tiene siquiera el mérito de la originalidad. Esta es, desde luego, una cuestión palmariamente resuelta por los hechos históricos, que presentan al cristianismo tendiendo, desde su nacer, á universalizarse y fundando la unidad humana más amplia y comprensiva, y al judaísmo confirmándose después de la destrucción de su Templo, y perseverando hasta nuestros días en su exclusivismo de raza y su insociabilidad genial. El señor Bossi no puede desconocer lo evidente, y confiesa (pág. 178) que la fraternidad universal es «la esencia del cristianismo»; sólo que atribuye este resultado á influencias extrañas á la moral, que llama *sectaria,* del Evangelio. Pero es absurdo pretender que el humanitarismo cristiano proceda, en lo fundamental, de otra parte que de la moral evangélica. Las citas en que apoya la paradoja el señor Bossi (pág. 116) son unilaterales y contrarias á todo principio de lealtad y corrección en la crítica. No sólo se atiene casi exclusivamente al Evangelio de San Mateo, que, como sabe, es el más penetrado de judaísmo conservador, sino que toma únicamente de él lo que puede convenir á su prejuicio. Así, menciona la prohibición de entrar en ciudades de gentiles y samaritanos (Mateo, X, 5-7), y el episodio de la mujer cananea (Mateo, XV, 22-26), no sin excluir de la referencia los versículos finales (27 y 28), que completan y en cierto modo rectifican el sentido, y el pasaje que presenta á los apóstoles

que minaba las bases de la caridad fundada sólo en la coparticipación de la fe.

Pero abramos campo todavía. Imaginemos que esta extensión universal del espíritu caritativo estuviera ya en germen en los preceptos de la antigua Ley y no necesitara sino desenvolverse y propagarse. Aun así, el vínculo por el cual esa escondida virtud de la tradición mosaica se habría comunicado con el mundo y le habría conquistado y redimido, no sería otro que la palabra de Jesús. En Grecia, en Roma, en todo el Oriente del Medi-

---

juzgando sólo á las doce tribus de Israel (Mateo, XIX, 28). La refutación de pleitista consistiría en argüir que el significado de esos y otros pasajes debe tomarse en la inteligencia de una simple prioridad cronológica en la conversión de los judíos respecto de la de los gentiles, como cabe sostener, fundándose en la versión dada por San Marcos (VII, 27) de las palabras de Jesús á la cananea, y en las de San Pablo y San Bernabé á los judíos en las *Actas de los apóstoles* (XIII, 46). Pero la sinceridad crítica y el interés desapasionado en la indagación de la verdad, están en aceptar derechamente el significado judaísta de tales referencias, para argumentar luego con que no es admisible valorarlas sin poner al lado de ellas los lugares en que aparece, de manera clara é inequívoca, el sentido humanitario. Así, en el mismo Mateo, el episodio del centurión de Cafarnaum (VIII, 5-13) y la parábola de los labradores sustituídos en el cultivo de la viña (Mateo, XXI, 33-43; Marcos, XII, 1-9; Lucas, XX, 9-16) y la de los caminantes llamados al convite de bodas (Mateo, XXII, 2-10; Lucas, XIV, 16-23), y en Lucas, la citada parábola del samaritano y el levita, y el caso del samaritano agradecido (XVII, 11-16), y en Juan, la hermosísima escena de la samaritana (IV, 5-23), y finalmente, los mandatos de que el Evangelio se predique á todas las gentes y naciones, en Mateo (XXIV, 14. y XXVIII, 19), en Marcos (XVI, 15), y en Lucas (X, 1, XXIV, 47), corroborados en Juan con el anuncio de la glorificación de Jesús por los gentiles (XII, 20-23). Es, pues, inexcusable la necesidad de reconocer en los Evangelios la huella de ambas tendencias—judaísmo y humanitarismo—, tal como alternativamente se imponían al espíritu de los evangelistas, y partiendo de aquí, quien se proponga inferir con sinceridad, entre ambas, cuál

terráneo, las colonias judías precedieron en mucho tiempo á las misiones de los apóstoles; pero su espíritu no fué, antes de la propagación del cristianismo, mas que un ánfora cerrada, sin trascendencia real en el ambiente. ¿Qué miserable virtud había de tener por sí solo para mover la corriente magnética de las simpatías humanas? La sinagoga sin Jesús es el fariseísmo: el hedor del sepulcro, la hipocresía de la fórmula. Jamás pudo surgir de almas de fariseos la redención de

---

es la que verdaderamente interpreta la posición original de Jesús, se inclinará, sin género de duda, á atribuirle el sentido humanitario, y hallará para los vestigios de judaísmo, ya la explicación de que el Maestro no llegó probablemente á aquél desde el primer instante de sus predicaciones, ya la de las resistencias que en la mente de los discípulos, sujeta todavía por los vínculos de la tradición y la raza, debía hallar el atrevimiento de un espíritu inmensamente superior al de ellos en amplitud é independencia genial de tales vínculos. Sabido es que la lucha entre la tendencia universalista y la judaica constituye, durante el primer siglo, el conflicto interior del cristianismo naciente, y por mucha parte que deba atribuirse en el triunfo de la expansión humanitaria á la iniciativa de San Pablo, es seguro que esta iniciativa no hubiera prosperado á no tener hondas raíces en la doctrina original. Nadie puede lealmente desconocer que el sentido humanitario es el que se conforma y armoniza con el carácter general de la personalidad y la doctrina de Jesús, y desde luego, el que fluye necesariamente de su concepción del sentimiento religioso: separando este sentimiento de la autoridad de la tradición y de la ley para darle por fundamento único la intimidad de la conciencia, la sinceridad del corazón, no podía menos de llegarse á repudiar la idea del privilegio de un pueblo elegido y de la indignidad de los otros. Los dos grandes historiadores del Jesús *humano* concuerdan en la interpretación del espíritu del Reformador en este punto. (Véase Renán, *Vida de Jesús,* capítulo XIV, «Relaciones de Jesús con los paganos y los samaritanos», y Strauss, *Nueva vida de Jesús,* lib. I, XXVI, «Jesús y los gentiles». Consúltese también en Strauss la «Mirada retrospectiva sobre los tres primeros Evangelios, ob. cit., Introducción, XIX, XX y XXI.)

la Humanidad. Lejos de cooperar desde sus reductos á la obra histórica del cristianismo, la ortodoxia judía, que sacrificó al Reformador en nombre de la ley, fué el mortal enemigo que hubo de vencer la fe naciente, no ya fuera, sino dentro mismo de su seno; y el cristianismo necesitó romper los últimos lazos que le sujetaban á la tradición, para no perecer consumido por su sombra, como habría perecido, sin duda, si el genio propagador y humanitario de San Pablo no le arrancara de aquella atmósfera de muerte, separando, según el precepto del Maestro, el vino nuevo de las odres que le hubieran agriado.

Cabe aún una última objeción, si es que puede llegarse á la última objeción cuando se tiene enfrente la pertinacia imperturbable de las opiniones sistemáticas. Jesús no se levanta sobre la planicie del fariseísmo como montaña aislada y súbita, á manera de los conos volcánicos. Anhelos é impulsos de reforma; tendencias inconexas, pero inconscientemente convergentes en el sentido de comunicar más efusión de amor al espíritu de la caridad, más amplitud y fuerza íntima al sentimiento religioso, más extensión humanitaria á la idea de la solidaridad social, se agitaban, con la recrudescencia de las esperanzas mesiánicas, en torno de la sinagoga; y en ese desasosiego presagioso, el maestro de Nazaret no fué el único ni el primero. Algo aprovecha de este argumento posible el doctor Díaz; y así, aunque con un tanto de incongruencia—furtivamente deslizado entre su Buda, su Zoroastro y su Confucio—, trae á luz el nombre de Filón, el judío de Alejandría que, simultáneamente ó con alguna anterioridad á Jesús, obtuvo de la conciliación del deísmo de su pueblo con la filosofía neoplatónica una moral inspirada

en un alto sentimiento de la fraternidad humana. Demos paso á Filón, y hasta proporcionémosle cortejo, recordando que aún pudo el conferenciante abonar su tesis contraria á la originalidad del cristianismo con nombres que convinieran mejor á su objeto que el de Filón, siendo así que, respecto del pensador alejandrino, nadie duda que permaneció Jesús en incomunicación absoluta, mientras que es sostenible la influencia de los esenios, con su apartamiento de las observancias exteriores y su sentido semicristiano de la caridad; y muy sostenible la de moralistas como Hillel, el rabino de las suaves sentencias, más verdadero precursor de Jesús que el tétrico y adusto Bautista. Pero ya se refieran los precedentes á la *utopía* social de los esenios, ya al judaísmo helenizante de Filón, ya á las sentencias de la tradición oral recogida en las páginas de los libros talmúdicos, es indudable que en los últimos tiempos de la antigua Ley cabe encontrar, antes ó fuera de la palabra de Jesús, muchos de los elementos en que pueda concretarse la diferencia *literal* de la Ley nueva respecto de la antigua.

¿Qué dificultad hemos de oponer para reconocerlo quienes no vemos en la obra del fundador del cristianismo cosa divina, materia de revelación, sino obra de genio y monumento de grandeza humana? Demuéstrese triunfalmente todo ello; ordénense, en dos columnas paralelas, el Nuevo Testamento por un lado, por el otro extractos del Antiguo, de los tratados de Filón y del *Talmud;* señálense las relaciones, las semejanzas, las coincidencias... y después de esto, la originalidad de Jesús quedará siendo tan alta, que jamás obra humana merecerá más justo título que su obra el nombre de *creación.*

Lo que queda dicho al precisar las condiciones que determinan la calidad histórica de los iniciadores y reformadores define suficientemente el sentido de esa afirmación, que no será paradojal mas que para los que se alleguen á estas cuestiones con la estrechez del criterio legista, apegado á la ruindad de la tierra, incapaz de la mirada que desencarna el alma de los acontecimientos y las cosas.

El genio es esencialmente la originalidad que triunfa sobre el medio, pero esta originalidad en que consiste el elemento específico del genio no significa la procedencia extratelúrica del aerolito; no excluye, como lo entendería una interpretación superficial, la posibilidad de rastrear, dentro del mismo medio, los elementos de que, consciente ó inconscientemente, se ha valido; los precedentes que de cerca ó de lejos le han preparado; el cultivo que ha hecho posible la floración maravillosa. Lo que sobrepuja en el genio todo precedente, lo que se resiste en el genio á todo examen, lo que desafía en el genio toda explicación, es la fuerza de síntesis, que reuniendo y compenetrando por un golpe intuitivo esos elementos preexistentes, infunde al conjunto vida y sentido inesperados, y obtiene de ello una unidad ideal, una creación absolutamente única, que perseverará en el patrimonio de los siglos, como la síntesis química obtiene de la combinación de los elementos que reune un cuerpo con propiedades y virtudes peculiares, un cuerpo que no podría definirse por la acumulación de los caracteres de sus componentes.

Así en el arte como en la ciencia, como en la creación moral. Todo Shakespeare puede ser reconstituído con autores que le precedieron, para

quien sólo atienda á los argumentos de sus obras; y en cuanto á la originalidad literal, dos mil entre seis mil versos suyos son remedos ó reminiscencias; pero no es sino Shakespeare quien, con ese material ya empleado, impone á la admiración eterna de los hombres *Romeo y Julieta, Hamlet, Macbeth, Otelo*.

Y hemos de ver más adelante que cuando se trata de la iniciativa de revoluciones morales, las *ideas*—en cuanto este nombre designa la simple noción intelectual—son, no menos que en el arte, elemento secundario, y la personalidad *viviente* del reformador, la personalidad que siente y obra, es casi todo. Las ideas que el análisis puede disociar en la doctrina de Jesús se hallaban en la ley mosaica, en los profetas, en el *Eclesiástico*, en Hillel, en Antígono de Soco, en Filón, en el Bautista; pero sólo Jesús, sólo su fuerza sublime de personalidad obtiene de esos elementos flotantes, dispersos ó inactivos, esta síntesis soberana: la moral y la religión de veinte siglos, el porvenir del mundo, la regeneración de la Humanidad.

Toda argucia fracasa ante la sencillez formidable de este hecho: cualquiera otro hombre á que quisiera vincularse la gloria de la caridad, entre los que hemos citado, sólo tendrá tras sí ó el olvido ó una fama sin calor ni trascendencia activa en la realidad de lo presente, y el nombre de Jesús es, y seguirá siendo, durante un porvenir cuyo límite no se columbra, el núcleo del proselitismo más fervoroso, más expansivo y más avasallador de que haya ejemplo en la memoria de los hombres.

IV

Empezaremos hoy agradeciendo al doctor Díaz que nos proporcione ocasión de respirar por una hora el aire que circula entre los mármoles de la Acrópolis y sacude las ramas de los olivos de Minerva. Siempre es grata esa peregrinación á que nos invita. De aquella parte vino lo más noble de nuestro patrimonio intelectual: ciencia, arte, investigación metódica, sentido de lo bello. ¿Vino también de allí un ideal de amor caritativo que, excediendo de la extensión de la ciudad y de la raza, y trascendiendo de la esfera del pensamiento abstracto al sentimiento y á la acción, volviese vana la enseñanza del Redentor del mundo?

Examinemos la nueva provisión de citas de nuestro estimable replicante. Procede descartar, desde luego, la que se refiere (de modo general y sin abonarse concretamente la oportunidad de la cita) á las sentencias que en las epopeyas de Homero y los poemas de Hesíodo reflejan las ideas de conducta que gobernaban el espíritu de aquellas sociedades en tiempos primitivos y semibárbaros, caracterizando un sentido moral que fuera absurdo parangonar con el que orienta la marcha de nuestra civilización (1). La moral de Pitágoras,

(1) El espíritu de la moral anterior á la filosofía puede concretarse de esta manera: «El bien para el amigo; el mal para el enemigo.» La venganza era *el placer de los dioses*. Esta noción espúrea de justicia suele reaparecer, aun en la plenitud de la cultura griega, en los filósofos y en los poetas. Véase, por ejemplo, en Esquilo, la contestación de Prometeo al coro

si señala un nivel más alto, no pasa de especulación filosófica á ley de conducta, sino en la forma de organización clausurada y conventual, necesariamente efímera en un pueblo á cuyas más íntimas condiciones repugnaba, y que pronto prefirió volverse á atender del lado de los sofistas el juego vano, pero alegre y audaz, de las ironías dialécticas. Más sentido y substancia hay, sin duda, en el recuerdo de Sócrates, por quien un ideal superior al recibido de la tradición aparece al aire libre de la propaganda.

Nadie puede negarse á reconocer en la esencia de la doctrina de Sócrates elementos comunes con los que imprimieron carácter á la revolución moral del cristianismo—*Sancte Socrate ora pro nobis*, rezaba el viejo Erasmo—. Emancipando la moral de la tradición y la costumbre, para fundarla sobre la íntima potestad de la conciencia, Sócrates anticipaba en cierto modo la reivindicación cristiana de «el espíritu y la verdad», antepuestos á la autoridad tradicional de la ley. Oponiendo al egoísmo receloso de la *ciudad* antigua aquel vislumbre de sentimiento humanitario que inspira las palabras que nos ha transmitido Cicerón: «No soy de Atenas: soy del mundo», anunciaba el sentido de cosmopolitismo con el que los estoicos prepararían el escenario del Imperio romano á la propaganda de la idea cristiana. Sellando su amor de la verdad con la resolución del sacrificio, daba el ejem-

---

que le exhorta á cejar (*Prometeo encadenado*, verso 970). Si la caridad tiene, desde los primeros tiempos de Grecia, un lejano anuncio en las costumbres, éste es la *hospitalidad:* el agasajo del caminante y el extranjero, hecho en obsequio de Júpiter Hospitalario, con el candor patriarcal cuya poesía embalsama la encantadora fábula de *Filemón y Baucis*, reproducida por Ovidio (*Metamorfosis*, lib. VIII).

plo del testimonio sublime de los mártires, de que el cristianismo recibiría su prestigio y su fuerza.

Pero si injusto sería desconocer la gloria de estos precedentes, aún más injusto sería exaltarla hasta el punto de anular por ella la originalidad de Jesús. Desde luego—y esto bastaría á nuestro propósito—, lo que entendemos por caridad no tiene marco que ocupar en la doctrina socrática. El sentido cristiano de la caridad es el bien practicado sin condiciones, aun á cambio del mal recibido, y aun con la presunción de la ingratitud del mal. Y la moral de Sócrates nunca pasó de la noción de justicia que se define activamente por la retribución del bien con el bien, y que frente al mal sólo prescribe la actitud negativa de no retribuirlo con el mal. No es, en lo que tiene de activo, mas que la relación armoniosa que el maravilloso instinto plástico de la fábula griega había personificado en las tres Gracias, la que concede el beneficio, la que lo recibe y la que lo devuelve. Las Gracias formaban un grupo inseparable, y la tercera nunca quedó aparte de las otras.

Esta consideración sería suficiente—insisto en ello—para eliminar la oportunidad de la cita; pero aun cuando se concediera que la enseñanza recogida por Jenofonte y por Platón entrañase una moral tan alta como la que se propagó desde las márgenes del Genezaret, siempre quedaría subsistente la diferencia esencialísima que se refiere á la eficacia y la extensión de ambas iniciativas morales. Por más que Sócrates predicase en la plaza pública y hablara al pueblo en el lenguaje del pueblo, su forma nacía destinada á no prevalecer sino en las altas regiones del espíritu. Su ley moral partía de la eficiencia del conocimiento, de la necesidad de la sabiduría como inspiración de la

conducta, y esta concepción aristocrática, que limitaba forzosamente la virtud á un tesoro de almas escogidas, llevaba en sí misma la imposibilidad de popularizarse y universalizarse. De Sócrates no hubiera podido surgir jamás, para la transformación del mundo, una pasión ferviente ni un proselitismo conquistador.

Instituyó, sí, una orientación filosófica perdurable, un fundamento racional y metódico, que perseveró en las construcciones de la ciencia helénica, y que en la relación de la moral produjo ideas que en Platón y sus discípulos se elevan á menudo á una alta noción de la solidaridad humana y á conceptos no distantes de la caridad, desenvolviendo esa teoría de amor que había de ser el más eficaz elemento que hallaría el cristianismo naciente para asimilarse y apropiarse la obra de la filosofía. Pero nunca esta moral trasciende del ambiente de la escuela y se levanta en llama capaz de inflamar y arrebatar las almas, determinando una revolución que modifique los moldes de la realidad social y convierta sus principios en sentido común de los hombres. Nada era menos conciliable con la íntima serenidad del genio griego que el instinto de la propaganda moral apasionada y simpática, de donde nacen los grandes movimientos de reforma social ó religiosa.

En el espíritu romano—tributario, como es bien sabido, del griego en todo lo que no surgió de su ruda y soberbia espontaneidad—, el hecho histórico es que la caridad no tiene, antes del auge del estoicismo, precedentes más intensos ni extensos, en la teoría ni en la conducta, que los que cabe hallarle dentro de Grecia, á pesar de los conceptos puramente abstractos, sin fuerza de

propaganda y realización, que—como el *charitas generis humani* ciceroniano—puedan entresacarse para demostrar la oportunidad con que nuestro replicante haya procedido en sus citas de Cicerón, Horacio y Lucrecio. Y dejemos de lado la extravagancia de incluir al liviano y gracioso espíritu de Horacio, sólo porque haya hablado alguna vez de austeridad y de virtud entre los educadores y propagandistas morales, que es como si á alguien se le ocurriera retratar á lord Byron con el uniforme del «Ejército de Salvación»...

Llegan las vísperas de la regeneración del mundo. La filosofía clásica parece aspirar, en aquella espectativa inconsciente, á un sentido más activo y revolucionario que la convierta en fuerza de sociabilidad y en inspiración de la voluntad individual, y sobre el desborde de todas las abyecciones y todas las concupiscencias, se propaga la moral á que el conferenciante alude con los nombres de Epicteto, Séneca y Lucano: se propaga la moral del estoicismo, por quien la escuela adquiere ciertos visos de religión; por quien el convencimiento asume ciertos caracteres de fe; por quien la razón teórica tiende á infundirse y encarnarse en la eficiente realidad de la vida. El estoicismo trajo como fermento de su moral la idea más alta que se hubiera profesado nunca de la igualdad de los hombres, lo mismo en la relación del ciudadano al extranjero que en la del señor al esclavo: preconizó la dignidad del dolor; exaltó la aprobación de la conciencia sobre los halagos del mundo, y produjo su magnífica flor de grandeza humana en el alma perfecta de Marco Aurelio. ¿Con qué conquista positiva, con qué adelanto tangible en la práctica de la benevolencia y la beneficencia, contribuyó, entretanto, el

estoicismo al advenimiento de la caridad?... Tal vez con algún alivio en la suerte del esclavo cuando el señor era estoico; tal vez con algún influjo en las modificaciones de la legislación para mitigar las diferencias sociales; pero ningún resultado práctico nació del estoicismo que, ni remotamente, se hallara en proporción con la teoría ni prometiese en él la aptitud de realizarla por sus fuerzas. Faltaban á aquella última y suprema fórmula de la moral pagana el jugo de amor y la energía comunicativa, y su virtud apática, su *deber* de abstención y resistencia, capaces de suscitar dechados de austeridad individual, pero ineptos para remover el fondo de la conciencia común y arrancar de ella el ímpetu de una reforma, permanecían con la inmovilidad del mármol ante el espectáculo de aquel orden moral que se disolvía y de aquel mundo que se desmoronaba. Después, como antes de los estoicos, el pueblo no tuvo norma que seguir del lado de la filosofía: en el espíritu del pueblo la filosofía había destruído y no había edificado, y la corrosión del escepticismo, que apresuraba la fuga de los dioses, no se reparaba con ninguna afirmación que viniese á llenar el vacío de las conciencias sin gobierno y á retemplar la fibra enervada de los corazones.

Esto es todo cuanto el mundo clásico ofrece como precedentes del sentimiento cristiano de la caridad. La dominación espiritual de Grecia dió á la unidad romana el resplandor de las ideas, la selección de las costumbres, el timón del criterio, la aguja magnética del gusto; pero no le dió la regeneración moral. Encarézcanse en buen hora los elementos con que el espíritu de Grecia contribuyó á desenvolver y dejar constituído en organismo cabal y poderoso el germen de la idea cris-

tiana, desde que este germen tomó vuelo hacia Occidente. Váyase aún más allá, y señálese en la excitación que concurrió á fomentarlo y madurarlo dentro de su propio terruño la parte que quepa atribuir á las influencias helénicas que hubieren alcanzado á penetrar en el ambiente de Judea por medio de los prosélitos paganos, y si se quiere, de la misma escuela helenizante de Egipto. Todo lo que se diga no alterará la verdad de que la célula central, el germen precioso, donde está la fuerza de vida sin cuya virtud la más pingüe tierra nunca dará de sí un tallo de hierba, vino de otra parte y no tenía en el espíritu de la civilización grecorromana cosa capaz de sustituirlo.

No he de ser yo quien propenda á amenguar la autoridad con que Grecia preside en lo más bello y más sólido de nuestro pensamiento. Aquel pueblo único produjo para la Humanidad su obra cien veces gloriosa, y ella dura y durará por los siglos de los siglos. Sin la persistencia de esta obra, el cristianismo sería un veneno que consumiría hasta el último vestigio de civilización. Las esencias más salutíferas, los específicos más nobles, son terribles venenos tomados sin medida ni atenuante. Es una gota de ellos lo que salva, pero no por ser una gota deja de ser la parte esencial en la preparación con que se les administra. Lo que en la redoma del farmacéutico da el olor aromático, el color, la eficacia medicinal, la virtud tónica, es, á menudo, una gota diluída en muchas partes de agua. El agua fresca y preciosísima, el agua pura de la Verdad y la Naturaleza, es lo que Grecia ha suministrado al espíritu de nuestra civilización. Agradezcamos esta agua, pero no desconozcamos por eso la gota de quinta esencia que

la embalsama, y le da virtud de curar, y la guarda de que se corrompa.

Ambos principios han llegado á conciliarse, más ó menos armoniosamente, en la complexidad de nuestro espíritu, en nuestro sentimiento de la vida; pero en cuanto á su origen, ni pudieron brotar juntos, ni era dable que se lograsen sino á condición de crecer en medios diferentes, adecuados á las respectivas leyes de su desarrollo. La obra de Grecia no sólo arraigó en la conciencia humana el sentimiento de la caridad, sino que implícitamente lo excluía. Cada civilización, cada raza, consideradas como factor histórico, son un organismo cuyas fuerzas convergen necesariamente á un resultado que, por naturaleza, excluye la posibilidad de otros bienes y excelencias que aquellos que están virtualmente contenidos en el principio de su desenvolvimiento. No se corona el rosal con las pomas del manzano; no tiene el ave de presa el instinto de la voz melodiosa, ni á las razas que recibieron el don del sentimiento estético y la invención artística fué concedida la exaltación propagadora en materia de moral y de fe. La obra de Grecia era el cultivo de la perfección plástica y serena: la formación de la criatura humana noble, fuerte, armoniosa, rica de facultades y potencias, para expandirse, con la alegría de vivir, en el ambiente luminoso del mundo; y en la prosecución de esta obra, el débil quedaba olvidado, el triste quedaba excluído, la caridad no tenía sentido atendible ni parte que desempeñar. Donde la libertad, no acompañada por un vivo sentimiento de la solidaridad humana, es la norma suprema, el egoísmo será siempre la sombra inevitable del cuadro. La compasión, nunca muy tierna y abnegada, ni aun entre los vinculados por los lazos

de la ciudadanía, tocaba su límite en la sombra donde habitaban el esclavo y el bárbaro.

Un día se presentó en el Areópago de Atenas un judío desgarbado y humilde, que hablaba, con palabras balbucientes, de un dios desconocido, de una ley ignorada, de una era nueva... Su argumentar inhábil hizo sonreir á los filósofos y los retores, iniciados en los secretos de la diosa que comunica los dones de la razón serena y de la irresistible persuasión. El extranjero pasó; ellos quedaron junto á sus mármoles sagrados, y nadie hubiera podido hacerles comprender entonces por qué, con la dirección moral de su sabiduría, el mundo se había rendido á la parálisis que le mantenía agarrotado bajo la planta de los Césares, y por qué Pablo de Tarsos, el judío de la dialéctica torcida y la palabra torpe, llevaba consigo el secreto de la regeneración del mundo.

La personalidad en los reformadores morales

Hemos examinado una por una las pruebas históricas que se nos oponían, y hemos demostrado la inoportunidad de todas ellas, ya por referirse á influencias que no alcanzan el ambiente de nuestra civilización, ya por aludir á sistemas morales inferiores á la idea cristiana del deber ó que carecieron de aptitud de proselitismo y realización. Todo cuanto puede concederse es que preexistiera, en las fórmulas de la moral pagana, el *concepto intelectual* de la caridad, de manera más ó menos

aproximada á la extensión humanitaria y á la categoría moral de deber imperativo que dió á aquel concepto la doctrina cristiana. Y ahora, ¿por qué los que, dentro del paganismo ó dentro de las tendencias más ó menos divergentes de la sinagoga, llegaron intelectualmente al principio del amor caritativo no dejaron tras sí mas que indiferencia ó ecos vanos y estériles, y sólo Jesús produjo la revolución moral que le da derecho imprescriptible á la posesión y á la gloria del principio?

Porque una cosa es formular ideas y otra muy distinta sugerir y propagar sentimientos.

Porque una cosa es exponer la verdad y otra muy distinta entrañarla en la conciencia de los hombres de modo que tome forma real y activa.

Lo primero es suficiente en los descubrimientos é invenciones de la ciencia; lo segundo es lo difícil y precioso y lo que determina la calidad de fundador en los dominios de la invención moral.

Las revoluciones morales no son obra de *cultura*, sino de *educación* humana; no se satisfacen con revelar una idea y propagarla, sino que tienen como condición esencialísima suscitar un entusiasmo, una pasión, una fe, que, cundiendo en el contagio psíquico de la simpatía y manteniéndose triunfalmente en el tiempo, concluya por fijarse y consolidarse en hábitos y renueve así la fisonomía moral de las generaciones.

El mecanismo de la psicología colectiva no es diferente del de la psicología individual; y en la una como en la otra, para que la idea modifique el complexo viviente de la personalidad y se haga carne en la acción, ha menester trascender el sentimiento, infalible resorte de la voluntad, sin cuyo calor y cuya fuerza la idea quedará aislada é inactiva en la mente, por muy clara que se haya

percibido su verdad y por muy hondo que se haya penetrado en su lógica.

Los grandes reformadores morales son creadores de sentimientos, y no divulgadores de ideas.

La moral de Séneca el estoico se levanta casi tan alta como la del Evangelio, pero Séneca no sólo dejó inmóvil é indiferente el ánimo de sus contemporáneos, sino que su moral, falta del calor que se une á la luz intelectual de la convicción para refundir el carácter, no impidió que la conducta del propio Séneca siguiese el declive del egoísmo abyecto de su tiempo. Era la suya «moral muerta», como diría Ribot.

¿Cuál es, entonces, la condición necesaria para inflamar ese fuego del sentimiento con que se forjan las revoluciones morales? Ante todo, que el reformador empiece por transformar en sí mismo la idea en sentimiento; que se apasione y exalte por su idea con la pasión que arrastra las persecuciones y el martirio, y además que demuestre la constancia de este amor por medio de sus actos, haciendo de su vida la imagen animada, el arquetipo viviente de su palabra y su doctrina. El verdadero *inventor* de una idea en el mundo moral es, pues, el que primero la transforma en sentimiento propio y la realiza en su conducta.

Pero aún no son suficientes esas dos condiciones para que la iniciativa del apóstol alcance la virtualidad que la convierte en substancia de los hechos históricos, ya que puede el apóstol apasionarse por su idea, y rendirle la vida en holocausto, y haberla hecho carne en su conducta, y á pesar de ello no dejar en torno de su nombre mas que silencio y soledad, sino que la palabra y los actos del reformador han de tener la virtud comunicativa, el irresistible poder de sugestión, el don sim-

pático que solemos llamar *prestigio*, y que hace que, dejando de ser aquellos actos una excepción individual, se difundan por la imitación y el ejemplo, de donde concluiremos definitivamente que el verdadero inventor de una idea, con relación al mundo moral, es el que la transforma en sentimiento, la realiza en conducta y la propaga en ejemplo.

Considerada á esta luz, la personalidad del fundador del cristianismo asume, con preeminencia incontestable, la representación del ideal moral que selló con su martirio. Es por él por quien la caridad desciende de la región de las ideas y se convierte en sentimiento universal y perdurable; por él por quien inflama los corazones para traducirse persistentemente en acción, y reserva un lugar en el organismo de la ciudad para el hospital, el asilo, el refugio de ancianos, la casa de huérfanos. Apreciando de esta manera la magnitud de su obra, es como se tendrá la medida de su originalidad sublime.

No fué otra la originalidad de Buda en su medio. Cuanto hay de teórico y doctrinario en su enseñanza preexistía, y era el fondo de los libros sankias y vedantas; pero por él se transformó en sistema activo, en revolución social, en proselitismo religioso.

Concretaremos de manera más simple y breve lo que va expresado si decimos que lo que importa en el origen de las revoluciones morales es, ante todo, la personalidad real y viva del reformador: su personalidad, y no abstractamente su doctrina.

El don de atraer las almas que infundió la palabra de Jesús en el núcleo humilde de sus primeros adeptos, hasta el punto de darles, con esta

vocación propagandista, la fuerza necesaria para resistir el peso de un imperio y una ciencia hostiles, como la burbuja de aire que, por su fuerza infinita de expansión, equilibra el peso de la columna atmosférica; esta eficacia misteriosa y nunca igualada, no venía directamente de la doctrina del Maestro, sino, ante todo, de la maravillosa sugestión de su personalidad, de la impresión imborrable y fascinadora que dejó en el espíritu de su pobre cohorte, de la *locura de amor* que supo inflamar en torno suyo.

Este era el talismán incontrastable que aquel grupo de hombres sin malicia llevaba consigo. La personalidad del Maestro, viva en su memoria y en su corazón; la doctrina, propagada en alas de ese recuerdo fervoroso, de esa onda magnética de sugestión persistente: tal es el secreto de aquel triunfo único en lo humano: de esta manera fué regenerado el mundo.

No tendrá clara idea de la psicología de las revoluciones morales el que no conceda todo el valor que deba atribuirse á este factor importantísimo de la *personalidad.*

Sócrates mismo—con no haber sido un fundador moral en el sentido de Jesús ó de Buda—debió la mayor parte de su influencia real, no tanto á la profesión de una doctrina determinada y concreta—puesto que fué mucho más lo que sugirió que lo que significó y concretó—, cuanto á la atracción que supo ejercer en torno suyo, á la persistencia que acertó á infundir en la impresión causada en el ánimo de los que le rodeaban, por la sugestión de su palabra y el modelo de su vida.

Hay dentro mismo del escenario de los orígenes cristianos un interesante ejemplo de lo que

decimos. El influjo de la personalidad del fundador es hecho tan esencial, que un hombre del genio y la asimilación intuitiva de San Pablo nunca logró compensar del todo la inferioridad en que quedó, en muchos respectos, para con los candorosos discípulos de Galilea, con no haber vivido como ellos en compañía del Maestro; con no haber presenciado por sus propios ojos las escenas de la Pasión; con no haber escuchado por sus propios oídos el Sermón de la Montaña... Bien se echa de ver en San Pablo, á pesar de toda su grandeza, que no estuvo nunca al lado de Jesús.

Y este valor de la personalidad de los reformadores, independientemente de lo que hay de concreto en su doctrina, adquiere singular oportunidad é importancia cuando se trata de evitar el riesgo de juzgarles con lamentable insuficiencia y estrechez, al apreciar los quilates de su originalidad y la eficacia de su influjo.

La personalidad del genio es un elemento irreductible y necesario en la misteriosa alquimia de la Historia. Hay algo de inexacto, pero hay mucho de verdadero, en la teoría de *los héroes* de Carlyle. La fatalidad de las fuerzas naturales; la acumulación de las pequeñas causas; la obra obscura de los trabajadores anónimos; la acción inconsciente de los instintos colectivos, no incluyen el dinamismo peculiar de la personalidad genial, como factor insustituíble en ciertos momentos y para ciertos impulsos; factor que puede ser traído, si se quiere, por la corriente de los otros; fuerza que puede no ser sino una manifestación ó concreción superior de aquellas mismas fuerzas, tomando conciencia de sí, acelerando su ritmo y concentrando su energía; pero que, de cualquier modo que se la interprete, responde á una nece-

sidad siempre renovada y tiene significado sustantivo (1).

No se explican los impulsos enérgicos de innovación que responden á una norma ideal orgánica sin la conciencia de un grande hombre; no se explica el origen de la caridad cristiana sin el corazón y la voluntad de un Jesús. Por eso, los que se empeñan en desconocer la realidad histórica de esta sublime figura, los que niegan la existencia personal de Jesús, no reparan en que su tesis, huyendo de aceptar lo que llaman el milagro de una personalidad tan grande, incide en la suposición

---

(1) Nadie que siga con algún interés el desenvolvimiento de la filosofía de la Historia desconoce que el problema del valor relativo de la conciencia genial y de la acción inconsciente de la masa es uno de los que con más animación y persistencia se han discutido y discuten. El influjo de Nietzsche, la nueva propagación de las doctrinas de Carlyle y de Emerson y otras influencias han determinado en los últimos tiempos una reacción contraria á la excesiva importancia que se concedió á la acción de la muchedumbre y favorable al papel histórico del genio. Pero lo que importa hacer notar, sobre todo, es que ninguna tesis autorizada ni duradera llegó nunca á la afirmación de uno solo de ambos factores y á la negación del otro, sino que todas ellas aceptan, aunque en diversa proporción y según diferentes relaciones, la necesidad complementaria de ambos. Véase, por ejemplo, cómo el individualismo histórico de Hégel no sólo no significa negar el valor de la obra común, sino que implícitamente lo afirma, hasta el punto de que, según se considere su tesis, ya lleva á la deificación de los hombres providenciales, ya conduce á la idea de la pasividad del grande hombre, convertido en dócil instrumento, que no hace sino continuar y terminar la obra de todos, y esto mismo sólo porque el azar le coloca en el punto y hora en que ella ha de terminarse. (Hégel, *Filosofía del Derecho,* prefacio.) Y para ejemplo de la posición contraria, nótese cómo Le Bon, sostenedor de la preponderante eficacia de las multitudes, encarece la necesidad de la dirección individual que las polarice y oriente. (Le Bon, *Psicología de las muchedumbres,* lib. II, cap. III.)

de un milagro mayor: el de una obra tan grande realizada por personalidades relativamente tan pequeñas como las que quedan en el medio desde el cual se propaga el cristianismo, si se elimina la personalidad del fundador (1).

---

(1) Esta referencia á la tesis que niega la existencia personal de Jesús es oportuna, porque, á lo que parece, ella ha ganado algún auge en nuestro ambiente, á favor de la divulgación de cierto libro escrito en italiano por el señor Emilio Bossi y traducido á nuestro idioma en volumen de la Biblioteca Contemporánea de Granada y Ponzinibbio, libro que está en todas las manos y explota la común afición hacia los ruidos que se tienen por nuevos, aunque se hallen muy lejos de serlo; libro iliterario por la forma y vulgarísimo en el fondo, donde la conocida tesis de Ganneval—y hasta cierto punto, de Havet—se rebaja á la entonación de esa *propaganda* efectista y batallona que es en sí misma un prejuicio inconciliable con la indagación histórica de la verdad.

Esa obra, profanación de fuentes muy dignas á menudo de estudio y de respeto, no merecería la menor atención si no entrañase el género de importancia común á todos estos libros escritos *ad captandum vulgus*, que llevan en su propia inferioridad la condición triunfal de su difusión y su influencia. El autor empieza por declarar ingenuamente en su prólogo que él no entiende mucho de estas cosas... á pesar de lo cual invade y resuelve, con admirable intrepidez, las más altas y delicadas cuestiones de historia, exégesis y mitología. Fundándose principalmente en el *Origen de los cultos*, de Dupuis, dedica el señor Bossi la tercera parte de su libro á asimilar la idea de Jesús con los mitos del paganismo y las religiones orientales; allí se saca filo al fecundísimo argumento basado en las analogías de nombres *(Xristos* y *Xresto—Cristo* y *Cristma—Jez eus* y *Jesús)*. Allí se desarrolla, en sugestivos paralelos, la identidad palmaria y decisiva de los más salientes rasgos atribuídos á la personalidad y la vida de Jesús con los más salientes rasgos de la historia ó la leyenda de Buda, y de las leyendas de Mitra, de Serapis, de Dionisios, de Adonis... No entra en la oportunidad ni en los límites de esta alusión incidental el comentario—ciertamente tentador—de tan altos portentos de mitología comparada. Sabido es, por otra parte, que este sufrido tema de los paralelos constituye, por excelencia, el *burgo libre* de la fantasía en los dominios de la espe-

Exclúyanse, si se quiere—por legendarias ó dudosas—, de la vida de Jesús toda determinación biográfica, toda circunstancia concreta: el nacimiento en Belén ó en Nazaret, la visita al Bautista, el grupo de pescadores, la crucificación en el

---

culación histórica. Recordamos haber leído, hace tiempo, una curiosa página, muy espiritualmente urdida, donde, sin ánimo de convencer á nadie, y si sólo por alarde de ingenio, se *demostraba* la tesis de la irrealidad legendaria de Napoleón, convertido en una paligenesia del mito griego de Apolo, con su significado solar (como el que atribuyen estos sutiles exégetas á Cristo), y con las hazañas heroicas del dios, desenvolviéndose el paralelo á favor de semejanzas y coincidencias que hubieran resultado verdaderamente impresionantes á tratarse de una personalidad algo remota y de historia no muy precisa, sin excusarse entre tales relaciones las del oportuno cortejo de los nombres *(Napoleón y Apollón.)*

Mucha más seriedad implican los conocidos argumentos que se fundan en lo insuficiente y vago de las fuentes históricas de que disponemos relativas á la persona de Jesús: sea por lo indirecto de las noticias, sea por la autenticidad insegura, sea por la mezcla del elemento milagroso y sobrenatural, sea, en fin, por las discordancias de los cuatro Evangelios. Pero ya se indica en el texto el límite á que alcanza esta argumentación y cómo ella no llegará nunca á destruir lo único que en definitiva importa: la infinita probabilidad de la existencia de un fundador personal y la noción fundamental de su carácter, del modo como surge impuesta por el espíritu que infundió en quienes le siguieron y heredaron.

De la manera como está escrito el precioso libro del señor Bossi dará idea la pintoresca acumulación de adjetivos con que se empenacha el siguiente fin de párrafo: «...el cristianismo intolerante, inmovilista, teocrático, iliberal, reaccionario, místico, ascético y visionario.» Las inculpaciones contra la moral evangélica asumen rasgos cómicos en la página 124: «Se hace mantener por las mujeres de los demás.» «Se rodea de gente hambrienta.» «Manda á los apóstoles que no saluden á nadie.» El señor Bossi termina su libro con una invocación patética, para que la Humanidad, subyugada por la irresistible persuasión de su palabra, se regocije de haberse librado de la pesadilla de creer en la existencia personal de Jesús, rémora de todos sus adelantos y obstáculo de todas sus aspiraciones generosas.

Calvario... y siempre quedará subsistente la necesidad psicológica de la existencia de la *personalidad* capaz de haber dado el impulso genial, la forma orgánica de los elementos que compusieron la doctrina é inflamado el fuego del proselitismo. Y siempre subsistirá además la noción fundamental del carácter de esa personalidad, testimoniado por la índole de su obra, de su creación, de su ejemplo, tal como éste toma formas vivas en los actos de sus discípulos y en la moral que prácticamente instituyeron. Aseguradas la existencia personal y la sublimidad del carácter, todo lo demás es secundario. Para la justicia de la glorificación hay bastante con ello. La imagen que con más ó menos probabilidades de exactitud plástica recuerda esa existencia personal, lleva en sí títulos sobrados á perdurar en la veneración de la posteridad. Si no es efigie, es símbolo... Si no es retrato, es figuración legitimada por el amor de cien generaciones.

Una vez más: las ideas, como agentes morales, sólo cobran eficacia en el caliente regazo del corazón y la voluntad humanos, y el corazón y la voluntad han de empezar por tomar formas personales en el carácter vivo de un hombre, de un apóstol, de un iniciador, para que, instituído con el modelo el ejemplo, se propague á la personalidad de los otros.

Y esto nos lleva como de la mano á examinar lo que haya de substancia en ese aparatoso concepto de *caridad científica* que caracteriza y expone nuestro replicante para coronar los argumentos históricos de su conferencia, y con el cual se pretende fundar la desvinculación entre la caridad que hoy se profesa y practica y el legado inmortal del mártir del Calvario.

El sofisma de la «caridad científica»

Cualquiera que sea el fundamento que, según las distintas concepciones morales, se reconozca para la idea de la caridad como deber humano, y ya se le dé por origen un dogma religioso, ya una ética espiritualista ó un criterio de utilitarismo, esa idea ha de pasar, de todos modos, á ser sentimiento y voluntad, si aspira á convertirse en realidad psicológica y social persistente. Sentado esto, examinaremos si es posible rechazar, en nombre de determinada teoría del deber caritativo, la solidaridad con la obra de Jesús.

No sería necesario un análisis prolijo para encontrar, en la idea de la caridad, que surge *ad litteram* de la enseñanza evangélica, mucho que rectificar, mucho que circunscribir, y por lo tanto, reales diferencias que la separan del concepto de aquella virtud á que se alude cuando se habla de una caridad que tiene por norma la utilidad común y lleva impreso el sello de la ciencia. Como nacida de la exaltación inspirada y absoluta, que es, por naturaleza de las cosas, el involucro ígneo de todas las grandes ideas que nacen—á la manera del planeta envuelto en fuego antes de consolidar su corteza—, la idea de la caridad surgió del espíritu de su autor ardiendo en llamas que excluían la posibilidad de toda consideración relativa. Su concepción del bienhacer era el sacrificio de sí mismo, sin límites ni diferencias. La pobreza no sólo aparecía á sus ojos como objeto de

simpatía y de piedad, sino como supremo objeto de deseo y como la única condición conciliable con la práctica de la virtud. Quien no lo diera todo, no podía entrar en el número de los discípulos ni en el reino de los cielos. En el mendigo se glorificaba la imagen viva de la santidad. La norma de organización social era el comunismo ebionita, tal cual se realizó, con paradisíaco encanto, pero tan efímeramente como todas las organizaciones comunistas, en la primera sociedad cristiana de Jerusalén.

¿Dejará por eso Jesús de ser el fundador humano de la caridad? ¿Dejará de pertenecerle la revelación del sentimiento, la iniciativa del ejemplo eficaz? ¿Se ha suscitado otro principio por ministerio de la ciencia? ¿Convergen las corrientes del mundo moral á otro polo?

Sería necesario confundir lamentablemente los términos para atribuir ese carácter á las conquistas de la sabiduría. La ciencia no ha sustituído un principio á otro principio. La caridad que se dispensa en nuestros hospitales no es otra que la que fué enseñada en la parábola de Lázaro el mendigo y en la del lisiado del camino de Jericó. El signo veinte veces secular permanece en lo alto. Lo que la ciencia ha hecho es depurar el concepto, encauzar el sentimiento, organizar la práctica, asegurar los resultados. Y así, en las sucesivas manifestaciones de esta obra, encontrará la ciencia, para el ejercicio de la caridad, otros fundamentos y otras razones que los que sólo nacen de la igualdad fraternal en el seno de un amoroso Padre; reivindicará, contra la negación absoluta de la propia personalidad, el principio del libre y armonioso desenvolvimiento de todas nuestras facultades capaces de perfección; completará la armonía de los

efectos altruístas con el amor de sí mismo, que es el necesario antecedente de aquellos efectos y su límite copartícipe en el dominio de la obligación moral; demostrará que la caridad practicada sin discernimiento es una influencia desmoralizadora, que el sacrificio inconsulto de los buenos no tendría más resultado que el triunfo y la supervivencia de los malos; enseñará á proporcionar la caridad á su objeto; establecerá para su práctica diferencias, limitaciones, prevenciones, y llegará, finalmente, á asegurar la fructuosidad del beneficio, lo proficuo de la protección, la eficacia del remedio, con todos los recursos que el estudio paciente de la Naturaleza pone á disposición de los maravillosos instrumentos de la inteligencia humana.

Pero la piedra angular del edificio, el impulso, el estímulo de la obra, no han surgido de las investigaciones de la ciencia, sino que estaban en el núcleo de nuestra civilización; y el origen inconcuso de este principio esencial de nuestra civilización es el sentimiento propagado y sostenido por el ejemplo del Fundador en la vida de cien generaciones, en virtud de la fuerza moral de *imitación* que reproduce una creencia, un amor, un ideal de carácter, al través del espacio y del tiempo, como la imitación inorgánica propaga la forma de una onda en el movimiento ondulatorio, y como la imitación biológica propaga un tipo individual en la reproducción de las especies.

Y ese sentimiento es y será siempre lo fundamental, lo que impulsa á la obra, lo que determina la acción, lo que mantiene vivo el fuego de la voluntad benéfica, por muchas que sean las modificaciones que el saber y la prudencia instituyan en cuanto á la manera de dirigirlo y aplicarlo.

Valgámonos de un ejemplo sugestivo. La experiencia y la ciencia de la política han depurado, en el siglo transcurrido desde la Revolución, que es génesis de la sociedad moderna, el concepto de la democracia y la república; lo han adaptado á una noción más justa del derecho, á un sentido más claro de las condiciones de la realidad, y nuestra idea de la una y de la otra es hoy muy distinta de la que profesaron y ensayaron los hombres del 89. Pero cuando queremos glorificar supremamente aquellas fórmulas de nuestra fe política, es á los hombres del 89 á quienes rememoramos y glorificamos, y son sus fechas históricas las que están universalmente consagradas para el festejo de la libertad; porque, cualesquiera que sean las deformaciones con que las interpretaron, ellos dieron á tales fórmulas el magnetismo, la pasión que las impuso al mundo: magnetismo y pasión sin los cuales no hubieran pasado nunca de entidades abstractas; magnetismo y pasión que jamás hubieran dado de sí las especulaciones severas de los constitucionalistas, el cálculo habilidoso de los hombres de Estado, capaces de rectificar y corregir, de completar la obra con toques prudentes y oportunos, pero incapaces de encender, como el apóstol, como el mártir, como el héroe, el fuego que arrebata los corazones y las voluntades y renueva el mundo por misteriosa transfiguración.

¿Acaso, para que la gloria de una iniciativa persevere vinculada á un hombre, á una personalidad, á un hecho histórico, ha de ser necesario que la Humanidad quede inmovilizada después de ellos, sin revisar su legado ni complementar su obra?

En el arranque de las revoluciones morales, no

es un hombre de ciencia el que encontrará quien apele al testimonio de la Historia, sino un hombre ó una cooperación de hombres de simpatía y voluntad. No es un Erasmo, es un Lutero el que realiza una Reforma. Puede la ciencia anticipar la idea, pero ya queda dicho que si la *idea*, como quiere Fouillée, es una *fuerza*, lo debe sólo á sus concomitentes afectivos; y á su vez, si el sentimiento es el motor de las transformaciones morales, lo debe sólo á su absoluta potestad sobre los resortes de la acción.

Es de pésimo gusto esta invocación profética y solemne del nombre de la *ciencia* fuera de lugar y de tiempo: género de preocupación apenas tolerable en los coloquios famosos de la rebotica de Homais, con que Gustavo Flaubert levantó estas deformaciones caricaturescas de la ciencia en la picota de la sátira.

Ha de darse á la ciencia lo que es de la ciencia, y á la voluntad inspirada lo que pertenece á las inspiraciones de la voluntad.

El hornillo de Fausto producirá maravillosos resultados mientras se atenga á su esfera peculiar y propia; pero no engendrará mas que el *humunculus* mezquino cuando trate de remedar la obra creadora de la vida.

La confusión de tan conocidos límites se revela en su plenitud cuando indica el doctor Díaz la justicia de erigir junto al crucifijo, en caso de habérsele dejado subsistente, un retrato de Kant... ¿Qué he de pensar de esta idea novedosa? Sería una ridiculez pedantesca colgar la imagen de Kant de las paredes de los hospitales. Y en verdad que mal podía el ilustrado autor de la conferencia haber escogido nombre más apropiado que el de Kant para poner precisamente de relieve la incon-

sistencia de este género de contraposiciones, que se fundan en la identificación absurda de lo que no puede identificarse jamás: la obra del pensador con la obra del apóstol; la fórmula abstracta con la iniciativa creadora. Porque Kant personifica, por excelencia, la moral abstraída de todo jugo y calor de sentimiento; vale decir: privada de todo dinamismo eficaz, de toda fuerza propia de realización; y este sentido ofrece el medio de demostración más palpable que pueda apetecerse para patentizar la diferencia que va de la esfera de la ciencia pura á la esfera de la voluntad inspirada.

El moralista de Königsberg podría haber vivido tantos miles de años como los dioses de la mitología brahmánica y haber razonado y enseñado otros tantos en su cátedra de filosofía, admirando, según sus célebres palabras, «el espectáculo del cielo estrellado sobre su cabeza y el sentimiento del deber en el fondo de su corazón»; y podría haber hecho todo esto sin que su moral estoica conmoviese una sola fibra del corazón humano ni hiciera extenderse jamás una mano egoísta para un llamado de perdón ó para un acto de generosidad. En cambio, una palabra apasionada y un acto de ejemplo de Jesús ó de Buda, de Francisco de Asís ó de Lutero, de Mahoma ó de Bab, es una sugestión que convierte en dóciles sonámbulos á los hombres y los pueblos. «Aquel que ame á su padre ó á su madre más que á mí, no venga conmigo»: sólo el que tiene fuerza para decir esto é imponerlo es el que funda, es el que crea, es el que clava su garra de diamante en la roca viva de la naturaleza humana. ¿Cuándo adquiriría derecho el retrato de Kant para figurar frente á la imagen de Jesús en las salas de las casas de caridad? Cuando la moral de Kant hubiera desatado, como

la de Jesús, torrentes de amor, de entusiasmo y de heroísmo; cuando hubiera impulsado la voluntad de sus apóstoles á difundirse para la conquista del mundo y la voluntad de sus mártires á morir en la arena del Coliseo; cuando hubiera levantado las piedras para edificar hospicios y los corazones para el eterno *sursum corda* de una fe.

El ejemplo puede encontrarse sin salir de junto al fundador del cristianismo. Ese Filón, cuyo nombre citaba el doctor Díaz entre los de los precursores de la caridad cristiana, era lo que Jesús no fué nunca: hombre de ciencia, hombre de sabiduría reflexiva y metódica. Ajustó la tradición hebraica á los moldes del raciocinio griego, y su espíritu condensaba el ambiente de aquella Alejandría donde el saber occidental y el oriental juntaron en un foco sus luces. Y por obra de Filón, la ciencia planteó simultáneamente con las prédicas de Galilea su tentativa de legislación moral, para llegar á resultados teóricamente semejantes. ¿Cuál de ambas prevaleció, cuál de ambas dió fruto que aplacase el hambre de fe y esperanza del mundo? El nombre de Filón sólo existe para la erudición histórica, y Jesús gobierna, después de veinte siglos, millones de conciencias humanas.

Nada hay, por otra parte, en las conclusiones de la moderna indagación científica, que ni aun teóricamente menoscabe la persistencia de la obra de Jesús. Si alguna relación debe establecerse entre los resultados de la ciencia, en sus aplicaciones morales y sociales y los principios de la ley cristiana, no es ciertamente la de que los unos anulen ó sustituyan á los otros, sino, por el contrario, la relación gloriosísima para el fundamento histórico de nuestra civilización de que, buscando la ciencia una norma para la conducta

individual y una base para la sociedad de los hombres, no haya arribado á conclusiones diferentes de las que estaban consagradas en la profesión de fe con que se orientó la marcha de la Humanidad en el más brusco de los recodos de su senda.

Llámese al lazo social fraternidad, igualdad ó solidaridad; llámese al principio de desinterés caridad, filantropía ó altruísmo, la misma ley de amor se impone, confirmando como elementos esenciales de la sociabilidad humana, como *substratum* de todas las legislaciones durables, los viejos principios con que se ilumina en la infancia el despertar de nuestras conciencias: «Amaos los unos á los otros.» «No hagas á otro lo que no quieras que te hagan á ti.» «Perdona y se te perdonará.» «A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.» La ley moral adoptada en el punto de partida por iluminación del entusiasmo y de la fe, reaparece al final de la jornada, como la tierra firme en que se realizase la ilusión del miraje... ¿Quién no se arroba ante estas supremas armonías de las cosas que parecen más lejanas y discordes? Hay en la inspiración moral, como en la alta invención poética, un género de potencia adivinatoria; y lo característico, en uno como en otro caso, es anticipar por la síntesis alada de la intuición lo que se recompondrá, tras largos ordenados esfuerzos, con los datos menudos del análisis. Aun los extremos, aun los desbordes del sentimiento de la caridad, tal como su excelso autor quiso generalizarlos, y que constituirían un ideal de vida inconciliable con las condiciones de la sociedad actual, pueden considerarse como el sublime anticipo de un estado de alma cuya posibilidad vislumbran, en la sociedad de un porvenir muy remoto, las conjeturas de la ciencia; cuando la

evolución de los sentimientos humanos y la reducción correlativa del campo del dolor y de necesidad en que quepa hacer bien á los otros deje en los corazones un exceso libre de simpatía, determinándose así una emulación de desinterés y sacrificio que sustituya á la competencia, todavía brutal, de la ambición y el egoísmo (1).

No existe, pues, una caridad traída por revelación de la ciencia, que pueda oponerse, como entidad autónoma y substancialmente distinta, á la que hemos recibido de los brazos maternos de la tradición. La caridad es una sola; la caridad, como sentimiento, como voluntad, como hábito, como fuerza activa: la que levanta asilos, y recoge limosnas, y vela junto al lecho del dolor, no es sino una; y el fundador de esta caridad en la civilización que ha prevalecido en el mundo es Jesús de Nazaret; y la conciencia humana lo reconocerá y lo proclamará por los siglos de los siglos.

El signo

Pero aun dejando por encima la significación histórica del fundador del cristianismo, y aun cuando quede demostrado lo insoluble del lazo que le une á la idea de la caridad, la argumentación que se nos opone encuentra todavía punto en que estribar para desconocer el respeto que se debe á su imagen. El crucifijo—se arguye—no es

(1) Véase Spencer, *Fundamentos de la moral*, cap. XIV.

Jesús. El crucifijo tiene su significado propio independiente del mártir á quien en él se representa, y es en ese concepto en el que se le repudia y proscribe.

Negamos, desde luego, que cualquier otro simbolismo que quepa atribuir al crucifijo pueda prevalecer sobre el que intuitivamente surge de su sencilla apariencia. El signo histórico, el supremo símbolo del cristianismo, es y será siempre la cruz. Cuando se busca una imagen, un emblema que materialice y ponga inmediatamente á los ojos de quien lo mire la idea de la regeneración del mundo, la gran tradición humana del cristianismo, despertando de una vez todas las asociaciones de sentimientos y de ideas que abarca la virtud sugestiva de tan excelsos recuerdos, no se encuentra otra figura que la de los dos maderos cruzados. Y el crucifijo no es mas que la última y definitiva forma en el desenvolvimiento iconográfico del signo de la cruz. No importa que el signo completo no surgiera simultáneamente con la expansión y propagación del nuevo espíritu sino siglos más tarde. Los emblemas que los primitivos cristianos alternaban con el de la cruz quedaron sepultados en el seno de las catacumbas, y prevaleció el que recordaba plásticamente el martirio con que fué consagrada la idea. Luego, al instrumento del suplicio se añadió la figuración del cuerpo del mártir, y el signo adquirió su integridad y plenitud expresiva, para que, llegado el despertar glorioso de las artes, lo perpetuasen en metal, en piedra, en madera, en marfil, en tintas de color, los grandes orfebres, los grandes estatuarios y los grandes pintores de una de las más lozanas primaveras del ingenio humano: Benvenuto Cellini, Donatello, Velázquez, Van Dyck... No se menos-

precia con el mote grosero de *fetiches* estas formas sensibles en que cuaja la savia de idealidad y entusiasmo de una fe secular, desenvolviéndose en el espíritu de las generaciones humanas, á la manera como la imaginación inconsciente, que combina líneas y colores en las obras de la Naturaleza, remata los laboriosos esfuerzos de un proceso orgánico con la forma inspirada de una flor, con la flámula viva de un penacho de ave. No se inventan, ni reemplazan, ni modifican en un día estos signos seculares: se les recibe de los brazos de la tradición y se les respeta tal como fueron, consagrados por la veneración de las generaciones. El crucifijo no estaba en manos de Pablo ni de Pedro, ni sobre el pecho de los mártires del circo, ni en los altares ante los cuales se amansó la furia de los bárbaros. No por eso deja de significar el crucifijo la gloria de tales tradiciones; estuvo, antes de todas ellas, en realidad y carne humana, en la pelada cima del Gólgota... y aun cuando no hubiera estado, suya es la virtud de evocarlas y animarlas juntas en el recuerdo de la posteridad.

Pero no se repudia sólo al crucifijo por ajeno á la significación del verdadero espíritu cristiano: se le repudia también por execrable. ¿Y en qué consiste el carácter execrable del crucifijo? Aquí el distinguido conferenciante remonta su oratoria al tono de la indignación, abraza de una síntesis arrebatada el espectáculo de los siglos, y se yergue triunfante con las pruebas de que el crucifijo ha presidido á muchas de las más negras abominaciones de que haya ejemplo en la memoria de la Humanidad, desde los excesos de las Cruzadas hasta las crueldades de las guerras de religión y de las persecuciones de herejes. «¿Qué importa

que en su significación primera—se pregunta—simbolizase ó hubiese podido simbolizar una idea de amor, de libertad, de redención? El crucifijo propició el ensañamiento de los cruzados contra los musulmanes de Omar; estuvo en manos de los victimarios de la noche de Saint-Barthélemy; acompañó los desbordes sangrientos de la conquista de América; presenció en las paredes del tribunal del Santo Oficio las sentencias que ahogaban la libertad del pensamiento humano, y es hoy mismo, en los fanáticos de Rusia, el signo que incita á la matanza de los judíos de Bielostock... Luego el crucifijo ha perdido su significación original; la ha desnaturalizado y pervertido, y lejos de ser emblema de salud y de vida, es sólo signo de opresión, de barbarie y de muerte.»

No será necesario apurar mucho los ejemplos para demostrar que con la aplicación de este criterio estrecho y negativo, si ha de entenderse que los grandes símbolos históricos pierden su significado original é intrínseco en manos de quienes los desnaturalizan y falsean en el desborde de las pasiones extraviadas, recordándose exclusivamente, para caracterizarlos, todo lo que se haya hecho de ignominioso y funesto á su sombra, y nada de lo que á su sombra se haya hecho de glorioso y concorde con su genuina significación moral, no habrá símbolo histórico que quede puro y limpio después de apelarse á la deposición testimonial de la Historia, porque todos rodarán confundidos en la misma ola de sangre, lágrimas y cieno.

La bandera tricolor, el iris de la libertad humana, la enseña victoriosa de Valmy y de Jemmapes, impulsaba, apenas nacida, el brazo del verdugo, y cobijaba con su sombra las bacanales sangrientas del Terror, no menos infames que la

matanza de Saint-Barthélemy, y propiciaba después, en las conquistas de Napoleón *el* Grande, las iniquidades de la invasión de Rusia y de la invasión de España, y resucitaba para servir un día de dosel, con la traición del 2 de Diciembre, á la cónsagración cesárea de Napoleón *el* Chico. Luego la bandera tricolor, el iris de la propaganda revolucionaria, el guión de los ejércitos de Carnot, no es signo de esperanza y de gloria, sino de ferocidad, de opresión y de conquista.

La bandera de Mayo, el cóndor blanco y celeste de los Andes, la enseña gloriosa de San Martín y de Belgrano, militó durante veinte años en los ejércitos de Rosas, y flameaba en Santos Lugares sobre el alcázar de la tiranía, y se encharcaba en sangre en los degüellos de la *Mazorca*, y era destrozada á balazos por los hombres libres que defendían el honor de la civilización americana dentro de los muros de Montevideo. Luego la bandera de Mayo, el *palladium* de la revolución de América, la enseña gloriosa de San Martín y de Belgrano, está imposibilitada de merecer el homenaje de los buenos, maculada ante la conciencia de la Historia, prostituída por lo infinito de la posteridad.

¿Adónde nos llevaría la lógica de este puritanismo feroz? A la condena inexorable de toda enseña ó símbolo que no hubiera sido secuestrado, desde el momento de nacer, dentro de las vitrinas de un museo. La acción histórica y el contacto con la realidad implican, para la idea que se hace carne en un emblema, en un señuelo de proselitismo, la profanación y la impureza, tan fatalmente como la exposición al aire libre implica para la hoja de acero la oxidación que la empaña y la consume.

El criterio de simpatía, de tolerancia y de equidad planteará las cuestiones de muy distinta manera, y las resolverá con más honor para la especie humana. ¿Eran los principios programados en la *Declaración de los derechos del hombre* los que se aplicaban en el instrumento de muerte que hizo rodar mil quinientas cabezas humanas en quince días, y los que amarraban á Francia al despotismo de los césares? No, sino absolutamente los contrarios. Luego la bandera en que se propagó la Declaración de los derechos del hombre, la tricolor de las victorias de la libertad, permanece en la entera posesión de su significado y su gloria. ¿Eran los principios sustentados en la revolución de Mayo los que encarnaba la tiranía vencida con la alianza extranjera en los campos de Caseros? No, sino absolutamente los contrarios. Luego el símbolo de la revolución de Mayo, la bandera cuya tradición inspiraba á los enemigos de la tiranía, queda firme y sin mácula en la cumbre de su dignidad histórica. ¿Eran los principios sellados con el martirio del Calvario los que se realizaban en la noche de Saint-Barthélemy y en el atropello alevoso del cortejo de Atahualpa, y son ellos los que se realizan en las matanzas de judíos de Bielostock? No, sino absolutamente los contrarios. Luego el signo del Calvario, la imagen del que anatematizó toda matanza, todo odio, guarda ilesa é intacta su significación sublime, para veneración y orgullo de la Humanidad.

Sólo con la aplicación de este criterio amplio y ecuánime podrá salvar la justicia histórica una tradición que no se presente enrojecida con la mancha indeleble de las manos de Macbeth; sólo así podrá instituirse en la memoria de los hombres un Panteón donde se reconcilien todas las

reliquias venerandas, todos los recuerdos dignos de amor y de piedad.

Imaginemos que el crucifijo representase, exclusiva ó eminentemente, la unidad católica tal como prevaleció desde el bautismo de los bárbaros hasta la definitiva constitución de las nacionalidades europeas y el impulso de libertad de la Reforma. Aun en este caso, de ninguna manera rehuiría por mi parte sostener la tesis afirmativa en cuanto al respeto histórico que se le debe. Sería el signo que presidió á la asimilación y la síntesis de los elementos constitutivos de la civilización moderna durante mil años de reacciones y esfuerzos proporcionados á la magnitud de la obra que había de cumplirse. La denigración histórica de la Edad Media es un tema de declamaciones que han quedado, desde hace mucho tiempo, relegadas á los estudiantes de quince años en las clases de Historia universal. La honda comprensión de las cosas pasadas, con sus consiguientes adelantos de exactitud y de justicia, es una de las imperecederas conquistas del siglo de los Thierry, los Macaulay y los Momsen. Ya no se infaman épocas enteras de la historia del mundo: se las explica y comprende, y eso vale mucho más. La historia no es ya una forma retrospectiva de la arenga y el libelo, como en los tiempos de Gibbon y Voltaire. La historia es, ó bien un camposanto piadoso, ó bien un laboratorio de investigación paciente y objetiva; y en cualquiera de ambos conceptos, un recinto al que hay que penetrar sin ánimo de defender tesis de abogado, recogiendo en él, á favor de generalizaciones y abstracciones, que son casi siempre pomposas ligerezas, armas y pertrechos para las escaramuzas del presente. Quien tenga desinteresado deseo

de acertar, ha de acercarse á ese santuario augusto, purificado de las pasiones del combate, con un gran fondo de serenidad y de sinceridad realzadas todavía por una suficiente provisión de simpatía humana que le permita transportarse en espíritu al de los tiempos sobre que ha de juzgar, adaptándose á las condiciones de su ambiente. Las instituciones que han quedado atrás en el movimiento de la civilización, y que ya sólo representan una tradición digna de respeto—y en su persistencia militante, una fuerza regresiva—, han tenido su razón de ser y sus días gloriosos y han prestado grandes servicios al progreso del mundo; y es precisamente en el terreno de la Historia donde menos puede vulnerárselas.

Para oponerse á los esfuerzos reaccionarios del clericalismo no es preciso hacer tabla rasa de la gloria de las generaciones inspiradas por la idea católica, cuando esta idea era la fórmula activa y oportuna, como para combatir las restauraciones imperiales no han menester los republicanos franceses repudiar para la Francia la gloria de Marengo y Austerlitz, y para combatir la persistencia política y social del caudillaje no necesitamos nosotros desconocer la fuerza fecunda y eficaz que representó la acción de los caudillos en el desenvolvimiento de la revolución de América. ¿Imagina acaso el doctor Díaz que diez siglos de historia humana se tiran al medio de la calle bajo la denominación común de ignominia, ignorancia, crueldad, miseria, rebajamiento y servilismo? Los tiempos en que él no ve mas que un proceso de «degradaciones tenebrosas» son, en realidad, una esforzada lucha por rasgar, para los gérmenes soterrados de civilización, la dura corteza de los aluviones bárbaros, y es sin duda en el

transcurso de esa lucha cuando la acción histórica del cristianismo presenta títulos más incontestables á la gratitud de la posteridad, porque si el naufragio de la civilización fué desastroso, hubiera sido completo sin el iris que el signo de la cruz levantaba sobre los remolinos tenaces de la barbarie; y si el despertar de la cultura intelectual fué difícil y lento, hubiera sido totalmente imposible sin la influencia de la única fuerza espiritual que se alzaba frente á la fuerza bruta, y reservaba, en medio de la guerra universal, un rincón de quietud para la labor de colmena de los escribas monacales, y salvaba el tesoro de las letras y las ciencias antiguas en los códices que, llegada la aurora del Renacimiento, romperían, merced á la invención de Gutenberg, sus obscuras crisálidas para difundirse por el mundo. Relea el doctor Díaz, sin ir más allá, las páginas que el gran espíritu de Taine ha consagrado en su estudio del *Antiguo régimen* á delinear la estructura de la sociedad anterior á la Revolución, y acaso refrescará muy oportunos recuerdos, y acaso reconocerá la necesidad de modificar buena parte de sus prejuicios y de limitar no pocas de sus abominaciones.

Otro tanto podría decirse en lo que respecta á alguna otra alusión de las que acumula el doctor Díaz en su síntesis de las tradiciones infamantes de la cruz, y singularmente la que se refiere á la conquista de América. Todo en la conquista fué oprobio y ferocidad; todo en ella fué abominación y exterminio; y cuanto en ella hubo positivamente de condenable á la luz de la razón serena, ¿ha de imputarse á la sugestión maldita de la cruz? ¿Por qué recordar, si se aspira á la severa equidad del juicio histórico, que la cruz representó en Cata-

marca la sanguinaria brutalidad de la conquista y olvidar que representó en Guanahaní el nacimiento de la América á la vida de la civilización, la primera luz de nuestro espíritu, el pórtico de nuestra historia? ¿Por qué recordar que estuvo en manos de Valverde para excitar al sacrificio de los indios y olvidar que estuvo en manos de Las Casas para interponer ante el pecho de los indios un escudo de misericordia? ¿Por qué recordar que fué con Torquemada el signo oprobioso de las iniquidades inquisitoriales y olvidar que fué en la mente de Isabel la Católica el estímulo para ganar y redimir un mundo? ¿Por qué recordar al verdugo tonsurado y olvidar al evangelizador capaz del martirio? ¿Por qué recordar al fraile que mata y olvidar al fraile que muere?

Bien es verdad que, para la justicia histórica del elocuente conferenciante, cuyo género de liberalismo recuerda, en esto como en muchas otras cosas, la fórmula absoluta del sectarismo religioso: «Fuera de lo que yo creo no hay virtud ni salvación», el misionero que se arroja á propagar su fe en climas lejanos no hace cosa mejor que «imponer por la violencia el crucifijo, como un yugo de servidumbre, sobre la cabeza de las razas inferiores». No lo sospechaba Víctor Hugo cuando, en una página inspiradísima de *Los castigos* (1), antes de marcar con el hierro candente de su sátira á los dignatarios del alto clero que agitaban el turíbulo de las alabanzas en la cohorte palaciega del gran corruptor del 2 de Diciembre, entonaba un himno conmovido y conmovedor ante el cadáver del fraile decapitado en las misiones de la China por predicar allí la moral del Evangelio. La

(1) *Les Châtiments*, VIII, «A un martyr».

espontaneidad del corazón y el criterio de la equidad consisten en honrar la vocación del sacrificio, dondequiera que se la encuentre: bajo la sotana del fraile, como bajo la blusa del obrero ó la pechera deslumbrante del príncipe, y en glorificar la propaganda de la civilización, cualquiera que sea el abanderado de la gran causa humana: así el *pionner* que se abisma en el fondo del desierto con el hacha que traspasa los bosques, como el misionero que, con la Biblia católica ó la Biblia protestante en la mano, se acerca á remover la soporosa conciencia de la tribu.

Por lo demás, no es interpretar fielmente el espíritu de los hechos concretar en la significación del *crucifijo*, como emblema histórico, los motivos que han determinado su condena. Cualquiera otra imagen del fundador del cristianismo, aparte de la que le presenta clavado en la cruz, cualquiera otra imagen, cuadro ó estatua, hubiera sido sentenciada indistintamente á proscripción. ¿Es ó no cierto? Luego la condena va dirigida contra la glorificación de Jesús, que la suspicacia jacobina no concibe separada del culto religioso ni admite que pueda interpretarse de manera que allí mismo donde el creyente ve el *icono* objeto de su veneración, el no creyente vea la imagen representativa del más alto dechado de grandeza humana.

Juan Carlos Gómez acariciaba en su mente profética un pensamiento que ya se ha convertido en realidad. Soñaba que se levantase un día sobre una de las cumbres de la Cordillera, á modo de numen tutelar de la civilización americana, engrandecida por la confraternidad de todas las razas que se acogen á su seno y por la fructificación de las esperanzas y los ideales que ha alentado la humanidad en veinte siglos, una colosal estatua

del Redentor del mundo, erguida allí, como sobre un agigantado Tabor, en la eterna paz de las alturas, bajo el signo indeleble del Crucero... Juan Carlos Gómez pensaba como un furibundo ultramontano, y la realización de su sueño implica un privilegio ofensivo para millares de conciencias humanas que ven levantarse en su horizonte la imagen de un dios en que no creen, y lo implicará mientras no se levanten también en las cumbres circunvecinas, formando tabla redonda, otras semejantes estatuas de Buda, de Zoroastro, de Confucio, de Sócrates, de Filón... y de Kant.

¿Jacobinismo?

Concluye su refutación el doctor Díaz exponiendo su concepto del liberalismo en relación con la idea de tolerancia que di por característica en mi carta al espíritu liberal. El criterio en que se funda ese concepto es genuinamente jacobino y confirma este nombre de *jacobinismo* que apliqué á las iniciativas y tendencias cuya defensa ha asumido el conferenciante.

Contestando en esta parte al doctor Díaz, explicaré el por qué de la expresión al joven é inteligente escritor que me ha hecho cargos en las columnas del semanario evangelista por el empleo, que juzga inadecuado, de tal nombre.

El jacobinismo no es solamente la designación de un partido famoso que ha dejado impreso su carácter histórico en el sentido de la demagogia y

la violencia. El jacobinismo es una forma de espíritu, magistralmente estudiada y definida por Taine en los *Orígenes de la Francia contemporánea*. La índole de la acción histórica y de la dominación del jacobinismo está virtualmente contenida ya en los datos esenciales de su psicología; pero estos caracteres esenciales se manifiestan y reconocen sin necesidad de que su exaltación suprema, en el estallido de las crisis revolucionarias, los ponga en condición de deducir las últimas consecuencias prácticas y activas de su lógica. La idea central, en el espíritu del jacobino, es el absolutismo dogmático de su concepto de la verdad, con todas las irradiaciones que de este absolutismo parten para la teoría y la conducta. Así, en su relación con las creencias y convicciones de los otros, semejante idea implica forzosamente la intolerancia: la intolerancia, inepta para comprender otra posición de espíritu que la propia; incapaz de percibir la parte de verdad que se mezcla en toda convicción sincera y el elemento generoso de idealidad y de belleza moral que cabe hallar unido á las más palmarias manifestaciones de la ilusión y del error, determinando á menudo una fraternidad de móviles y sentimientos que se levanta por encima de los deslindes de ideas y vincula, con lazos más íntimos que los que establece la escuela, el partido ó la secta, á los hombres que militan para el mundo en campos distintos. Y como aptitud igualmente inconciliable con su índole, falta al jacobinismo el sentido *humano* de la realidad, que enseña á olvidar los procedimientos abstractos de la lógica cuando se trata de orientarse en el campo infinitamente complexo de los sentimientos individuales y sociales, cuyo conocimiento certero será siempre la base an-

gular de todo propósito eficaz de educación y reforma.

La misma *facultad dominante* que se halla en el fondo de los excesos brutales, pero indisputablemente sinceros, de la tiranía jacobina, constituye el fondo de la intolerancia puramente ideológica é inerme que inspiran una página ó una arenga neo-jacobinas sobre puntos de religión, filosofía ó historia, aunque para llegar del uno al otro extremo haya que salvar grandes distancias en el desenvolvimiento lógico de la misma pasión, y aunque, para no pasar de cierto grado en la transición del uno al otro, es indudable que sería suficiente en muchos casos la fuerza instintiva del sentido moral. El nombre, pues, clasifica con indistinta exactitud ambas formas de intransigencia fanática, relacionándolas por una analogía más fundamental que las que se basan en la materialidad de los hechos ó las apariencias, así como las clasificaciones de los naturalistas ordenan, bajo un mismo nombre genérico, especies aparentemente diferentísimas, pero vinculadas por un rasgo orgánico más hondo que los que determinan la semejanza formal.

El antecedente teórico de la tendencia jacobina es la filosofía de la Enciclopedia: la ideología de Condillac, de Helvecio, de Rousseau, expresión del mismo espíritu de lógica y de dogmatismo que había engendrado, alrededor de ideas aparentemente opuestas, la filosofía católica y monárquica del siglo de Luis XIV, con la argumentación oratoria de Bossuet y la «razón *razonante*» de Descartes. Y el jacobinismo, como doctrina y escuela, persiste y retoña hasta nuestros días, en este género de seudoliberalismo, cuya psicología se identifica en absoluto con la psicología de las sec-

tas: el mismo fondo dogmático; la misma aspiración al dominio exclusivo de la verdad; el mismo apogeo á la fórmula y la disciplina; el mismo menosprecio de la tolerancia, confundida con la indiferencia ó con la apostasía; la misma mezcla de compasión y de odio para el creyente ó para el no creyente.

No cabe duda de que la filiación directa de esta escuela seudoliberal se remonta á la filosofía revolucionaria del siglo XVIII, á la filosofía que fructificó en la terrible lógica aplicada del ensayo de fundación social del jacobinismo, y que, por lo que respecta al problema religioso, culminó en el criterio que privaba en las vísperas de la reacción neocatólica de Chateaubriand y Bonald; cuando se escribían y divulgaban *Las ruinas de Palmira;* cuando se admiraba á Holbach y á Le Mettrie; cuando las religiones aparecían como embrollas monstruosas, urdidas calculadamente por unos cuantos impostores solapados y astutos, para asentar su predominio sobre un hato de imbéciles, soporte despreciable de las futuras creencias de la Humanidad.

El criterio histórico era en aquella filosofía, como lo es hoy en las escuelas que la han recibido en patrimonio, la aplicación rígida é inexorable de unos mismos principios al juicio de todas las épocas y todas las instituciones del pasado, sin tener en cuenta la relatividad de las ideas, de los sentimientos y de las costumbres; por donde fases enteras de la Historia, la Edad Media, la España del siglo XVI, el catolicismo, el feudalismo, eran condenadas de plano, sin la piadosa excepción de un hecho ó un nombre, como estériles, perversas, afrentosas y estúpidas. Si, renunciando á la implacabilidad de sus odios, aquella filosofía se levan-

taba alguna vez á la esfera de la tolerancia, jamás pasaba de la tolerancia intelectualista y displicente de Voltaire ó de Bayle, que no se funda en intuición de simpatía, en penetrante poder de comprensión, como la de un Renán ó un Sainte-Beuve, sino sólo en una fría lenidad intelectual. Y todos estos rasgos característicos se mantienen en las escuelas que representan, más ó menos adaptado á las condiciones del pensamiento contemporáneo, el mismo espíritu, con la diferencia —no favorable, ciertamente, para éstas—de que la filosofía de la Enciclopedia tenía, para sus apasionamientos é injusticias, la disculpa de la grande obra de demolición y allanamiento que había de cumplir para cooperar en los destinos del mundo.

Todo el sentido filosófico é histórico del siglo XIX—si se le busca en sus manifestaciones más altas, en las cumbres, que son puntos persistentes de orientación—concurre á rectificar aquel estrecho concepto del pensamiento libre, y aquella triste idea de las cosas pasadas, y aquel pobre sistema de crítica religiosa. El pensador, en el siglo XIX, es Goethe, levantando la tolerancia y la amplitud á la altura de una visión olímpica, en que se percibe la suprema armonía de todas las ideas y de todas las cosas; es Spencer, remontando su espíritu soberano á la esfera superior, desde la cual religión y ciencia aparecen como dos fases diferentes, pero no inconciliables, del mismo misterio infinito; es Augusto Comte, manifestando á cada paso su alto respeto histórico por la tradición cristiana, y tomándola como modelo en su sueño de organización religiosa; es Renán, obteniendo de la explicación puramente humana del cristianismo el más sólido funda-

mento de su glorificación, y manteniendo vivo, á pesar de su prescindencia de lo sobrenatural trascendente, un profundo sentido de religiosidad; es Taine, declarando que la civilización europea no podría dejar extinguirse en su seno el espíritu cristiano sin provocar una recrudescencia de barbarie, é instaurando el más severo proceso del jacobinismo práctico y teórico; es Carlyle, llevando su capacidad de simpatía hasta sentir el germen de idealidad y superiores anhelos que despunta en el fetichismo del salvaje; es Max Müller, aplicando al estudio de las religiones tantos tesoros de ciencia como de intuitiva y piadosa sensibilidad, y es Thierry, y es Sismondi, y es Viollet-le-Duc, y es Fustel de Coulanges, reconstruyendo la voluntad, el pensamiento y las instituciones sociales y políticas de los siglos más desdeñados ó calumniados de la Historia, para concurrir así á demostrar que no se interrumpió en ellos la acción del *nissus* secreto que empuja la conciencia de la Humanidad á la realización de un orden, al cumplimiento de una norma de verdad y de belleza.

El sentido de la obra intelectual del siglo XIX es, en suma, la tolerancia; pero no sólo la tolerancia material, la que protege la inmunidad de las personas, la que se refiere á derechos y libertades consignables en constituciones y leyes, sino también, y principalmente, la tolerancia espiritual, la que atañe á las relaciones de las ideas entre ellas mismas, la que las hace comunicarse y cambiar influencias y estímulos, y comprenderse y ampliarse recíprocamente: la tolerancia afirmativa y activa, que es la gran escuela de amplitud para el pensamiento, de delicadeza para la sensibilidad, de perfectibilidad para el carácter.

No le agrada esta tolerancia al distinguido portavoz del «Centro Liberal», que ve en ella una suerte de claudicación pasiva, y nada manifiesta mejor la índole sectaria y estrecha de su liberalismo. Dando á la *Verdad* y el *Error*, en cierto género de ideas, la significación absolutamente precisa con que se ilusionan todos los espíritus dogmáticos; que excluye cuanto hay de subjetivo y relativo en las opiniones de los hombres; que prescinde de la eterna plasticidad y el perpetuo *devenir* de las fórmulas de la verdad, reduciendo la complexión infinita del pensamiento humano á la simplicidad de una lucha teogónica entre un Ormuzd todo claridad y un Ahrimán todo tinieblas, concluye que no hay tolerancia legítima con el *Error* encarnado en ideas ó instituciones, sino que la *Verdad* ha de perseguirlo sin tregua ni misericordia, para que no envenene las conciencias, y que esta implacable hostilidad y represión es «una grande obra de amor humano». Criterio permanente de todas las intolerancias, criterio con que se han autorizado y legitimado todas las persecuciones por motivo de ideas, y que constituye, desde luego, la exacta repetición de las razones que han estado siempre en labios de la Iglesia católica para justificar la persecución de la herejía. Porque como nadie que tiene una fe ó una convicción absoluta deja de considerar que la verdad está con él y sólo con él, es obvio que, proclamada la vanidad ó la culpabilidad de ser tolerante con las instituciones y las ideas erróneas, nadie dejará de reivindicar exclusivamente para sí el derecho de ejercer esa tolerancia lícita, plausible y redentora, en opinión del conferenciante, que consiste en perseguir al error, acorralarlo y extinguirlo, sin consentirle medio de difun-

dirse é insinuarse en las almas. Siempre habrá mil respuestas, absolutamente distintas, pero indistintamente seguras de sí mismas, para la eterna pregunta de Pilatos: «¿Qué significa la verdad?»

¿Por qué inutilizas, monje de la Edad Media, ese precioso manuscrito para emplear el pergamino en trazar las fórmulas de tus rezos? Porque lo que dice es falso y lo que yo voy á estampar encima es la verdad. ¿Por qué incendias, califa musulmán, los libros de la biblioteca de Alejandría? Porque si no dicen mas que lo que está en mi Ley, que es la verdad, son innecesarios, y si dicen lo que no está en mi Ley, son mentirosos y blasfemos. ¿Por qué rompes, cristiano intolerante de los primeros siglos, esas bellísimas estatuas de Venus, de Apolo, de Minerva? Porque son dioses falsos que disputan su culto al Dios de la verdad. ¿Por qué despedazas, sectario calvinista, las imágenes de ese templo de Orleáns? Porque mi interpretación de la Biblia, que es la verdadera, me dice que son ídolos del error. ¿Por qué profanas, gobierno revolucionario, las naves de Nuestra Señora de París? Porque allí tiene su nido la mentira, que estorba el paso á mi verdad. ¿Por qué arrojas al fuego, inquisidor español, esos tesoros de literatura oriental de Salamanca? Porque quien los conociere podría tentarse á abandonar la verdad por el error. ¿Por qué incluyes en tu *Index*, pontífice romano, tantas obras maestras de la filosofía, la exégesis y la literatura? Porque represento la Verdad y tengo el deber de guardar para ella sola el dominio de las conciencias.

En el desenvolvimiento de esta lógica, es bien sabido que las personas mismas, en sus inmunidades más elementales y sagradas, no quedan muy seguras... Todo está en que se entenebrezca

el horizonte y se desate la tormenta. Y así, todas las intolerancias, que empiezan por afirmar de modo puramente ideal y doctrinario: «Soy la eterna, exclusiva é inmodificable verdad», pasan luego, si hallan la ocasión propicia, á auxiliarse del *brazo secular* para quemar libros ó romper estatuas, cerrar iglesias ó clausurar clubs, prohibir colores ó interdecir himnos, hasta que el último límite se quebranta, y las personas no son ya más invulnerables que las ideas y las instituciones; y partiendo por rumbos diametralmente opuestos, se unen en el mismo culto de Moloch—como caminantes que, dando la vuelta redonda, se asombrasen de llegar al mismo punto—, Torquemada y Marat; Jacobo Clemente y Barère; los sambartolomistas y los septembristas; el Santo Oficio y el Comité de Salud pública; los expulsores de moros y judíos y los incendiarios de iglesias y conventos.

Conclusión

Falso concepto de la tolerancia que censura tiene el doctor Díaz, cuando supone que ella excluye la acción en los partidarios de la libertad, dejando libre el campo á los avances enemigos. Las condiciones de la acción no son otras que el derecho y la oportunidad. Lo legítimo de la acción represiva empieza donde se prueba que el derecho de alguno ha ultrapasado sus límites para perjudicar al de otros. Y la hora de una iniciativa ha sonado cuando se demuestra el interés social que

la hace necesaria ú oportuna. No serán las agitaciones liberales *per se* las que puedan disgustarnos, sino lo gratuito é inoportuno de ellas. No es el movimiento anticlerical en sí mismo, sino su vana provocación con actos como el que discutimos, desacertados é injustos, que, aun cuando no lo fueran, estarían siempre en evidente desproporción de importancia para con la intensidad de los agravios que causan y de las pasiones que excitan. Dígasenos cuál es la acción fecunda á que se nos convoca en nombre de la libertad; indíquesenos dónde está concretamente la reforma que sea necesario, justo y oportuno hacer práctica, y si reconocemos la necesidad, y sentimos la justicia, y vemos la oportunidad, acompañaremos sin vacilar la iniciativa y ni aun nos importará que ella haya de realizarse á costa de esas turbulencias que son la protesta inevitable de la tradición y la costumbre. Pero suscitar primero la agitación para buscar después pretextos que la justifiquen; tocar primero á rebato para descubrir después el peligro á que deba correrse; componer primero la tonada para después idear la letra que haya que ajustar á su ritmo, eso no puede parecernos mas que fuerza perdida y bulla estéril, propia para alborotar á los muchachos y sacar á luz toda la prendería de las declamaciones antipapales y antiinquisitoriales, pero absolutamente vana para cuanto signifique un adelanto positivo en la marcha de las ideas, una conquista sólida en el sentido del pensamiento libre.

¡Pensamiento libre!... He aquí otro motivo de consideraciones que bien merecerían una prolija atención, si estos artículos no se hubieran dilatado ya más de lo justo. ¿Piensa, por ventura, el doctor Díaz que no hay mas que romper el yugo

de los dogmas católicos para adquirir la libertad de pensar? El libre pensamiento es cosa mucho más ardua y compleja de lo que supone la superficial interpretación común que la identifica con la independencia respecto de la fe tradicional. Es mucho más que una fórmula y una divisa: es un resultado de educación *interior*, á que pocos, muy pocos alcanzan. Pensar con libertad, ó no significa sino una frase hecha, ó significa pensar por cuenta propia, por esfuerzo consciente y racional del propio espíritu; y para consumar esta preciosa emancipación y para adquirir esta difícil capacidad, no basta con haberse libertado de la autoridad dogmática de una fe. Hay muchas otras preocupaciones, muchos otros prejuicios, muchas otras autoridades irracionales, muchos otros convencionalismos persistentes, muchas otras idolatrías, que no son la fe religiosa, y á los cuales ha menester sobreponerse el que aspire á la real y efectiva libertad de su conciencia. Todo lo que tienda á sofocar dentro de una fórmula preestablecida la espontaneidad del juicio personal y del raciocinio propio; todo lo que signifique un molde impuesto de antemano para reprimir la libre actividad de la propia reflexión; todo lo que importe propósito sistemático, afirmación ó negación fanáticas, vinculación votiva con cierta tendencia incapaz de rectificarse ó modificarse, es, por definición, contrario á la libertad de pensamiento. Y por lo tanto, las organizaciones seudoliberales que entrañan la guerra incondicional y ciega contra determinada fe religiosa, excluyendo la posibilidad de diferenciar, de discernir, de hacer las salvedades y excepciones que la justicia exija, en cuanto á la tradición histórica ó en cuanto á las manifestaciones actuales de esa fe—vale decir, excluyendo la

posibilidad de un ejercicio leal é independiente del criterio personal—, son en sí mismas una persistente negación del pensamiento libre.

Si para llamarse á justo título *librepensador* bastara con inscribirse en los registros de una asociación de propaganda y participar de los odios anticlericales, dependería de un acto de voluntad —menos aún, de un movimiento reflejo—el ser efectivamente librepensador; pero el hecho es que poder llamárselo con verdad es cosa difícil; tanto, que para que el librepensamiento pudiera ser la característica psicológica del mayor número, se requeriría en la generalidad de los espíritus un estado de elevación mental que hoy no es lícito, ni aun con el mayor optimismo, reconocer sino en un escaso grupo. Fácil sería demostrar, en efecto, que la gran mayoría de los hombres, los que forman multitud para echarse á la calle en día de mitin y auditorio numeroso con que llenar salas de conferencias para aplaudir discursos entusiastas, no pueden ser, dado el actual nivel medio de cultura en las sociedades humanas, verdaderos *librepensadores*. Y no pueden serlo—si se da á esa palabra el significado que real é íntimamente tiene, y no el que le atribuye el uso vulgar—porque lo que creen y proclaman y juran, aunque marque el grado máximo de exaltación en punto á ideas liberales, no ha sido adquirido por vía de convencimiento racional, sino por prejuicio, por sugestión ó por preocupación. La misma docilidad inconsciente y automática que constituía en lo pasado el populoso cortejo de los dogmas religiosos, constituye en nuestros días el no menos populoso cortejo de las verdades científicas vulgarizadas y de las ideas de irreligiosidad y libertad que han llegado al espíritu de la muchedumbre.

Muchísimos son—valga esto de ejemplo—los que, aun en capas muy inferiores intelectualmente del vulgo, están enterados de que la tierra se mueve alrededor de sí misma y alrededor del sol. Pero entre cien que lo *saben* habrá dos ó tres que sean capaces de probarlo. Los demás quedarían absolutamente desconcertados si se les exigiera una demostración de que no tienen noticia ó que nunca han analizado por sí mismos para comprenderla; pero no por eso dejan de abrigar la íntima seguridad de lo que dicen, hasta el punto de que no vacilarían en aceptar en favor de ello una apuesta en que les fuese la fortuna ó la vida. La multitud cree, pues, en la autoridad de la ciencia por fe, por adhesión irracional, por docilidad hipnótica, por motivos absolutamente ajenos á la activa intervención de su raciocinio, como hubiera creído, á nacer dos siglos antes, en la autoridad de la fe religiosa y en los dogmas que esta autoridad impone. Y lo que se dice de las verdades científicas, puede, con doble fundamento, decirse de las ideas morales y sociales. Muy pocos son los que se encuentran en el partido, escuela ó comunión de ideas á que pertenecen, por examen propio y maduro, por elección de veras consciente y no por influencias recibidas de la tradición, del ambiente ó de la superioridad ajena. Mientras el nivel medio de cultura de la Humanidad no alcance muchos grados más arriba, no hay que ver en ningún género de proselitismo un convencicimiento comunicado, por operación racional, de inteligencia á inteligencia, sino una obra de mera sugestión. Si sugestionados son la mayor parte de los que llevan cirios en las procesiones, sugestionados son la mayor parte de los que se burlan de ellos desde el balcón ó la esquina. El sueño y la

obediencia del sonámbulo, con los que Tarde ha asimilado la manera cómo se transmite y prevalece la fuerza social de imitación, siguen siendo el secreto de toda propaganda de ideas y pasiones. No hay por qué sublevarse contra esto, que está todavía en la naturaleza de las cosas humanas; pero propender á que deje de ser tal la ley de la necesidad es la gran empresa del pensamiento libre.

Y entendido y definido así el librepensamiento, ¿qué será necesario para aumentar el número, forzosamente reducido aún, de los que pueden llamarse *librepensadores?* Tratar de aumentar el número de los hombres capaces de examinar por sí mismos antes de adoptar una idea, antes de afiliarse en una colectividad, antes de agregarse á la manifestación que ven pasar por la calle, antes de prenderse la divisa que ven lucir en el pecho del padre, del hermano ó del amigo. Y como esta capacidad depende de los elementos que proporciona la cultura y del recto ejercicio del criterio, se sigue que la tarea esencial para los fines del pensamiento libre es educar, es extender y mejorar la educación y la instrucción de las masas, por cuyo camino se llegará en lo porvenir, si no á formar una mayoría de *librepensadores* en la plena acepción de este concepto—porque la superior independencia de toda sugestión, preocupación y prejuicio siempre seguirá siendo privilegio de los espíritus más enérgicos y penetrantes—, por lo menos á asegurar en la mayor parte de los hombres una relativa libertad de pensar. Este es el liberalismo para quien atienda á la esencia de las cosas y las ideas; este es el pensamiento libre, que, como se ve, abarca mucho más é implica algo mucho más alto que una simple obsesión antirreli-

giosa; y el procedimiento con que puede tenderse eficientemente á su triunfo es, lo repito, el de la educación atinada y metódica, perseverante y segura, que nada tiene que ver con organizaciones sistemáticas, conducentes á sustituir un fanatismo con otro fanatismo; la autoridad irracional de un dogma con la autoridad irracional de una sugestión de prejuicios; el amor ciego de una fe con el odio ciego de una incredulidad.

Abandone, pues, el doctor Díaz su generosa ilusión de que todos los que concurren á oirle son *librepensadores* y de que su aplauso es la sanción consciente del librepensamiento. Mucho le aplaude ahora su auditorio; pero si extremara la nota y subiera el tono de sus invectivas, no le quepa duda de que aún le aplaudiría mucho más. Lo característico del sentido crítico de la mayoría es no entender de matices. En arte, como en moral, como en cualquier género de ideas, la ausencia de la intuición de los matices es el límite propio del espíritu de la muchedumbre. Allí donde la retina cultivada percibirá nueve matices de color, la retina vulgar no percibirá mas que tres. Allí donde el oído cultivado percibirá doce matices de sonido, el oído vulgar no percibirá sino cuatro. Allí donde el criterio cultivado percibirá veinte matices de sentimientos y de ideas, para elegir entre ellos aquel en que esté el punto de la equidad y la verdad, el criterio vulgar no percibirá mas que dos matices extremos: el del *sí* y el del *no*, el de la afirmación absoluta y el de la negación absoluta, para arrojar de un lado todo el peso de la fe ciega y del otro lado todo el peso del odio iracundo.

Esto es así, y es natural y forzoso que sea así, desde que la diferenciación de los matices implica un grado de complexidad mental que sería injusto

y absurdo exigir del espíritu de la multitud. Es más: quizás conviene en ella esta inferioridad relativa, porque el modo como puede ser eficaz la colaboración de la multitud en los acontecimientos humanos es el de la pasión fascinada é impetuosa, que lleva con ceguedad sublime á la heroicidad y al sacrificio, y que no se reemplazaría de ninguna manera en ciertos momentos de la Historia: semejante la muchedumbre en esto al hombre de genio en la fundación moral ó la acción, que también debe su fuerza peculiar á lo absoluto de su fe, á su arrebato y obsesión de alucinado. El día en que intelectualizásemos al pueblo, para que su pensamiento fuera real y verdaderamente libre; el día en que lográsemos darle la aptitud de comparar y analizar, ¿quién sabe, después de todo, si este don del análisis dejaría subsistir la virtud de su omnipotente entusiasmo?...

Pero no se trata aquí de discutir con quien es vulgo, sino con quien se levanta muy arriba del vulgo; y por eso cabe preguntar si la fuerza empleada en adaptarse al ambiente de la vulgaridad no tendría mejor empleo en propender á elevar la vulgaridad al nivel propio.

El doctor Díaz tiene méritos y condiciones con que aspirar á triunfos mucho más altos que el de estas propagandas y estos discursos.

Su liberalismo es probablemente el de la mayoría: se lo concedo sin dificultad.

¿Será también el que, en el inmediato porvenir, prevalezca y se realice en el mundo?

No es imposible.

No es imposible que se preparen en el mundo días aciagos para la libertad humana. No es imposible que—según augures pesimistas suelen profetizarlo—la corriente de las ideas, precipitándose

cada día más en sentido del menosprecio de la libertad individual, sacrificada á la imposición avasalladora de la voluntad y el interés colectivos, lleve al mundo, con acelerado paso, á una de esas situaciones de universal nivelación en que el opresor—persona ó multitud, César ó plebe—reclama á un tiempo para sí el Imperio y el Pontificado, obligando al pensamiento individual á refugiarse en el íntimo seguro de las conciencias, como las aves que se acogen á los huecos de las torres que se deshacen y de los templos que se derrumban.

Si ese es el inmediato porvenir, habremos de resignarnos á no ser ya entonces hombres de nuestro tiempo. Pero la eficacia inmortal de la idea de la libertad, que concretó las primeras convicciones de nuestra mente, que despertó los primeros entusiasmos de nuestro corazón y que encierra en sus desenvolvimientos concéntricos la armonía de todos los derechos, la tolerancia con todas las ideas, el respeto de todos los merecimientos históricos, la sanción de todas las superioridades legítimas, seguirá siendo, en mayoría ó minoría, el paladión del derecho de todos; y allí donde quede una sola conciencia que la sienta, allí estará la equidad, allí la justicia, allí la esperanza, para la hora del naufragio y de la decepción.

APÉNDICE

El sentimiento religioso y la crítica [1]

Señor don R. Scafarelli.

Estimado amigo: No me pasó inadvertida, cuando tuvo la amabilidad de poner en mis manos el opúsculo de que es autor (2), cierta desconfianza suya respecto de la disposición de ánimo con que yo lo leería y juzgaría. Pensaba usted que llegaba á tienda de enemigo, y que su obsequio era la espada que se ofrece caballerosamente por la empuñadura. He de decir á usted en qué acertó y en qué proporción, mucho mayor, no acertó.

Desde el punto de vista de las ideas, grande es la distancia que nos separa. Si sólo como profesión de ideas hubiera yo de considerar su opúsculo, resultaría quizá que no habría en él dos líneas que no suscitasen en mí el impulso de la contradicción, y en ocasiones, el sentimiento de

(1) Por exponer ideas que se relacionan con las de los anteriores artículos, y en cierto modo las complementan, incluyo aquí esta carta.

(2) *El Mártir del Gólgota.*

protesta y de angustia con que se asiste al espectáculo de un espíritu capaz de desplegar con amplia libertad su vuelo y á quien contienen y limitan las trabas de dogmas difícilmente conciliables con los fueros de la libre investigación y de la razón independiente.

Pero si en sus páginas no hubiese mas que la escueta exposición de las ideas, ellas no tendrían otro interés que el que consistiría en proponer una vez más al debate dogmas cien mil veces confesados, cien mil veces negados, cien mil veces controvertidos. Hay algo más que considerar en lo que usted ha escrito, y algo más hondo y original que las ideas: y es el espíritu personal, el sentimiento *ambiente*, el aroma de la fe que se entreabre en un alma joven y entusiástica y la embalsama é inspira; y este es el interés intenso que su libro entraña, esto lo que le da valor moral y estético, esta la nota que le redime de la vulgaridad.

Por otra parte, aunque en la clasificación de las ideas ocupemos campos distintos, no hallo en mi espíritu repugnancia ni dificultad para ponerme al unísono del suyo, como lo exige la ley de simpatía, que es fundamento de toda crítica certera, á fin de comprenderle y juzgarle. Nada me irrita más que la religiosidad mentida, máscara que disfraza con la apariencia de una fe propósitos temporales de más ó menos bajo vuelo; y la religiosidad tibia, frívola y mundana, sin profundidad y sin unción, *dilettantismo* indigno; y la groseramente fanática, que degrada al nivel de las brutales *disputas de los hombres* las ideas que más excelsamente deben levantarse sobre toda baja realidad. Pero crea usted que nada me inspira más respeto que la sinceridad religiosa, donde-

quiera que ella se manifieste, cualesquiera que sean los dogmas á que viva unida. Ante el fervor que brota del recogimiento del corazón, y presta alas de inspiración al pensamiento, y trasciende á la conducta en caridad y amor, respeto y admiro. Jamás me sentiré tentado á encontrar objeto de desprecio ó de burla en lo aparente y literal de un dogma, si por bajo de él, enfervorizando al espíritu que lo profesa, percibo un hondo y personal sentimiento del impenetrable misterio de que son símbolos ó cifras todos los dogmas.

La preocupación del Misterio infinito es inmortal en la conciencia humana. Nuestra imposibilidad de esclarecerlo no es eficaz mas que para avivar la tentación irresistible con que nos atrae; y aun cuando esta tentación pudiera extinguirse, no sería sin sacrificio de las más hondas fuentes de idealidad para la vida y de elevación para el pensamiento. Nos inquietará siempre la oculta razón de lo que nos rodea, el origen de donde venimos, el fin adonde vamos, y nada será capaz de sustituir al sentimiento religioso para satisfacer esa necesidad de nuestra naturaleza moral; porque lo absoluto del Enigma hace que cualquiera explicación positiva de las cosas quede fatalmente, respecto de él, en una desproporción infinita, que sólo podrá llenarse por la absoluta iluminación de una fe. Desde este punto de vista, la legitimidad de las religiones es evidente. Flaquean en lo que tienen de circunscripto y negativo; flaquean cuando pretenden convertir lo que es de una raza, de una civilización ó de una era: el dogma concreto y las fórmulas plásticas del culto, en esencia eterna é inmodificable, levantada sobre la evolución de las ideas, los sentimientos y las costumbres. Y flaquean aún más y justifican la pro-

testa violenta y la resistencia implacable, cuando, descendiendo de la excelsa esfera que les es propia, invaden el campo de los intereses y pasiones del mundo, convertidas en instrumentos de predominio material, que hieren con los filos de la intolerancia y aspiran á imponerse por la represión de las conciencias.

Si tuvieran la noción clara de sus límites, nada faltaría para sellar por siempre su convivencia amistosa con el espíritu de investigación positiva y con los fueros de la libertad humana. «La posición central de las religiones es inexpugnable», ha dicho Herbert Spencer en aquel maravilloso capítulo de *Los primeros principios* que se intitula «Reconciliación», y en el que la austeridad del pensamiento científico llega—sin otra fuerza patética que su propia desnuda eficacia—á producir en nuestro ánimo conmovido el sentimiento de concordia, de paz, de beatitud, con que el espectador del teatro antiguo asistía, en el solemne desenlace de la tragedia, á la solución y purificación de todo conflicto de pasiones: efecto de serenidad ideal que constituye el más alto de los triunfos, así en la esfera del pensamiento especulativo como en la del arte.

Yo, que soy tan profundamente latino en mi concepción de la belleza y de la vida y en mis veneraciones históricas, encuentro en nuestro *librepensamiento* latino una tendencia á la declamación *forense*—eterna enemiga de la austera *Mens* interior—y una unilateralidad y una ausencia de delicadeza y penetración intuitiva para llegar al espíritu de las religiones y comprender y sentir su eterno fondo inefable, que le dejan á cien leguas de las inspiradas intuiciones de un Carlyle, cuyo sentido profundo alcanza hasta ilu-

minar el germen noble de idealidad y superiores anhelos que despunta en la adoración temblorosa del salvaje ante el grosero fetiche. El pensamiento francés es mi encanto, y con todo, muy rara vez he encontrado en autores franceses, aun los más sutiles, aun los más hondos, página donde se establezca la posición de la conciencia libre frente al problema religioso de manera que plenamente me satisfaga. Ernesto Renán es una excepción. Hay en la manera como este extraordinario espíritu toca cuanto se relaciona con el sentimiento y el culto del eterno Misterio un tacto exquisito y una facultad de simpatía y comprensión tan hondas, que hacen que se desprenda de sus páginas—*excépticas* y *disolventes* para el criterio de la vulgaridad—una real inspiración religiosa de las más profundas y durables, de las que perseveran de por vida en el alma que ha recibido una vez su balsámica unción.

El librepensamiento, tal como yo lo concibo y lo profeso, es, en su más íntima esencia, la tolerancia, y la tolerancia fecunda no ha de ser sólo pasiva, sino activa también; no ha de ser sólo actitud apática, consentimiento desdeñoso, fría lenidad, sino cambio de estímulos y enseñanzas, relación de amor, poder de simpatía que penetre en los abismos de la conciencia ajena con la intuición de que nunca será capaz el corazón indiferente.

Y más que cualesquiera otras, son las cuestiones religiosas las que requieren este alto género de tolerancia, porque son aquellas en que por más parte entra el fondo *inconsciente* é inefable de cada espíritu, y en que más se ha menester de esa segunda vista de la sensibilidad, que llega adonde no alcanza la perspicuidad del puro conocimiento.

Con esa tolerancia he leído, sentido y comprendido su libro, yo, que si como objeto de análisis fríamente intelectual hubiera de tomarlo, sólo hallaría motivo en él para una crítica estrecha y negativa. En general, con esa tolerancia encaro cuanto leo, si reconozco en ello sinceridad, ya se trate de religión, de ciencia ó de literatura. En la educación de mi espíritu, de una cosa estoy satisfecho, y es de haber conquistado, merced á una constante disciplina interior—favorecida por cierta tendencia innata de mi naturaleza mental—, aquella superior amplitud que permite al juicio y al sentimiento, remontados sobre sus estrechas determinaciones personales, percibir la nota de verdad que vibra en el timbre de toda convicción sincera, sentir el rayo de poesía que ilumina toda concepción elevada del mundo, libar la gota de amor que ocupa el fondo de todo entusiasmo desinteresado.

Por eso, del libro suyo que vino á mí no puede decirse que viniera á real de enemigo. ¿Quién habla de enemistad cuando se trata de las confidencias de ideales y esperanzas que se cruzan de corazón á corazón, de conciencia á conciencia? La enemistad por razón de ideas es cosa de fanáticos: de los fanáticos que creen y de los que niegan. Las almas generosas hallan en la misma diferencia de sus ideas y en los coloquios que de esta diferencia nacen, el fundamento de una comensalía espiritual. Nos encontramos en el camino; usted me habla de su fe y del amor que le tiene con sinceridad y entusiasmo; yo le escucho con interés. Cuando me llegue el turno, yo le hablaré, con igual íntima verdad, de la manera como á mi alma se impone la atracción del formidable Enigma, y de lo que creo y de lo que dudo; y usted me escuchará tam-

bién, y así ambos saldremos ganando; porque lo único que no deja beneficio al espíritu es la falsedad, es la vulgaridad, es la pasión fanática; es el sermón del clerizonte zafio, sin caridad ni delicadeza; es la invectiva del jacobino furibundo, sin elevación ni cultura, mientras que siempre hay algo que aprender en lo que piensa y siente sobre las cosas superiores un alma lealmente enamorada del bien y la verdad.

Créame su affmo. amigo,

José Enrique Rodó

Fin de «Liberalismo y Jacobinismo»

JOSE ENRIQUE RODÓ

LA TRANSFORMACIÓN PERSONAL

EN LA CREACION ARTISTICA

La transformación personal en la creación artística [1]

Obra de amor es la creación del artista. Y de antiguo se sabe que la fuerza y virtud primeras del amor consisten en transformar al amante en lo que ama; al que sueña, en el objeto de su sueño; al que contempla dentro de sí un persistente original, de cuya belleza se apasiona, en esta misma ilusoria criatura. De aquí que el fuego de su inspirado amor, en tanto que arde, consuma y anule en el artista al hombre real y preste al artista transitoriamente nuevo ser de conformidad con la imagen que le tiraniza; de aquí que el acto creador sea como una transformación participante en que el espíritu y su hechura se hacen uno, y si la inspiración acrece y rompe los últimos lazos con que la sujetan la conciencia personal y la memoria, sea una entera sustitución de la personalidad.

Este eclipse, esta suspensión del propio ser para que sólo viva lo soñado, es la condición por que se explican la objetividad maravillosa, la indeficiente verdad que admiramos en las grandes creaciones dramáticas ó épicas. Cuanto más pro-

(1) Fragmento de *Proteo,* obra de José Enrique Rodó.

funda y penetrada de amor la intuición que ilumina el alma del héroe imaginario, tanto más grande es el ensimismamiento con él, tanto mayor el eclipse de la vulgar naturaleza del poeta, como persona adherida á la realidad del mundo.

Cuenta Schiller el asombro y estupefacción que en él causaron sus primeras lecturas de Shakespeare. Habituado á encontrar en el fondo de la obra, si no el claro trasunto, el *vestigio* de una personalidad por donde inferirla y reconstituirla toda entera, maravillábase delante de aquella ausencia inescrutable de todo signo personal que no correspondiera al carácter de los personajes; delante de aquel despojo milagroso, de parte del autor, de todo lo peculiar y característico de él mismo; milagro que hace posible un mundo donde, como en el de Naturaleza, figuras diversísimas se mueven, netamente determinadas y diferenciadas, y se exhiben en cruda desnudez á nuestros ojos, sin intervención de espejo que refleje, de velo que atenúe, de marco que circunscriba y limite. No es sino que en la obra del soberano poeta, siendo ella el prototipo y la cúspide, se realiza con más enérgico poder que en otra alguna esa virtud generadora de toda superior ficción artística, el salir fuera de los límites de la propia individualidad, el morir y renacer, por arte de amor, en el objeto imaginado.

Y esta transformación personal es más verdadera de lo que supondría quien propendiese á desdeñarla por tener ella su origen y su objeto en sueños de la imaginación. El natural mecanismo de esta facultad y su parte oficiosa en el conjunto del alma son suficientes para asegurar la honda realidad de aquella conversión psicológica. En la misma esencia de la imagen radica un principio

apetitivo, una fuerza elemental de realización que tiende á trocar lo simplemente imaginado en percepción y creencia; la representación de un acto, en impulso á realizarle; la representación de un afecto, en afecto eficazmente sentido. Supuesto el desenvolvimiento completo de la imagen, tal como se daría por naturaleza, de no oponerse á ello las influencias que normalmente la contienen y reducen á su condición original de pura forma interior, toda representación de la mente llegaría á ser, por su propia y espontánea energía, la sensación ó el movimiento que ella figura. Sólo diferencias de intensidad separan la visión interna de la externa; la suposición, de la afirmación; la admiración extática, de la imitación activa; el simulacro consciente, de la emoción real, y la vaga simpatía con que nos abstrae una forma imaginaria, de la obsesión y docilidad del sonámbulo que abdica á favor de la imagen que le ha sido impuesta el absoluto dominio de su personalidad. Intervenga un deseo poderoso, una viva fuerza de amor que decuplique la potencia usual de la imagen, su duración, su brío, la intensidad de su color, y toda diferencia se disipará, y la imagen se trocará en realidad, palmaria y única para el espíritu á quien obsede.

¿Cuánto no se ha hablado de la verdad con que el artista llega á experimentar por sí los sentimientos que atribuye á sus personajes, á medida que los infunde y desarrolla en éstos, y de cómo se alucina con la figuración de las cosas entre las cuales los coloca, y tal vez se siente tentado á realizar los mismos actos que ellos, y perdido el recuerdo de su persona real, ya no tiene conciencia sino para que la ocupe aquella otra persona que con exclusivo amor se representa? Todos los

grandes artífices de almas son, en más ó menos proporción, como el novelista que Dostoyewski pintó en *Crimen y castigo,* coloreándolo con las tintas de la propia experiencia: el novelista que, mientras trae una obra entre manos, no vive otra vida que la de sus criaturas, ó bien, como aquel estudiante que Boerhave tuvo de discípulo, y cuya imaginación, embargada por la representación intensísima de cuantos males estudiaba, le hacía enfermar verdaderamente de ellos. Así, de Dickens se refiere cómo penaba y se alegraba con los hijos de su fantasía; y de Diderot, con qué acerbo llanto deploraba los infortunios de su *Religiosa;* y la identificación entre Flaubert y sus héroes llegaba á tal punto, que si uno de ellos moría envenenado, él sentía ilusoriamente el sabor y las náuseas del veneno, y Byron mismo—aunque opuesto, por su personalidad desbordada y avasalladora, á esta facultad de metamorfosis en que consiste esencialmente el secreto de la creación épica y dramática—se recluye, antes de escribir la *Lamentación del Tasso,* en la mazmorra donde estuvo prisionero el poeta de *Aminta,* y allí le ven agitarse y hacer mil extremos de dolor é indignación, como si en verdad hubiera descendido á él el alma de aquel gran infortunado. Un amigo indiscreto penetra un día, á hurtadillas, en la estancia donde escribe Daudet. Le halla llenos de lágrimas los ojos. «¿Qué tienes?», le pregunta. «Lloro al mejor de mis amigos...» Y la hermosa cabeza se abate sobre el papel en que acaba de infundir el último suspiro de Jack.

Toda la escala de los valores poéticos podría establecerse sobre la base de esa fuerza centrífuga de la personalidad, graduándola desde su alborear en el mínimo impulso de emoción bene-

volente, hasta su coronamiento, que es la completa abnegación del ser propio. Una absoluta ausencia de interés y simpatía hacia la imagen que se ha de poetizar equivaldrá forzosamente á la incapacidad radical de desenvolverla. Adelantando un paso, la imaginación que forja caracteres y acciones, sin auxiliarse, como de concomitante efectivo, mas que de ese leve y superficial interés por lo que se va imaginando, que está implícito aun en la más elemental é insignificante manera de invención, no reflejará jamás sino la imagen descolorida y tibia de lo que se propone transmitir en forma de arte; no producirá sino la obra de la mediocridad. Una concepción más caldeada de sentimiento; una representación de las cosas que suscite, en el alma de aquel que las figura, la emoción afectiva, el estremecimiento simpático, propios del espectador que se interesa vivamente en una acción imaginaria, ó bien del pasajero que se detiene ante una escena real, de duelo ó regocijo, y por simpatía humana la comparte, será capaz de dar de sí obra que conmueva y que dure, pero aún no tendrá vuelo con que levantarse al nivel sublime del genio, á las cumbres supremas de la invención. Supongamos que se hace más intensa y eficaz esta virtud de simpatía; figurémonos que el poeta participa de los sentimientos de sus héroes, no ya como el espectador y el pasajero, sino como quien es movido de la voz del afecto ó del estímulo de la sangre: como quien se duele ó se alegra con el hermano, con el padre, con el hijo. La fuerza de la imagen subirá de punto, la apariencia de verdad será mayor; y con todo, aún no estaremos en la cumbre. Aún cabe modo de imaginar más alto é inefable; aún cabe la comprensión perfecta, para lo

que no basta ese acorde de dos almas separadas por el límite que diferencia á dos personas, esa relación trascendente de corazón á corazón, cada uno de los cuales mantiene su ser propio y distinto, sino que se requiere plenitud de amor, simpatía total y desatada: aquella que ya no se contenta con menos que con la identificación absoluta, con la participación en la esencia del objeto del transporte y embebecimiento de la personalidad, que logra el místico en el desmayo de la unión extática; y ésta es, por fin, la concepción del genio, misticismo de la religión de belleza; éste el prodigio de donde nace y se desenvuelve tanta peregrina hermosura. A quien de ese excelso modo concibe, no le satisface ver y oir objetivamente, en plástica y animada alucinación, al personaje que imagina, sino que ha menester transformarse en él, ser como él, *ser él*, en tanto dura su sueño; prestarle, como el médium presta al espíritu evocado, el organismo propio, sustraída la personalidad usual. Presta así el genio á su personaje los propios nervios, para que con sus sensaciones los pulse; el propio corazón, para que con sus pasiones lo desgarre; el propio cerebro, para que lo abrase y consuma con la combustión de sus ideas. Por eso es la creación genial hondísimo movimiento interior, parto que á veces mata. Por eso la capacidad de vivir en una tantas vidas distintas sin que las entrañas conmovidas estallen ni la razón vencida sucumba, es argumento que milita contra los que consideran al genio asociado por naturaleza ó degeneración é inferioridad orgánica. «¿Hay alguien actualmente —preguntaba Taine—, hay alguien que sea capaz de soportar la tempestad de pasiones y visiones que pasó por el alma de Shakespeare?»

Nunca logrará vislumbre del misterio del genio quien se imagine como acto puramente intelectual el formidable alumbramiento de que nace la obra, potente y luminosa. Esta flor costosísima necesita, para producirse, de todo el ser; de cuanto es vida; del organismo entero; de las potencias y sentidos todos de quien ha de darla. No hay fibra en la carne del poeta, ni gota de sangre, ni pulsación vital que en alguna manera no concurra á la obra. Concertados en activa y armoniosa unidad, exaltación del natural consenso de la vida, todos los elementos, todas las energías y resortes de la existencia individual, se aplican á magnificar el esfuerzo de que nacerá lo hermoso. Si cupiera iluminar y hacer sensible el misterio del mundo interior, en las horas divinas de la inspiración y el trabajo, asistiríamos con arrobamiento á esa afanosa cooperación de todos los componentes de la vida, de todas las células orgánicas bajo el imperio de una idea que brilla, como chispa de luz, en lo más alto y noble del conjunto que traban todas ellas; cooperación semejante á la de los microorganismos que, sin sospechar el resultado precioso de la solidaridad que los vincula, erigen desde el fondo del Océano la isla de coral; ó bien, semejante á la de los obreros humildes que, en los siglos de fe, reunidos en polarizada muchedumbre, levantaban los muros de estupenda basílica, contribuyendo cada cual con su piedra y su aliento á la realización de una forma imponente de belleza no bien calculada ni sabida acaso por el propio artífice que los guiaba, más que por arte, por inspiración instintiva y candorosa: á la manera que tampoco existe quizá en la conciencia del genio la idea lúcida y cierta de la obra que realiza, y cuyo arquetipo inconsciente preside, sin embargo, con

infalible autoridad, desde misterioso abismo del alma la febril agitación de los innúmeros obreros.

La fuerza de la imagen encandecida de amor, que pone su solio en la mente del artista y allí concentra el movimiento vital para dar ser á una forma sensible que la reproduzca y perpetúe, no es menos grande ni importa menos maravilla que la que, por prodigio de amor también, manifestándose en el contemplativo á quien tienen como en alucinación perpetua las representaciones de su Dios, exterioriza y estampa estas imágenes cautivadoras no ya en papel escrito, ni en tela, ni en piedra, sino en las mismas carnes del alucinado. El pensamiento tenaz de los martirios de Cristo, en los anacoretas del yermo, llegaba hasta hacer brotar en sus miembros y costados, por la acción espontánea de la imagen sobre los vasos sanguíneos, los estigmas de la crucifixión. Las llagas del divino cuerpo, pintadas de ese portentoso modo por la sangre obediente al mandato interior de una idea, se vieron en las carnes de San Francisco de Asís, de fray Nicolás de Rávena, de Juan de Verceil; y por igual arte, las huellas de la corona de espinas aparecieron en la virgínea frente de Catalina de Raconiso. Pintura asi sublime, pintura hecha con sangre de las venas, es la que admiramos en la obra de genio, por la que nos es dado participar de una visión inmortal.

Si imaginar vulgarmente, sin exaltación de amor, sin atención tiránica, no equivale á tener fe en la realidad del objeto que en nuestro interior aparece, y aun menos á perder la conciencia de la propia persona para identificarse y ser uno con la imagen, es porque la percepción de la realidad circunstante rechaza á su campo ilusorio las ficciones del sueño y la vigilante luz de la memoria

mantiene vivo el sentimiento de nuestra identidad. Pero en el artista á quien la inspiración genial arrebata, como en el sonámbulo cuya conciencia embarga la sugestión que se le impuso, la imagen crece y se desenvuelve y domina, sin luchar con el parangón de las cosas reales ni con la resistencia de la íntima y consciente realidad de uno mismo. Lo real se aleja para ellos á distancia incomunicable; el sueño queda solo y señero, y él suple á la realidad externa y á la interna. Mientras la idea de la obra no pasa de germen, sin determinación ni vida propia, ha menester el artista alimentarla con la substancia de lo real, y por eso observa é inquiere, y fija en las cosas exteriores una atención más ahincada y perspicaz que la de los ojos vulgares; pero desde el instante en que el artista se pone á la obra, desde que se concentra y retrae, como la abeja bien provista entre los tabiques de su celda, ya no hay para el mundo exterior ni memoria de sí. Soledad y olvido son requisitos necesarios en la concepción de la obra grande, como el silencio lo era en la construcción del templo de Salomón; pero soledad y olvido son capullo que el genio elabora con el propio jugo de su alma, aun cuando las condiciones de su existencia objetiva se los nieguen, y así el genio consigue y goza olvido y soledad, aun en el seno de la muchedumbre, aun entre el estrépito y combate del mundo. La vieja torre donde se refugiaba para sus meditaciones Montaigne; el castillo de Buffón, en Montbard; el torreón donde esperaba á Rubinstein el silencio amigo; la habitación cuya escalera quitaba, luego de retirarse allí con su paleta y sus sueños, Buenaventura de Oberbeek; la isla solitaria de Ticho Brahe, son límites opuestos materialmente á la repercusión de las cosas de afuera,

que el genio suplirá por su propia íntima eficacia cuando le falte posibilidad de valerse de obstáculo real y tangible. La sola imagen obsesora, por su natural virtud de inhibición, tiene más poder de apartar y acallar todo lo que la divertiría de su oficio que la paz que se logra á favor de refugios materiales. Aisla mejor la sola imagen obsesora que cerrazón espesa, y muros ciclópeos, y ámbito de abismo. Bajo el imperio de la imagen, los datos del sentido se anulan, porque no concordarían con la proyección objetiva de las formas del sueño; los recuerdos que al *yo* sirven de base se eclipsan, porque disiparían el encanto y se opondrían á la fe que la imagen exige en su verdad. ¿Qué preocupación del ánimo, qué fuerza de pasión, qué llamado del deber prevalecerán sobre la imagen que se ha enseñoreado del espíritu? ¿Qué valdrán contra ella agitación civil, clamores de la calle, paso de pompas y cortejos, «disputas de los hombres», si el mismo fuego de la hoguera no es contacto suficientemente enérgico para arrancar, al alma así hechizada, de su absorción, si ni aun el consumirse de las entrañas mordidas y devoradas por las llamas alcanza á devolver el sentimiento de la realidad al mártir que, impasible y extático, arde y perece en cuanto al cuerpo y sonríe en tanto, con divina sonrisa, á la imagen en que tiene puesta toda el alma?

Cabe en la universal y diaria experiencia notar el poder de desenvolvimiento que la imagen adquiere con sólo su separación de la clara conciencia de uno mismo y de las modificaciones de la sensibilidad externa. Esa prodigiosa fuerza inventiva, cuyo triunfo admiramos en la grande obra novelesca ó dramática, no es sino la manifestación, llevada á punto sublime, de una facultad que

pertenece á nuestra común naturaleza: la de imaginar acontecimientos posibles, acciones ficticias; la de proyectar, en concertadas imágenes, la previsión, la conjetura, el temor, la esperanza, el deseo; y si en el vulgo de las almas esta facultad dará apenas débil muestra de sí, mientras nos atengamos, para aquilatarla, al pálido y precario soñar del hombre despierto, cuando la realidad está presente á los sentidos y el hilo conductor de los recuerdos persiste, ella se realza y magnifica, en las mismas almas vulgares, no bien queda suspensa la percepción de la realidad y se interrumpe la continuidad de la conciencia. Durante el sueño, todos somos inspirados artistas, fervientes *mimos* y *rapsodas* que, poseídos del hechizo de nuestras propias ficciones, creemos, sin asomo de duda, en su verdad, y vivimos sólo dentro de ellas. La imagen que durante el sueño emerge en la soledad del alma, se desenvuelve libre de crítica que la amilane y de objeto real que la contrarie: halla entre sí la espaciosidad del mundo interior como campo sin guardas ni barreras, y de esto nace un ímpetu de invención que, aun en el espíritu más privado normalmente de la aptitud propia del artista, suele producir concepciones de vivísima animación y colorido. Lances, escenas, episodios, inventa aquel que sueña, que despierto no siempre sería capaz de imaginar. ¿No ha dicho Maudsley que despliega más potencia dramática un hombre vulgar durante el sueño que un grande escritor en la vigilia? Privilegio de esta misteriosa luz interior con que se transfiguran nuestras noches es la virtud de trocar una idea ó un sentimiento, que en informe vaguedad oculta el alma, en concretas y movidas imágenes: libérrima y desatinadamente á menudo, pero siempre con *teatralidad* intensa,

y á las veces aun en mentes cándidas ú obtusas, ¡con qué eficacia y sagacidad interpretativa de una idea, de un carácter, de un conflicto de pasiones, posible ó real; con qué lógica alada y sutil indiferencia, más hondas que las del raciocinio, certeras como las del instinto y la intuición, de donde nace la potestad adivinatoria del sueño, madre ó hermana de la potestad adivinatoria del *vates!*... Y aún más patente aparece esta capacidad de imaginar aislada de la conciencia reflexiva cuando se la estudia, no ya en el durmiente común, sino en el sugestionado á quien el hipnotizador induce á considerarse tal ó cual persona imaginaria: «Eres un clérigo... un soldado... un marino... un avaro... un hipócrita...» Como en el poeta épico ó dramático, esas abstracciones que el sonámbulo ha de revestir de forma sensible, ponen en actividad todos los recursos de su perspicacia, de su experiencia, de su fantasía. Como el poeta épico ó dramático durante el sonambulismo de la inspiración, el hipnotizado, transfigurándose en el carácter ilusorio cuya idea le obsede, encuentra por arte intuitivo é infalible los actos que convienen á la realización de ese carácter, las palabras que son su medio exacto de expresión, los antecedentes que, de conformidad con su índole, debe *recordar* como propios: el desenvolvimiento consecuente, la lógica interior de esa personalidad ficticia que interpreta con admirable fuerza de verdad. Nada fundamentalmente distinto verifica el sujeto de esas experiencias cuando, con sólo el nombre genérico que se le propone, concibe y anima un tipo personal dotado de color y relieve que un Esquilo, un Shakespeare ó un Balzac cuando, sobre el simple concepto del remordimiento, de los celos ó de la avaricia, levantan el

carácter viviente de Orestes, de Otelo ó de Grandet. Ha bastado, en aquel caso, que la idea quede sola en la conciencia, fijada allí por mandato irresistible, usurpando el lugar de la habitual representación del *yo*, para que se revele de súbito la estupenda comprensión simpática de un *modo de ser* distinto del propio, en espíritu que acaso no se manifieste de ordinario capaz de una mediana penetración de simpatía. Si, en lo plástico, el pintor y el escultor suelen valerse eficazmente del modelo vivo, con cuya presencia corroboran su sentido de las formas, en lo psicológico, un sonámbulo á quien se impusiera la realización activa del carácter que se trata de desenvolver por los medios propios del arte, podría acaso comunicar más de una inspiración fecunda al autor dramático y al actor.

El poder característico, en su plenitud maestra, es, pues, una transformación personal, que embebe el espíritu del artista en el de su héroe. Y como elemento que á consumar esta transformación concurre, como aptitud ó sentido que ella trae de por sí, tiene el artista, enceguecieno para lo que haya realmente en torno suyo, la perfecta visión del escenario en que el héroe ha de moverse, visión que, á su vez, confirma y redondea la ilusión de verdad de aquel cambio psicológico. La descripción, la pintura del mundo exterior, directa en el poema y la novela, tácita ó indirecta en el drama, es, cuando intensa, como el natural reflejo de las cosas que circundan al personaje imaginado en las retinas de este mismo personaje traído á la vida material y sensible mediante el organismo del poeta: es una visión firme y pertinaz, y no una vaporación interior de imágenes. Sabido es que en las transformaciones sugeridas

de la personalidad, correlativamente con la alteración del medio interno, prodúcese una alteración de las facultades perceptivas, por cuya virtud el sugestionado *crea* á su alrededor el medio externo que concuerda con su nueva y adventicia persona. Verá el sugestionado el mar, si se le trueca en marino; una sala áulica, si en magnate; prados y rebaños, si en pastor; una celda, si en monje, y lo verá todo clara y firmísimamente. Esta percepción ilusoria, en nada desemejante de la real, abunda en minuciosidades y matices como sólo la inmediata realidad parecería capaz de presentarlos á los ojos. El don de describir, enérgico, plasmante, inequívoco, que en la obra superior admiramos, es en el artista el equivalente de esa alucinación con que se complementa la nueva personalidad que se ha suscitado en el sonámbulo. No es la figuración conjetural y laboriosa, que procede por partes y recorre, una tras otra, las fases y propiedades del objeto, sino la iluminación súbita, simultánea, palmaria: la presencia real de las cosas, que nunca el sentido testimoniaría mejor. No es la representación que se presta á ser modificada por el juicio, agregando, excluyendo, atenuando ó reforzando rasgos, como pasa con los conceptos de la imaginación común, sino la representación definitiva y absoluta, tal como se da en el sueño, ó en el recuerdo muy vivo, ó en la alucinación del visionario. No describe el genio como quien imagina, sino como quien ve: es el espectador de Horacio que, en la escena vacía, mira y aplaude animados espectáculos que sólo tienen ser en su demencia; es el ebrio de opio, según lo describe Coleridge, que, en imaginando un objeto, lo refleja al punto en el aire; es Regnault el pintor, cuya memoria, riquísimo almacén de colores y luz, desborda, no bien

cierra él los ojos, sobre la sombra, donde pinta mil cuadros y paisajes que el alucinado artista ve con realísima apariencia.

Sólo por esta triunfante emulación del conocimiento sensible, con su acción inmediata, con la absoluta creencia que él infunde, se encuentra la razón de la verdad y energía de las ficciones plásticas del escritor ó poeta de genio. ¿Quién no recuerda la maravillosa eficacia de las descripciones con que el Dante levanta á plena luz un mundo fantástico, con relieve aún más firme y verosimilitud aún más imperativa que los que caben en las más patentes reproducciones del mundo real? Las cúpulas de la ciudad de Dite; el fúnebre recinto de Malabolge; el lago donde hierve la pez; el pozo, torreado de gigantes, en cuyo fondo están las charcas de hielo: todo es allí neto, preciso y evidente, capaz de convertirse de inmediato en figura, en bulto, en color; ordenado con inefable y no aprendida lógica; puesto en el espacio con exactitud comprobable por número y medida: todo es allí como sólo alcanza á figurarlo la intuición que alumbra de un relámpago la plenitud del horizonte, la intuición que sabe el secreto del orden de la Naturaleza, no siendo ella misma quizá sino el oculto poder constructivo de la Naturaleza, que obra en el alma sin ingerencia de la reflexión. Y esta facultad de alumbrar intuitivamente lo exterior y corpóreo llega también, como la intuición de lo espiritual, á aquel extremo de identificación simpática en que la personalidad desaparece abismada en el objeto. El fervor de la descripción es un misticismo panteísta. Así, Flaubert dejó escrito en una de sus cartas íntimas cómo, describiendo un paseo de enamorados, se sentía alternativamente, no sólo *ella* y *él*, sino también los caballos

INDICE

Págs.

Prólogo, por Leopoldo Alas *(Clarín)*. VII

ARIEL. 15

LIBERALISMO Y JACOBINISMO.

La expulsión de los crucifijos. 109
Contrarréplicas. 121
Los orígenes históricos de la caridad. 123
La personalidad en los reformadores morales. 153
El sofisma de la «caridad científica». 163
El signo. 171
¿Jacobinismo?. 182
Conclusión. 190
Apéndice.—El sentimiento religioso y la crítica. . . . 199

LA TRANSFORMACIÓN PERSONAL EN LA CREACIÓN ARTÍSTICA. 209

Obras de V. Blasco Ibáñez, Director literario de esta Editorial.—*Novelas:* Arroz y tartana.—Flor de Mayo.—La Barraca.—Entre naranjos.—Sónnica la Cortesana.—Cañas y Barro.—La Catedral.—El Intruso.—La Bodega.—La Horda.—La maja desnuda.—Sangre y arena.—Los muertos mandan.—Luna Benamor —Los argonautas.—Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mare nostrum.—*Cuentos:* La Condenada.—Cuentos valencianos.—*Viajes:* En el país del arte.—Oriente.—Argentina y sus grandezas (segunda edición).

Historia de la Guerra Europea de 1914, por V. Blasco Ibáñez. Ilustrada con millares de grabados y láminas. Esta obra es á la vez un libro y un panorama. El eminente escritor, que vive en Francia y ve de cerca la guerra y sus efectos, la describe con su pluma de novelista, dándonos la sensación de algo vivido, de algo que el lector creerá haber presenciado por sí mismo. Sólo un evocador colorista como Blasco Ibáñez puede hacer las descripciones del entusiasmo de París, de la vida de campamento, del dolor trágico de los hospitales, de los horrores de la lucha, las grandes batallas, el heroísmo, la guerra en el mar y en los aires, descripciones que figuran en este libro. Sólo un novelista de la realidad puede trazar retratos literarios como los de los principales personajes de esta gran tragedia que figuran en la presente obra. Este libro quedará además, para las futuras generaciones, como el mejor resumen gráfico de la guerra. Volviendo sus hojas y examinando sus ilustraciones, se podrá formar idea de lo que ha sido la guerra. No hay una sola página que no lleve uno ó dos grabados, fotografías, retratos, caricaturas, documentos, planos y mapas. Hermosas láminas de doble hoja reproducen las escenas más principales.—La obra consta de nueve tomos lujosamente encuadernados.—Precio de cada tomo, 17'50 pesetas.—También se vende por cuadernos á 50 céntimos.

Novísima Historia Universal, dirigida por Lavisse & Rambaud. Traducción de V. Blasco Ibáñez.—Escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV por Ernesto Lavisse, de la Academia francesa, profesor de la Universidad de París, y Alfredo Rambaud, del Instituto de Francia, profesor de la Universidad de París. Más de 20.000 retratos, estatuas, cuadros, armas, monedas, monumentos, artefactos militares, naves antiguas y modernas, ídolos, costumbres populares, grabados de época,

autógrafos, edificios, monumentos y reconstrucciones. Historia gráfica del Arte y de la Industria. Historia del traje en numerosas láminas de colores. Mapas, planos, etc.—Se ha puesto á la venta el tomo X. 6 pesetas en rústica y 7 encuadernados en tela.

Historia de la Revolución francesa, por MICHELET. Admirable evocación de la epopeya de Francia. Traducción de V. BLASCO IBÁÑEZ.—Tres grandes volúmenes, 30 pesetas.

Historia Social, desde la Revolución francesa hasta el siglo XX, dirigida por JUAN JAURÉS.—Obra de crítica y de amplio examen moderno. Cuatro tomos, ilustrados, 40 pesetas. Por cuadernos, 50 céntimos cada uno.

Novísima Geografía Universal, por ONÉSIMO y ELÍSEO RECLÚS. Traducción de V. BLASCO IBÁÑEZ.—Seis volúmenes en 4.°, con más de 1.000 grabados. Numerosos mapas. 4 pesetas tomo en rústica, y 5 encuadernado en tela.

El libro de las mil noches y una noche. Traducción directa y literal del árabe por el DR. MARDRUS. Versión española de V. BLASCO IBÁÑEZ. Prólogo de E. GÓMEZ CARRILLO.—La gran obra imaginativa de los árabes con todas sus fantasías, sus audacias y su portentosa originalidad, literal y completa, sin ninguna de las modificaciones de otros traductores que suprimiendo y cambiando sistemáticamente alteraron de tal modo el original, que casi lo dejaron desconocido. Esta edición consta de veintitrés tomos primorosamente editados con viñetas orientales y cubierta en colores.

Libros célebres españoles y extranjeros. —ILIADA, de HOMERO (2 tomos).—ODISEA, de HOMERO (2 tomos).—TRAGEDIAS, de ESQUILO (1 tomo).—EURIPIDES, OBRAS COMPLETAS (4 tomos).—Traducciones nuevas del griego por el gran poeta francés LECONTE DE LISLE.—COMEDIAS, de ARISTÓFANES (3 tomos).—LA VIDA Y DOCTRINAS DE SOCRATES, por JENOFONTE (1 tomo).—OBRAS COMPLETAS, de SHAKESPEARE (12 tomos).—Todas estas obras están editadas con ilustraciones de arte griego y cubierta en colores.

Socialismo y movimiento social, por W. SOMBART.—Es la obra más famosa y más competente en cuestiones de sociología. Un libro que enseña mucho y al que necesariamente tendrán que acudir los que quieran cimentar bien sus estudios sobre estas cuestiones tan importantes. Volumen tamaño grande, esmeradamente impreso, con cubierta en colores, 3 pesetas.

Biblioteca de las mejores obras.—Los libros de los grandes pensadores y de los grandes prestigios literarios forman el núcleo principal de esta Biblioteca. *Filosofía:* Obras de Diderot, Voltaire, Rousseau, Schopenhauer, Nietzsche, Spencer, etc. *Ciencias:* Darwin, Büchner, Reclús, etc. *Literatura:* Víctor Hugo, Zola, Daudet, France, Maupassant, Sudermann, Gorki, etc. *Teatro:* Bjoernson, Ibsen, etc. *Bellas Artes:* Ruskin, Taine, etc. *Política:* Chamfort, Dide, Holbach, etcétera. *Sociología:* Proudhon, Kropotkine, Tolstoi, George, Hamon, Malato, Sorel, Engels, etc.

La ciencia para todos: *Historia de Europa; Agricultura científica; El mundo de los microbios; El Polo Artico y sus misterios; La vida íntima de los griegos y los romanos.* Tomos ilustrados y encuadernados en cartoné.

Biblioteca científica.—Hæckel, Historia de la creación. 2 tomos.—Lanfrey, Historia política de los Papas. —Renda, El destino de las dinastías.—Strauss, Nueva vida de Jesús. 2 tomos.—Fola Igúrbide, Revelaciones científicas.—Proudhon, De la creación del orden en la humanidad. —Ingegnieros, Histeria y Sugestión.—Simulación de la locura.—Büchner, La vida psíquica de las bestias.—A. Dide, El fin de las religiones.—R. Altamira, España en América. —Volúmenes en 4.° á 3 pesetas.

Biblioteca de la mujer y del hogar.—Abarca los conocimientos más indispensables, más útiles y más prácticos para la mujer en la dirección de la casa, en la vida de sociedad, visitas, viajes, correspondencia, higiene, modas, etcétera.—Consta de los siguientes volúmenes: La mujer en el hogar.—Vademécum femenino.—Las artes de la mujer. —Arte de saber vivir.—Modelos de cartas.—La cocina moderna.—Arte de la elegancia.—Salud y belleza.—El tocador práctico.—El arte de ser amada.—La mujer jardinero.

Aventuras de Sherlock Holmes, por Arturo Conan-Doyle.—Esta serie de novelas, las más interesantes de cuantas se han publicado, consta de los siguientes volúmenes: Un crimen extraño.—La marca de los cuatro.—El perro de Baskeville.—Policía fina.—Triunfos de Sherlock Holmes. —El problema final.—La resurrección de Sherlock Holmes.—Nuevos triunfos de Sherlock Holmes.

Lo que cantan los niños.—Canciones de cuna, de corro, coplillas, adivinanzas, relaciones, juegos y otras cosas infantiles, anotadas y recopiladas por Fernando Llorca. —Ilustrado y encuadernado en cartoné con tapa á todo color. 1'50 pesetas.

Biblioteca de cultura contemporánea.—El arte de leer, por E. FAGUET.—La risa, por E. BERGSON.—La nueva libertad, por W. WILSON, presidente de los Estados Unidos.—2 pesetas volumen.

Los clásicos del amor.—Estos libros, de un gracioso desenfado, ofrecen un aspecto nuevo de los grandes autores del clasicismo, que siempre artistas supieron decir todas las cosas y decirlas bien, por escabrosas que fuesen.—Van publicados: LONGO, Dáfnis y Cloe.—APULEYO, El asno de oro.—BILITIS, Las canciones eróticas.—MARCIAL, Epigramas eróticos.—VOLTAIRE, La doncella.—CASANOVA, Amores y aventuras.—CUENTISTAS ITALIANOS, Obras galantes.—ARETINO, Vida de las casadas y de las cortesanas.

Novelas en cartoné.—LARRUBIERA, Márgara.—LÓPEZ ROBERT, Doña Martirio.—RAMÍREZ ANGEL, La tirana.—A. F. ARIAS, El otro hogar.—SANTERO, Don Juan de Austria.—SÁNCHEZ VERA, In illo tempore.—TÉLLEZ LÓPEZ, De espaldas al sol.—PONSON DU TERRAIL, El diamante del comendador.—RIBAUD, Jerónimo Paturot.—SOLANO POLANCO, Amor de pobre.—BELOT, El crimen de la calle de la Paz.—GUITTON Y ROUGE, La conspiración de los millonarios.—El batallón de los hombres de hierro.—El regimiento de los hipnotizadores.—El desquite del viejo mundo.—DUMAS, La corte de Luis XIV (2 tomos en rústica).

Obras diversas.—CARMEN DE BURGOS, Cuentos de Colombine. 3 ptas.—Los inadaptados. 3 ptas.—Giacomo Leopardi. 2 tomos: 6 ptas.—SESTO, El México de Porfirio Díaz. 5 ptas.—CLORINDA MATTO, Viaje de recreo. 5 ptas.—Los mejores poetas contemporáneos. Completa antología moderna. 2 ptas.—CIGES APARICIO, La romería. 2 ptas.—LA BRUYÈRE, Caracteres. 2 ptas.—BERTHEROY, Ximénez de Cisneros.—MORAYTA, La libertad de la cátedra. 2 ptas.—UGARTE, El porvenir de la América latina. 2 ptas.—ANIBAL LATINO, El concepto de la nacionalidad y de la patria. 2 ptas.—J. FRANCÉS, Teatro de amor. 3 ptas.—La danza del corazón (novela). 3'50 ptas.

Biblioteca de escritores americanos.—Obras de B. Fombona, Bunge, Ingegnieros, Nin Frías, Palacios, Rojas, Soiza Reilly, Ugarte, Vasseur, etc.

Los grandes novelistas.—Obras de Víctor Hugo, Dickens, Tolstoi, Dumas, Sué, Conan-Doyle, Mayne-Reid, Fernández y González, Ortega y Frías, etc. Colección Rocambole completa. Clásicos españoles. Poesías de Campoamor. Volúmenes á 35 cénts. Edición de *La Novela Ilustrada.*

One week

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
8519
R6A7
1914

Rodó, José Enrique
Ariel

[redacted]

[redacted]